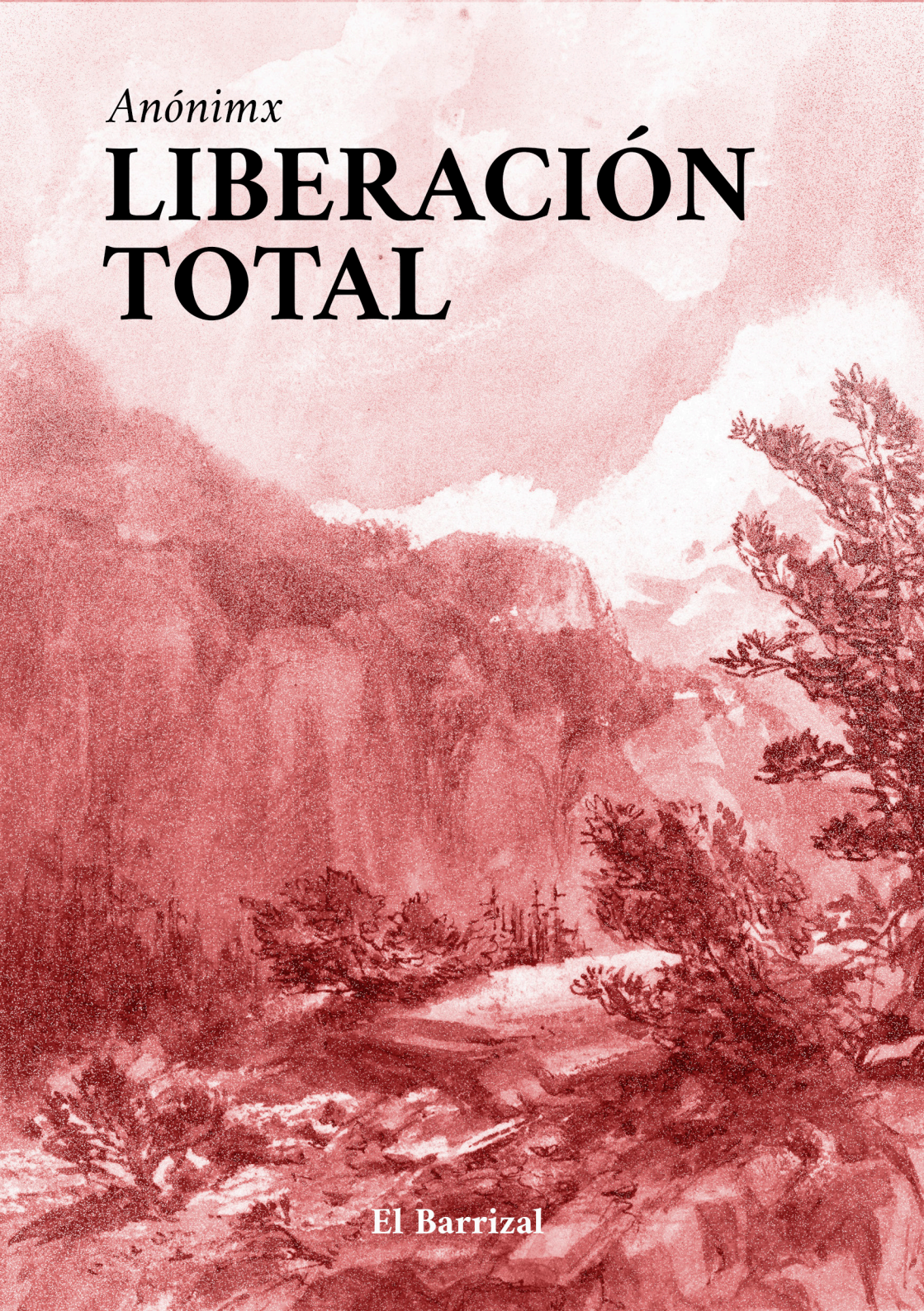
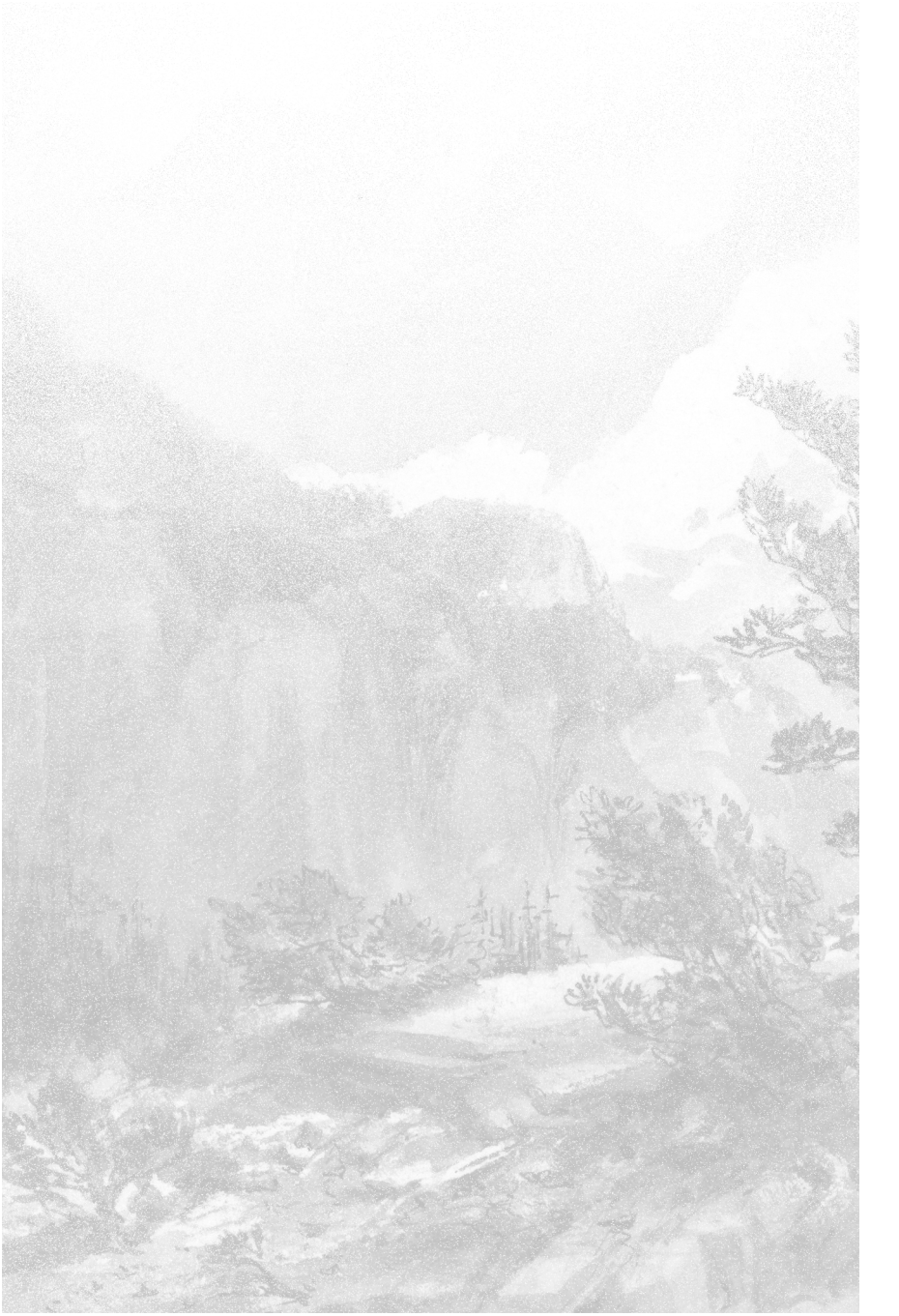
Anónimx

LIBERACIÓN TOTAL



El Barrizal



El Barrizal

Anonimx

LIBERACIÓN TOTAL

Septiembre 2025

La cultura es y siempre será libre.
Descarga, comparte y difunde.
http://blog.anartist.org/elbarrizal

Total Liberation es un texto anónimo que apareció en 2019 gracias a la edición de Active Distribution y Signal Fire. Un texto que ofrece una estrategia revolucionaria y holística destinada a desmantelar toda forma de jerarquía: un proyecto insurreccional basado en la ecología social, la ecología profunda y el antiespecismo. Rápidamente ganó reconocimiento entre movimientos anarquistas de liberación total gracias a la claridad de su contenido, a la negativa de restar importancia a opresiones que no nos atraviesan, y a su capacidad de análisis de los problemas que nos rodean, así como su amplio abanico de ejemplos de lucha y de ideas para confrontar el mundo capitalista y jerárquico.

El texto está escrito desde el Norte Global, aunque tiene en cuenta las diferentes realidades que envuelven este nuestro planeta, está especialmente dirigido a las personas que buscan construir -ahora- un cambio, vivan o no en el Norte Global, y ofrece una puerta abierta a repensar, con flexibilidad de cada contexto, maneras de accionar diversas para una insurrección fructífera.

Desde El Barrizal estamos muy contentes de poder ofrecer la que *creemos* es la primera traducción al español de Liberación Total. El texto fue escrito seguramente entre 2018 y 2019, por lo que hemos añadido algunas notas a la traducción para dar contexto y/o plasmar una comparativa con como están las cosas en 2025. También hemos querido usar el lenguaje neutro para ser aún más inclusives. Como anarquistes, nunca vamos a tomar ningún texto como la "verdad absoluta" ni como un catálogo de soluciones infalibles. No creemos en eso y tampoco este texto ofrece eso, pero si creemos en la asociación de ideas y la puesta en práctica (con los errores que eso conlleve) de estas, creemos que Liberación Total tiene pasajes muy interesantes que pueden ayudar a darnos una perspectiva diferente, o ayudarnos a ampliar nuestra visión sobre el futuro que deseamos, así como darnos un empujón para intentar hacer la anarquía posible aquí y ahora. Porque desde este rincón nunca vamos a abandonar la alegría ni la posibilidad de crear un mundo verdaderamente habitable y hermoso.

El Barrizal

Septiembre 2025, *Buenos Aires, territorio ocupado por el Estado Argentino*

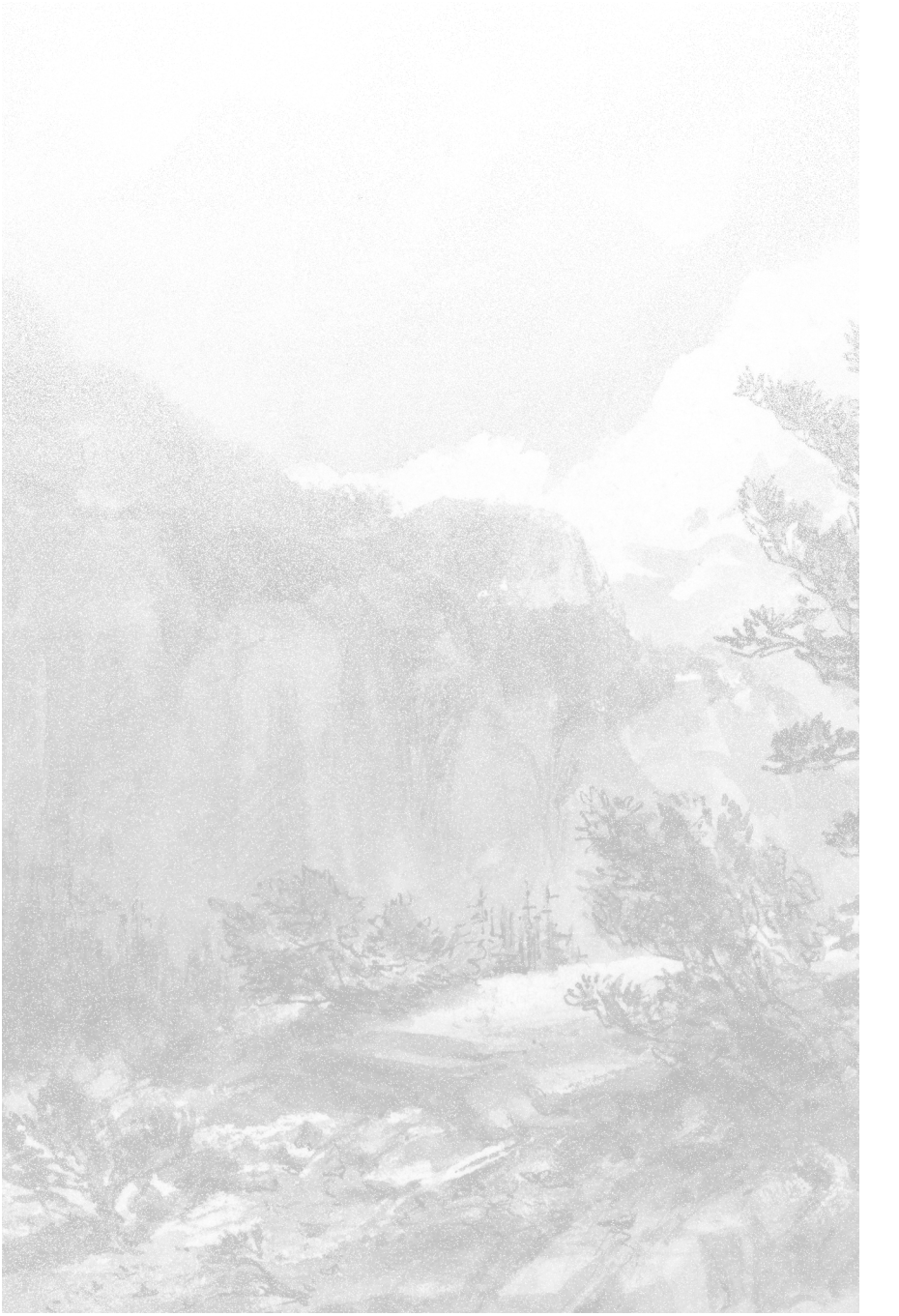


Tabla de contenidos

1: El contexto del siglo XXI
De la lucha de clases a las políticas identitarias 11
El prisma de la jerarquía social 18

2: La ecologización de la revolución
Liberación Animal 21
Liberación de la Tierra 27

3: La misma causa, la misma lucha
Economía y ecocidio 31
Las interconexiones de la opresión 38
Una ética de Liberación Total 44

4: Poniéndolo en práctica
Los límites del activismo 49
El colapso del obrerismo 54
Un impasse revolucionario 59

5: El camino insurreccional
"El secreto está en empezar de verdad" 62
La cuestión de la organización 67
Diciembre de 2008 74

6: Zonas autónomas
La revolución en el mundo real 80
Zonas de resistencia 84

7: Traspasando los límites
La anarquía hecha habitable 89
"Aprovecha al máximo cada crisis" 95

8: Afrontar el futuro
"Es más tarde de lo que pensábamos" 100
Mil Sirias 107
Tomar partido en un mundo moribundo 112

Bibliografía / Lecturas adicionales 118

Introducción

Las cosas nunca han estado tan decididamente fuera de control. Ni una sola vez en la historia de la humanidad, ni siquiera en la de la vida en general. El clima extremo ya no es una anomalía; los peces están desapareciendo de los océanos; la amenaza de un holocausto nuclear ha vuelto. La pobreza nos atrapa como siempre, mientras los cadáveres se amontonan en las fronteras. Decir que este orden nos está asfixiando es hoy en día más que una metáfora: en la mayoría de las ciudades ya ni siquiera se puede respirar el aire. Es decir, en resumen, que la atmósfera misma de lo existente se ha vuelto tóxica. Dentro de los límites del sistema, no hay ningún lugar adonde ir. Pero eso no quiere decir que esos límites sean ineludibles, en absoluto. Un millón de raíces de investigación, cada una tan única como puedas imaginar, comienzan a converger en exactamente la misma conclusión: la necesidad de una revolución nunca ha sido tan apremiante.

Quizás sea un poco predecible señalar la desesperanza de este mundo - ya que casi todo el mundo lo sabe. Lo más notable es que, a pesar de ello, la normalidad encuentra de alguna manera la fuerza para seguir adelante. Les defensores de lo existente se aferran a su afirmación de que, a pesar de sus evidentes defectos, la democracia liberal sigue siendo la forma menos mala de comunidad humana que existe en la actualidad. Es una justificación muy pobre, pero tiende a funcionar. Incluso les rebeldes declarades, tan convencides de que están superando esta sagrada suposición, simplemente la reintroducen en otra forma - el último partido político de izquierda, o incluso algún sombrío resurgimiento fascista. ¿Y qué éxito hemos tenido les revolucionaries a la hora de demostrar qué mundos hay más allá de todo esto? Esa es la tensión básica que bloquea nuestro avance: aunque la necesidad de una revolución nunca ha sido tan clara, nuestra idea de cómo sería rara vez ha parecido tan lejana.

¿Cómo podemos acelerar un poco más la sentencia de muerte del sistema, cuando aún queda tanto por lo que luchar? ¿Cómo podemos abandonar el barco y vivir nuestras vidas fuera de este caos cada vez más inhabitable? De hecho, ¿cómo podemos desaprender por completo los mitos de este orden de miseria y empezar realmente a vivir?

Por supuesto, no es que estas preguntas se planteen por primera vez. Sin embargo, con demasiada frecuencia, los llamamientos al cambio se encuentran con ecos de un siglo lejano, como si la mera resurrección de métodos que

alguna vez fueron dominantes - ya sean marxistas o anarcosindicalistas - fuera siquiera remotamente aplicable en la actualidad. Ya no podemos hablar de opresión principalmente en términos de un choque tectónico entre dos clases económicas, el proletariado y la burguesía. Tampoco podemos estar tan segures de limitar el alcance de la lucha revolucionaria a la liberación humana, descartando de plano la difícil situación de otros animales, por no hablar del planeta que llamamos hogar. En una coyuntura histórica tan decisiva, es necesario cuestionarlo todo: los tiempos claman por nuevas visiones, nuevas estrategias. Unas que tengan posibilidades de salir del actual atolladero.

No necesitamos más recordatorios de que esta civilización se dirige hacia el abismo. Lo que realmente debemos preguntarnos es qué vamos a hacer al respecto. El contexto social actual tiene un gran potencial, en el que el status quo pierde su título como la opción más realista. Pero el mero potencial no es suficiente. No cabe esperar que la política dominante se derrumbe por su propio peso, salvo para convertirse en algo más monstruoso de lo que ya conocemos. Solo en combinación con medios concretos y accesibles para desertar comienzan a surgir nuevas formas de vida.

Esto va dirigido a les revolucionaries, dondequiera que se encuentren.

1: El contexto del siglo XXI

De la lucha de clases a las políticas identitarias

No es que hayamos olvidado el significado de la revolución; al contrario, es la negativa a abandonar el antiguo significado lo que nos frena. Con cada momento que pasa, el estado del mundo cambia de forma irreversible. Las perspectivas que antes exigían la máxima dedicación comienzan a estancarse, perdiendo contacto con las corrientes de una realidad que gira en constante movimiento. Incluso las ideas más brillantes están destinadas a acumular polvo. Y también las que se ofrecen como respuesta.

Hasta el día de hoy, la mayoría de los sueños revolucionarios se basan en alguna variante del análisis marxista. Según este, la clase es el principio central, tanto para comprender la opresión como para resistirla. Se considera que la historia consiste principalmente en el drama de la lucha de clases; mientras, las diferentes fases históricas se definen por el modo de producción que establece el escenario. La fase actual es el capitalismo, en la que los medios de producción —fábricas, recursos naturales, etc.— son propiedad de la clase dominante (la burguesía) y son explotados a cambio de un salario por la clase trabajadora (el proletariado). Casi todos los miembros de la sociedad capitalista se dividen fundamentalmente entre uno de estos dos grupos: patrones o trabajadores, explotadores o explotades. Mientras que la solución básica, tal y como la ven tradicionalmente les marxistes y les anarcosindicalistes, es la aplicación de la organización en el lugar de trabajo para la destrucción revolucionaria de la sociedad dividida en clases. En términos concretos, eso significa que el proletariado se levante y se apodere de los medios de producción, sustituyendo el capitalismo por la fase final de la historia: el comunismo, una sociedad sin clases, sin Estado y sin dinero.

Tras alcanzar su predominio en Occidente a finales del siglo XIX, esta corriente de lucha revolucionaria alcanzó su punto álgido a principios del siglo XX. En ese momento, los motines que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial se convirtieron en una avalancha de levantamientos proletarios que sacudieron Europa hasta sus cimientos. Comenzando con la Revolución Rusa de 1917, las repercusiones pronto catalizaron importantes insurrecciones en Alemania, Hungría e Italia. Dos décadas más tarde, este período sin igual de

intensa lucha de clases culminó en la Revolución Española de 1936, posiblemente la mayor hazaña de auto-organización obrera de la historia. Centrados en Cataluña, millones de trabajadores y campesines pusieron los medios de producción bajo control democrático directo, especialmente en Barcelona, una de las ciudades más desarrolladas industrialmente del mundo. Sin embargo, los días de gloria del proletariado revolucionario fueron, en muchos sentidos, también su última resistencia; en Italia y Alemania, los regímenes fascistas de Mussolini y Hitler ya reinaban supremos. Mientras tanto, en la Unión Soviética, la promesa inicial de la Revolución Rusa había degenerado hacía tiempo en Bolchevismo, desviando la mayor parte de la energía asociada al socialismo hacia fines autoritarios. Al parecer, tanto el fascismo como el Bolchevismo lograron aniquilar la posibilidad del control obrero de forma aún más eficaz al valorizarlo simultáneamente. Nunca más el movimiento obrero organizado se acercaría a recuperar su antiguo potencial revolucionario.

Lo que siguió fue un período de relativo letargo entre los movimientos sociales de Occidente. Esto finalmente se revirtió con una ola de luchas sociales que estalló durante la década de 1960, lo que en muchos lugares volvió a poner sobre la mesa la perspectiva de una revolución. Pero algo en esta nueva era de revueltas era notablemente diferente: además de los diversos movimientos obreros, aquí vemos cómo la segunda ola del feminismo, la liberación negra y la lucha queer comienzan a ocupar un primer plano. La lucha de clases ya no se consideraba sinónimo del proyecto general de liberación humana. Y eso comenzó a socavar profundamente la antigua imagen ordenada que se obtiene con el análisis de clases marxista. ¿Quizás ya no existe una división primaria que separe a la sociedad, ni una única línea divisoria en la que basar la totalidad de nuestra resistencia? En cambio, la situación se ha revelado mucho más complicada, superando la explotación del proletariado por parte de la burguesía, si no el capitalismo en su conjunto.

Dicho esto, algo vital que aún se obtiene con el análisis marxista, incluso siglos después de su formulación inicial, es su énfasis atemporal en las características materiales de la opresión. Después de todo, no es como si las preocupaciones clásicas de les revolucionaries - en particular, el Estado y el capital - se hubieran desvanecido desde entonces. Uno de los mayores problemas de muchas luchas sociales contemporáneas es su disposición a hacer la vista gorda ante estas estructuras, olvidando la idea clave que vale la pena

rescatar de Marx: la liberación genuina es imposible sin asegurar las condiciones materiales de la autonomía. Por otro lado, sin embargo, les revolucionaries clásiques tienden a enfatizar estas preocupaciones a costa de descuidar aquellas que son, en cierto sentido, más psicológicas, definidas por cuestiones de identidad más que por la relación de cada uno con la propiedad. Hay algo tranquilizador en ello, dado que tratar la clase como algo primordial permite tomar la totalidad de los problemas a los que nos enfrentamos - sociales, políticos, económicos, ecológicos - y condensarlos en uno solo. Pero este enfoque tiene pocas posibilidades de reflejar la complejidad del poder en el siglo XXI, ya que pronto se descuidan todas las divisiones excepto la de clase.

Cabe señalar que hay respuestas concebibles aquí: algunes se han esforzado por ampliar el análisis marxista más allá de un enfoque exclusivo en la clase. De los argumentos ofrecidos, quizás el más influyente sostiene que estructuras como la supremacía blanca y el patriarcado, la homofobia y la transfobia, son reforzadas por la clase dominante con el fin de dividir y gobernar a la clase trabajadora; por lo tanto, cualquier enfoque prudente de la lucha de clases debe tener en cuenta el oponerse simultáneamente a todas ellas, o de lo contrario no se logrará construir la unidad necesaria para derrocar al capitalismo. Este es exactamente el tipo de discurso que se utiliza para dar la impresión de que el análisis marxista se preocupa por igual por todas las opresiones. Es cierto que este enfoque es más sofisticado que afirmar que cualquier desviación de la línea de clase es una mera distracción, como algunos siguen haciendo hoy en día. Pero aún así, no hay que dejarse convencer tan fácilmente: bajo la retórica se esconde la suposición básica de que, aunque la clase no sea la única forma de opresión, sigue siendo la principal, y sustenta la relevancia de todas las demás. Es importante oponerse a otras opresiones, pero difícilmente en sus propios términos; su importancia sigue siendo secundaria, pragmática, y solo merece reconocimiento en la medida en que sirven como medio dentro de la lucha de clases más amplia. Esta deficiencia ha sido durante mucho tiempo un llamamiento a la aparición de nuevas formas de lucha. Formas que reconozcan que la clase no es la única opresión que merece una preocupación intrínseca.

* * *

El declive de la Vieja Izquierda, junto con su fijación por el marxismo y la lucha de clases, pronto dio lugar a una «Nueva Izquierda» en Europa y Amé-

rica. Entre otros factores, esta transición se ha caracterizado por el creciente predominio de las políticas identitarias sobre la lucha de clases. Las políticas identitarias se derivan de la supuesta utilidad de unirse en torno a diversas identidades compartidas - por ejemplo, ser negre, mujer, gay, trans o discapacitade - como medio para comprender y resistir la opresión. Este afán por tratar todas las luchas de liberación como fines en sí mismas acabó con la primacía de la clase; más bien, los esfuerzos se repartieron de manera más equitativa entre los diferentes grupos minoritarios, lo que añadió profundidad a cuestiones que antes se descuidaban.

Al principio, esta tendencia ofrecía un potencial revolucionario considerable. El Partido Pantera Negra, por ejemplo, reconoció que el poder negro era inseparable del logro de la autonomía comunitaria de formas totalmente tangibles, como se manifestaba en una serie de actividades que abarcaban desde la autodefensa armada hasta la distribución de alimentos, la rehabilitación de drogadictes y el cuidado de personas mayores. También en Estados Unidos, el Colectivo Combahee River - que introdujo el uso moderno del término «política de identidad» en 1977- consideraba que su propia liberación como mujeres negras queer era solo un componente más de una lucha mucho más amplia contra todas las opresiones, incluida la de clase. Incluso Martin Luther King, actualmente uno de los favoritos entre les reformistes pacifistes, destacó poco antes de su muerte que el antirracismo no tenía sentido si se separaba de una oposición más amplia al capitalismo.

Sin embargo, con el paso del tiempo, las políticas identitarias se alejaron irremediablemente de sus orígenes antagónicos, hasta llegar a asociarse con la separación total de las cuestiones identitarias de la lucha de clases. En general, insensible a las características materiales de la liberación, el término sugiere hoy en día un compromiso político muy centrado en las manifestaciones moralistas y la vigilancia del lenguaje, algo que, sin darse cuenta, puede acabar fácilmente excluyendo al resto de la población, especialmente a aquellos que carecen de una formación académica. Mientras tanto, las estrategias políticas más amplias no suelen centrarse en disolver las instituciones políticas, empresariales y policiales, sino en hacerlas más receptivas a los grupos marginados, reconociendo así la legitimidad general de una sociedad dividida en clases. No es casualidad que este enfoque reformista y esencialmente liberal de la transformación social solo haya despegado en paralelo a esa suposición tácita, consolidada desde los años 80, sobre nuestras posibilidades de que se

produzca realmente una revolución. En resumen, las política identitarias se han contenido dentro de una posición fundamental de compromiso con el poder, dando por sentado que el Estado y el capital están aquí para quedarse.

Quizás el problema central de las políticas identitarias actual es que, tras haber tenido el buen sentido de abandonar el análisis marxista, pierden la capacidad de explicar lo que es común a la plétora de problemas sociales a los que nos enfrentamos. Si las relaciones opresivas no pueden reducirse a la clase, ¿cuál es entonces la estructura subyacente que las une a todas? La única alternativa es tratar las diferentes opresiones como problemas inconexos y remotos que, en sus diversas formas, pueden superarse sin cuestionar el sistema en su conjunto. Las políticas identitarias carecen, por tanto, del puente conceptual necesario para unir los diferentes movimientos sociales en una lucha revolucionaria holística. Especialmente en sus formas más vulgares, las luchas de liberación se tratan como cuestiones aisladas o incluso competitivas (Oppression Olympics), lo que invita a la reproducción de las relaciones opresivas entre quienes se supone que deben combatirlas.

Dicho esto, la interseccionalidad, que comenzó a ganar terreno en los años 80, ofreció una respuesta explícita a estas limitaciones. El objetivo de esta teoría es demostrar cómo se superponen los diferentes ejes de dominación, agravando las desventajas que sufren quienes están expuestos a más de una identidad opresiva. Al centrarse únicamente en el género, por ejemplo, los movimientos feministas tienden a dar prioridad a las experiencias de sus participantes más privilegiadas, que suelen ser mujeres blancas y ricas. Por lo tanto, para socavar eficazmente el patriarcado, el feminismo debe abarcar un espectro mucho más amplio de preocupaciones, invitando a las mujeres marginadas a poner sus narrativas en primer plano. Una virtud clave de la interseccionalidad ha sido, por tanto, su énfasis en la naturaleza interconectada del poder, predicando la eficacia de las diferentes luchas de liberación en función de su capacidad para apoyarse mutuamente. Además, a diferencia del análisis de clases marxista, lo hace sin postular que ningún eje de dominación sea de alguna manera primordial, lo que supone una contribución vital para avanzar.

Sin embargo, a pesar de su utilidad para les revolucionaries, la interseccionalidad no ha logrado evitar ser cooptada por el capitalismo neoliberal. La campaña presidencial de Hillary Clinton en 2016, con sus numerosas refe-

rencias a «los efectos combinados de cuestiones interseccionales que afectan a las comunidades de color», es solo un ejemplo. O fíjese en su perfecta aplicación por parte de las megacorporaciones actuales, hasta el punto de que Sony Pictures tiene incluso su propio director de marketing interseccional, un cargo diseñado para garantizar que «las campañas de marketing alcancen el máximo alcance entre los grupos demográficos multiculturales y LGBT a los que se dirigen». ¿Cómo es posible que una teoría aparentemente radical se haya desviado hacia fines reaccionarios tan evidentes? Un primer problema de la interseccionalidad, al igual que de las políticas identitarias en general, es su abandono de las preocupaciones revolucionarias clásicas. En el mejor de los casos, la clase se discute simplemente en términos de «clasismo», es decir, un prejuicio individual que puede deshacerse simplemente cambiando de opinión, en lugar de abolir la sociedad dividida en clases en su conjunto. Mientras tanto, el Estado - una institución concreta, no una categoría de identidad como la raza, el género o la clase - suele ignorarse por completo, lo que inevitablemente da lugar a programas políticos ineficaces.

Además, esta clara falta de análisis material conduce a un segundo problema, aparentemente el defecto inherente a cualquier enfoque de las políticas identitarias: la incapacidad de encontrar un hilo conductor común a la constitución de la opresión como tal. Al establecer cada vez más subcategorías de identidades oprimidas - no solo ser una mujer negra, por ejemplo, sino también una mujer trans negra, una mujer trans negra discapacitada, etc.-, la consecuencia es un proceso interminable de compartimentación. Este énfasis en la complejidad podría ser fácilmente una fuente de fortaleza, abriendo múltiples frentes de compromiso difuso e invitando a un mayor número de personas a participar sin tener que asumir un papel secundario. Sin embargo, al centrarse únicamente en las particularidades, cualquier noción de un enemigo común contra el que generalizar la revuelta desaparece rápidamente. Solo cuando se combina con un vocabulario más amplio y concretamente revolucionario, la interseccionalidad puede utilizarse para promover la diversidad en lugar de la fragmentación, socavando el poder como totalidad.

Por supuesto, ninguno de los fracasos de las política identitarias debe restar mérito a los logros conseguidos con tanto esfuerzo a lo largo de los años. Aunque la transfobia siga estando muy presente, el racismo, el sexismo y la homofobia manifiestos rara vez son tolerados por la política dominante en

gran parte del Norte Global, algo impensable hace solo unas décadas.* Sin embargo, la incómoda realidad es que el capitalismo se ha adaptado con bastante facilidad a estos cambios, asumiendo este o aquel tinte superficial, pero sin cambiar en absoluto en lo que respecta a su funcionamiento básico. Las mujeres han entrado en el mercado laboral, al tiempo que la familia nuclear sigue desintegrándose; sin embargo, la existencia humana sigue estando dominada por el trabajo asalariado, las relaciones de propiedad y la acumulación de valor. En medio de todos estos profundos cambios históricos, la miseria del empleo sigue siendo constante: les trabajadores de los almacenes de Amazon, un lugar de trabajo tan contemporáneo como se pueda imaginar, están sometidos a una intensa vigilancia y control, y muchos tienen tanto miedo de no cumplir sus cuotas de productividad que ni siquiera se atreven a ir al baño. No es broma: recientemente, varias empresas han comenzado a implantar microchips a sus trabajadores para controlarles mejor. La oportunidad de votar por una persona jefa de Estado negra o mujer, o de que las personas queer se casen o se alisten en el ejército, supone una amenaza mínima para el funcionamiento habitual de los negocios. En todo caso, solo refuerza el paradigma liberal, permitiendo que la gente se convenza a sí misma — a pesar de que la brecha entre ricos y pobres crece constantemente en todo el mundo, y de que cada nuevo día nos acerca más al borde del colapso ecológico— de que, de alguna manera, las cosas están mejorando. Décadas de supuesto progreso ideológico, solo para encontrarse con un círculo vicioso: las características básicas de la sociedad autoritaria, al menos tan fuertes como lo eran hace un siglo.

Así es el atolladero al que nos enfrentamos. Por sí sola, la lucha de clases no logra explicar la complejidad de la opresión, al intentar subsumir cada una de sus formas en la categoría monolítica de la explotación económica. Las políticas identitarias, por otro lado, rompen con esta fórmula, pero solo abandonando cualquier atisbo de perspectiva revolucionaria. En lugar de colaborar para producir una amenaza tangible a lo existente, lo único que hicieron la lucha de clases y las políticas identitarias fue intercambiar sus problemas. Ambas tendencias ofrecen sus propias perspectivas vitales, pero ninguna de las dos traza la posibilidad de nuevos mundos en su conjunto, ni siquiera se acerca.

**Este texto es de* 2019*, la deriva totalitaria de muchos gobiernos en el Norte Global ya ha cambiado esta afirmación. Aunque demuestra como el capitalismo se adapta a cada momento para sobrevivir.* (*N. del T.*)

El prisma de la jerarquía social

En medio de estos amplios cambios históricos, las últimas décadas de lucha también han sido testigo de una crítica cada vez más influyente de la jerarquía social, especialmente en los círculos anarquistas. Escritores como Murray Bookchin describieron las jerarquías como cualquier relación social que permite a un individuo o grupo ejercer poder sobre otro. En sus propias palabras:

> *Por jerarquía me refiero a los sistemas culturales, tradicionales y psicológicos de obediencia y mando, no solo a los sistemas económicos y políticos a los que se refieren más adecuadamente los términos «clase» y «Estado». Por consiguiente, la jerarquía y la dominación podrían seguir existiendo fácilmente en una sociedad «sin clases» o «sin Estado».*
> (The Ecology of Freedom, 1982)

Lo que Bookchin ofrece aquí es una lente para comprender la sociedad que supera explícitamente las ortodoxias marxistas y anarquistas, especialmente el reduccionismo de clase. No se trata de acabar con la lucha contra el Estado y el capital, dado que ambas instituciones son tan jerárquicas como cualquier otra. Más bien, se trata de reconocer que las jerarquías adicionales —las basadas, por ejemplo, en las relaciones de raza, género, sexualidad, edad, capacidad y especie— no pueden contenerse por completo dentro de las estrechas categorías de la explotación económica o la coacción política. Antes de la llegada de la clase y el Estado ya existían diversas jerarquías, ya fuera la jerarquía de los hombres sobre las mujeres, de los viejos sobre les jóvenes o de les humanes sobre otres animales. Y seguirán existiendo en el futuro, incluso en círculos aparentemente radicales, a menos que hagamos un esfuerzo concertado para socavarlas en el presente. Lo que necesitamos es un enfoque más amplio para nuestra resistencia, que incluya una profunda preocupación por los antiguos objetivos sin limitarse a ellos. Una crítica social basada en la jerarquía ofrece esta perspectiva claramente horizontal, que combina una apreciación del holismo de la dominación con el rechazo a destacar cualquiera de sus ejes como principal.

Esto no es un llamamiento a eliminar por completo el análisis de clases. Los análisis amplios y centrados en lo material de teóricos como Marx siguen siendo útiles para explicar cómo los factores económicos motivaron gran

parte del desarrollo de las relaciones opresivas. Tampoco podemos olvidar que, si no hubiera sido por la invención del Estado, la normalización de estas relaciones hasta tal punto habría sido imposible. Pero debemos apreciar estas ideas sin exagerar, sin considerar erróneamente que la clase o el Estado son el quid de la dominación social. Tratar cualquier forma de opresión como primaria (casi siempre la que nos resulta más cercana) es, con demasiada frecuencia, una excusa barata para dejar de lado las demás. Y este problema tampoco es abstracto o periférico, sino que denota una de las principales razones por las que muchos movimientos de resistencia parecen incapaces de relacionarse con sectores más amplios de la sociedad en la actualidad. Solo concediendo la misma consideración a todas las opresiones puede la lucha comenzar a maximizar su inclusividad, dando cabida a aquellas personas —de hecho, la gran mayoría de la población— cuyas experiencias y bienestar ya han sido marginados en todos los demás ámbitos.

Sin embargo, a diferencia de las políticas identitarias, lo que evita que la crítica de la jerarquía derive en reformismo es que, no obstante, sitúa todas las opresiones dentro de una única estructura de poder. Solo que esta vez es la jerarquía, y no la clase, la que enmarca el debate como tal. Se puede explicar el patriarcado, por ejemplo, no solo como una forma específica de opresión, sino también como algo que surge de un conjunto de relaciones que incluye el género, pero que lo supera con creces. Porque hay algo inherente al patriarcado que impregna todos los demás casos de opresión, y eso es su estructura central, concretamente, su estructura jerárquica. El patriarcado puede resumirse simplemente como jerarquía de género; la supremacía blanca, por su parte, es un tipo específico de jerarquía racial; el Estado es la jerarquía del gobierno sobre la población en general; el capitalismo es la jerarquía de la clase dominante sobre la clase trabajadora; y así sucesivamente. Es imposible imaginar un caso de opresión que no se base exactamente en este tipo de estructura, es decir, una institución que otorga a un sector de la sociedad un control arbitrario sobre otro. Es decir, todas las opresiones, por muy diversas que sean, presuponen las mismas relaciones de poder asimétricas, cada una de las cuales subordina las necesidades de un grupo a los caprichos de otro. Todo, desde la falta de vivienda hasta la contaminación y los suicidios de personas transgénero, puede revelarse así no como problemas aislados, sino como consecuencia de una causa común. Básicamente, nos enfrentamos a un único problema: la jerarquía social es una hidra con muchas cabezas, pero un solo cuerpo.

Algunes podrían abordar esta descripción con cautela, como si se tratara de otro intento más de reducir todas las opresiones a una sola. Pero la crítica de la jerarquía no es reduccionista en el sentido marxista: en lugar de señalar una forma de opresión como más fundamental que las demás, simplemente hace hincapié en la estructura que todas ellas asumen. Este tipo de pensamiento global no significa en absoluto dejar de darse cuenta de lo que es único en cada lucha de liberación, como si se tratara de subsumirlas en un todo amorfo; se trata únicamente de enfatizar las particularidades sin quedarse estancado en ellas. Eso significa combinar un conocimiento íntimo de las diferentes opresiones con una comprensión más amplia de las características que todas ellas tienen en común, incluyendo el dolor muy real, la exclusión y la destrucción del potencial que cada una de ellas conlleva. En otras palabras, toda forma de opresión, además de ser un problema en sí misma, debe servir también como puerta de entrada para entrar en conflicto con la jerarquía social en su conjunto.

Es fácil sentirse abrumade por la gran cantidad de problemas a los que nos enfrentamos, sobre todo si los abordamos uno por uno. Pero esta no es la única opción que tenemos. Enmarcar el debate en términos de jerarquía (algo que para muches ya es de sentido común) nos ofrece esa perspectiva amplia y revolucionaria que habíamos perdido de vista, situando todas las opresiones dentro de una única estructura de poder. Sin embargo, lo hace de una manera que se niega a dar prioridad a ningún aspecto concreto de esa estructura, equilibrando así las virtudes clave de la lucha de clases y las políticas identitarias.

La lucha revolucionaria en el siglo XXI nos llama a un nuevo horizonte. Es hora de ir más allá de meros objetivos económicos como el socialismo o el comunismo, al igual que la ausencia de instituciones políticas formales como el Estado nunca será suficiente. Lo que importa aquí es lograr la anarquía —la ausencia de cualquier tipo de dominio— en el sentido más amplio de la palabra. El proyecto anarquista debe distinguirse, por tanto, de los objetivos anticuados de les marxistes, así como de la izquierda en general: se trata de desmantelar la opresión en todas sus formas posibles, lo que significa tomarse en serio la máxima, en lugar de convertirla en otra consigna vacía. Sed cauteloses, camaradas. ¿Quién sabe qué aventuras podrían derivarse de una propuesta tan audaz?

2: La ecologización de la revolución

Liberación Animal

Resistirse a la opresión en todas sus formas conlleva cierta volatilidad. Este es precisamente el tipo de proyecto que puede escaparse fácilmente de las manos, superando con creces el terreno de lo que nos es familiar. Hagamos todo lo posible por mantenernos al día: a lo largo de las últimas décadas, uno de los avances más destacados entre las luchas sociales en Occidente ha sido el surgimiento de la preocupación por otres animales y el medio ambiente*. Muches radicales se han mostrado reacies a avanzar, descartando la opresión de les no humanes como irrelevante para nuestras perspectivas de revolución; al fin y al cabo, la Izquierda está firmemente arraigada en los ideales humanistas de la Ilustración, algo que el Marxismo y el anarquismo ortodoxo reproducen sin cuestionarlo. Sin embargo, la pesada tradición de una época pasada no es excusa para cerrar posibilidades en el presente. La crítica a la jerarquía social, además de profundizar el alcance de la liberación humana, se aplica igualmente más allá de los límites de nuestra propia especie: la liberación animal y la liberación de la Tierra son tan integrales al nuevo mosaico revolucionario como cualquier otro aspecto de la lucha.

La primera mitad de la ecologización de la revolución —la liberación animal— se remonta en cierta medida al inicio del movimiento radical por los derechos de les animales en el Reino Unido. Ya en la década de 1960, les saboteadores de caza intervenían para interrumpir los deportes sangrientos en todo el país, centrándose en la práctica legalmente sancionada de la caza del zorro. Desde el principio, esto cultivó la idea, puesta de manifiesto por tantas luchas de liberación en el pasado, de que la ley estaba diseñada para proteger a les explotadores y, por lo tanto, debía infringirse. Este énfasis desbordante en la acción directa —en la consecución de objetivos políticos al margen de la mediación con las instituciones formales— se aplicó gradualmente a un

**Le autore se centra en un análisis de la historia de los movimientos radicales en Occidente en este caso, si bien es un avance destacado en el Norte Global, no quiere decir que estas preocupaciones no existieran ya en otros pueblos del sur global y comunidades indígenas, donde la vida en su conjunto, de cada animal, planta o humane, es vista como igual.* (*N.del T.*)

espectro cada vez más amplio de objetivos. No solo se atacaban las cacerías mientras se llevaban a cabo, sino que a menudo también se saboteaban sus instalaciones y vehículos, con el fin de impedir que la caza comenzara. A principios de los años 70, un grupo de saboteadores de caza con sede en Luton, que se autodenominaba «Band of Mercy» (Banda de la Misericordia), comenzó incluso a atacar tiendas de caza, criaderos de pollos y proveedores de vivisección. Quizás lo más memorable fue que, en 1973, la Banda incendió un laboratorio de vivisección en construcción cerca de Milton Keynes, siendo pioneres en el uso del incendio provocado con fines de liberación animal.

Esta actividad pronto dio lugar a una amenaza aún más formidable. En 1976, les miembres de la Banda de la Misericordia crearon el Frente de Liberación Animal (ALF), que abogaba por la aplicación de tácticas de sabotaje para impedir cualquier forma de explotación animal. Más que una organización propiamente dicha, se trata de una bandera bajo la que cualquiera puede llevar a cabo una acción y reivindicarla como del ALF, siempre y cuando se adhiera a unos principios básicos. Al carecer de miembres oficiales o sucursales, el frente está compuesto principalmente por pequeños grupos afines autónomos; actuando al estilo de un movimiento guerrillero clandestino, les participantes atacan principalmente bajo el amparo de la oscuridad, para luego volver a integrarse en la población general. Este terreno de lucha informal y sin líderes es precisamente lo que permitió que la resistencia proliferara con tanta eficacia, minimizando al mismo tiempo el riesgo de represión estatal. Se han llevado a cabo cientos de miles de acciones en todo el mundo, liberando a innumerables animales de las instalaciones que les esclavizan, ya sea transportándoles a santuarios o simplemente liberándoles en la naturaleza. No obstante, aquelles que se benefician del sufrimiento han sufrido pérdidas incalculables, y las empresas afectadas (laboratorios de vivisección, criadores de ganado, granjas peleteras, granjas industriales, mataderos) a menudo se han visto obligadas a cerrar. La gran mayoría de estas redadas no han dado lugar a ninguna detención.

En medio de un declive constante del coraje y la militancia de la Izquierda durante las últimas décadas, grupos como el ALF han sido a menudo los que han mantenido viva la llama de la lucha revolucionaria. En lugar de esperar a que cambien las condiciones históricas, el ALF se niega a perder el tiempo con procedimientos parlamentarios o marchas que dan vueltas en círculo, y se propone comenzar inmediatamente a desmantelar la infraestructura física

de la que depende el funcionamiento de la jerarquía social. Nos enfrentamos a una época en la que el poder no tiene un centro: la revolución no es solo una cuestión de asaltar palacios, sino también de enfrentarse a este orden de miseria en todos los frentes, especialmente en aquellos que han sido más descaradamente ignorados en el pasado.

Cada día, literalmente millones de animales son confinades, mutilades y asesinades con fines alimentarios, de vestimenta, entretenimiento, trabajo físico e investigación médica. Si fueran seres humanes les masacrades de esta manera, el número de muertos superaría al de muchos holocaustos, en cuestión de horas. Por supuesto, no son seres humanes les que están al otro lado de la alambrada, por lo que damos la espalda a su miserable trato, bastante segures de que esas preocupaciones no importan. Sin embargo, esa es una respuesta bastante grave: ¿y si nos equivocamos?

El caso más influyente para demostrar la infundada indiferencia proviene de Peter Singer en su libro Animal Liberation (1975). Centrándose en una discusión seminal sobre la noción de especismo, el término se define allí como «un prejuicio o actitud sesgada hacia los intereses de los miembros de la propia especie y en contra de los de los miembros de otras especies». A esta definición liberal, podríamos añadir que el especismo, además de manifestarse en las disposiciones de les individuos, está fuertemente arraigado en un marco ideológico omnipresente —reproducido por instituciones como los medios de comunicación, la ley y la educación pública— que sirve para separar a la humanidad de la esclavitud de miles de millones de animales. De hecho, muches radicales declarades siguen dejando de lado el tema del antiespecismo, incluso aunque estén comprometides con la lucha contra opresiones como el racismo o el sexismo. Sin embargo, esto tiene poco sentido, dado que cada una de estas opresiones se basa en la misma lógica: un grupo concreto es excluido moralmente no por sus capacidades reales, sino simplemente porque parece pertenecer a una categoría biológica diferente. Es evidente que rechazaríamos este tipo de razonamiento en el caso de las afirmaciones de supremacía blanca sobre las no blancas: el color de la piel no es una cualidad moralmente relevante. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el especismo funciona casi exactamente de la misma manera; la única diferencia es que señala a las especies, y no a la raza, como la categoría biológica relevante.

Dicho esto, pocas admitirían mantener una perspectiva especista tan burda.

La suposición aquí —de nuevo, al igual que con la supremacía blanca— es que la exclusión moral relevante se basa en la ciencia, no en los prejuicios. En particular, la capacidad de razonar suele señalarse como el principal candidato para justificar la supremacía humana*. Este enfoque sostiene que, en lugar de basarnos en una categoría biológica arbitraria para distanciarnos de otras especies, lo hacemos sobre la base de nuestras capacidades reales. Pero esta justificación tan común no es más que una artimaña. Lejos de ser un aspecto inherente a la cognición humana, la capacidad de razonar es simplemente un rasgo que la mayoría de nosotros poseemos (en mayor o menor medida). Hay muches seres humanes que carecen de la capacidad de cognición abstracta, como les bebés normales y les adultes con ciertas discapacidades mentales; sin embargo, nadie que se tome en serio la lucha contra la opresión lo tomaría como una excusa para su exclusión moral, especialmente si eso significara tratarlos como tratamos a otres animales. Eso solo puede significar que la racionalidad no es lo que realmente nos importa a la hora de hacer consideraciones morales: la racionalidad es solo una excusa. Lo que importa aquí es la sintiencia: la capacidad de sentir tanto placer como dolor.

No hace falta decir que la sintiencia no es exclusiva de les seres humanes, sino que también está presente en la gran mayoría de les animales no humanes. Tampoco se trata de una versión diluida de la experiencia humana. Muches, o incluso la mayoría, de les animales tienen una vida emocional muy rica, caracterizada por todos los altibajos que tiñen nuestro propio estado de ánimo, incluyendo la emoción, la alegría, el asombro, el respeto, la empatía, el aburrimiento, la vergüenza, el dolor, la soledad, la ansiedad, el miedo y la desesperación. En otras palabras, el acceso a todos los sentimientos que han definido los mejores y peores momentos de nuestras vidas —que determinan de manera fundamental si vale la pena vivir la vida de une— trasciende ampliamente los límites de nuestra propia especie. Les animales son conscientes del mundo y de su lugar en él; sus vidas son intrínsecamente valiosas, independientemente de lo que puedan hacer por nosotres. Excluirlos moralmente por pertenecer a otra especie es el mismo tipo de pensamiento que considera

**De nuevo, le autore se centra en un análisis con foco en el Norte Global o las grandes ciudades, la supremacia humana no es un concepto tan claro en los pueblos originarios como demuestra, por ejemplo, el perspectivismo amerindio, que considera a les demás animales, e incluso plantas, como personas con otro cuerpo, con su propia perspectiva del mundo. Generando relaciones bastante horizontales en el día a día.* (*N.del T.*)

el color de la piel una justificación válida para la esclavitud humana. Pero no podemos negar la lógica de la dominación en un caso y apoyarnos en ella de forma tan caprichosa en otro: hay que luchar por la liberación animal con el mismo fervor con el que luchamos por la nuestra.

El antropocentrismo era adecuado para una época en la que la mayoría creía que Dios había creado a les seres humanes a su imagen y semejanza, ordenándonos «dominar sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra». Sin embargo, al llegar el siglo XXI, numerosos avances en el conocimiento humano —la revolución copernicana, la teoría de la evolución de Darwin, la teoría del inconsciente de Freud— han destronado significativamente la idea de que la cultura humana habita de alguna manera un mundo separado de la naturaleza. Es evidente que nos diferenciamos de otres animales en muchas de nuestras capacidades cognitivas, pero se trata de una cuestión de grado, no de tipo; nuestra historia evolutiva simplemente ha mejorado las funciones mentales que ya estaban presentes entre les no humanes desde hacía millones de años, en lugar de conferir a la humanidad capacidades radicalmente únicas. Otres animales son capaces, aunque sea en menor medida, de comprender el lenguaje, demostrar conciencia de sí mismos, utilizar herramientas, habitar sociedades complejas, apreciar el humor y realizar rituales en torno a la muerte. No solo eso, muchos parecen superar fácilmente a les humanes en lo que respecta a la capacidad de memoria, orientación y sociabilidad. En términos de integración ecológica, finalmente, cualquier noción de supremacía humana comienza a resultar vergonzosa: las abejas polinizan gran parte de las plantas del mundo, el fitoplancton fotosintetiza la mitad del oxígeno, los hongos y las bacterias son los principales descomponedores de la materia orgánica. ¿Y qué hay de la contribución humana a la comunidad planetaria? Entre los aspectos más destacados se encuentran el cambio climático, los residuos radiactivos y la Gran Mancha de Basura del Pacífico. Al parecer, el narcisismo va de la mano de la incompetencia: la idea de que la naturaleza requiere de alguna manera la imposición del orden humano solo ha significado su ruina, y eso incluye claramente la nuestra.

Sin embargo, para dejar algo claro, hay que señalar que no es la humanidad la que está destruyendo el tejido mismo de la vida. Los grupos humanos vulnerables difícilmente se benefician del especismo; la ganadería, por ejemplo, es la principal causa tanto de la contaminación del agua como de las emisiones

de carbono, además de ser responsable de algunos de los lugares de trabajo más atroces del planeta.* Todo ello para que el capitalismo pueda suministrar a sus cautives humanes los llamados «alimentos» cargados de hormonas de crecimiento y antibióticos. En esencia, todas las criaturas que encuentran su hogar en este querido planeta, incluidas las oprimidas dentro de nuestra propia especie, sufren en común a manos de una enfermedad —en partes iguales antisocial y ecocida— llamada jerarquía social. Este es el momento de abandonar nuestras suposiciones especistas, de las que se deriva la desconexión entre las luchas por la liberación humana y animal. La lucha por la liberación no admite fronteras definitivas.

**Además, la ganadería es profundamente colonial, ya que es -también- un factor de riesgo para los pueblos originarios y los grupos indígenas y/o no civilizados, siendo responsable de la deforestación y despojo de sus territorios.* (*N.del T.*)

Liberación de la Tierra

El surgimiento de la liberación animal se ha visto reflejado en una tendencia adicional, no menos vital para la ecologización de la revolución en curso: la liberación de la tierra. En este caso, la extensión de la preocupación política a les no humanes va incluso más allá del ámbito de la sintiencia, aplicándose aquí a los ecosistemas en su conjunto, si no al planeta Tierra en su totalidad. A muches les cuesta relacionarse con la opresión de la tierra, dado que el valor que se le atribuye a los ecosistemas es el más alejado del que nosotres mismes poseemos. Sin embargo, esta actitud obstinada no nos beneficia en nada: a medida que nos adentramos en un siglo difícil, en el que por primera vez no estamos segures de si llegaremos al siguiente, solo podemos empezar a reconsiderar la presunción humana de supremacía sobre todas las cosas.

En comparación con el movimiento radical por los derechos de les animales, el origen del ecologismo radical cuenta una historia diferente, ya que surgió como respuesta a los fallos del movimiento mainstream. Cuando se fundó Greenpeace en 1971, por ejemplo, su objetivo explícito era superar el conformismo de grupos como Sierra Club y Friends of the Earth. Pero no pasó mucho tiempo hasta que Greenpeace también acabó pareciéndose a cualquier otro partido político o corporación. Al intentar construir un movimiento de masas centralizado, se reforzó continuamente la división burocrática entre activistes y simpatizantes, sustituyendo el compromiso con la acción directa por un enfoque poco inspirado en la recaudación de fondos. La imagen radical se mantuvo como una técnica publicitaria ganadora, a pesar de que las acciones ilegales solían condenarse en favor del compromiso institucional. Se suponía que el cambio real no lo llevarían a cabo las personas comunes y corrientes, sino les abogades y les empresaries, cuyos salarios (e indiferencia) pronto se dispararon de forma desproporcionada. A pesar de tener acceso a fondos y recursos incalculables, grupos como Greenpeace no lograron frenar el creciente oleaje de devastación medioambiental, y a menudo solo conseguían detener ciertos proyectos a costa de respaldar abiertamente otros. La supuesta sinceridad de sus fundadores resultó finalmente irrelevante: seguir las reglas de un sistema que considera inviolable el crecimiento económico solo puede significar complicidad en el ecocidio.

Ante este ecologismo en gran medida simbólico, una respuesta definitiva fue la creación de Earth First! en 1980. Fundada inicialmente en Estados Unidos

y extendida internacionalmente una década más tarde, su objetivo era superar las limitaciones del movimiento mayoritario centrándose en la organización de base y la acción directa. Esto abrió un terreno de lucha en el que el diálogo con el Estado y, en general, los procedimientos burocráticos, se volvieron completamente innecesarios. Comprometido desde el principio con ofrecer «ninguna concesión en la defensa de la Madre Tierra», Earth First! animó a la gente a tomar el asunto en sus propias manos, muy consciente de que obedecer la ley solo garantizaría la derrota. Al hacerlo, se protegieron innumerables ecosistemas de la tala, la construcción de presas y carreteras, a pesar de que les activistes nunca habían pasado ni una hora en una reunión de la junta directiva. Cabe señalar que tácticas de acción directa similares ya estaban siendo utilizadas, por ejemplo, por activistes antinucleares en Alemania y el Reino Unido; sin embargo, Earth First! se propuso aplicar este enfoque de forma mucho más amplia, no solo para oponerse a nuevos proyectos, sino también para hacer retroceder las fronteras de la civilización industrial en su conjunto.

Otro acontecimiento clave en el desarrollo del ecologismo radical fue la creación del Frente de Liberación de la Tierra (ELF) en el Reino Unido, en 1992. Siguiendo el modelo del ALF, el ELF se propuso utilizar el mismo énfasis en la organización informal y el sabotaje, solo que esta vez en defensa del medio ambiente. Esto permitió a grupos más visibles como Earth First! desvincularse públicamente de las acciones más militantes y centrarse en manifestaciones masivas y desobediencia civil, aunque se mantuvieron fuertes vínculos entre ambos movimientos. El ELF pronto se extendió por todo el mundo, primero por Europa y luego por América del Norte y del Sur. Desde los bosques de Khimki y Hambacher hasta las extensas metrópolis de Ciudad de México, Santiago y Yakarta, los fuegos encendidos por la liberación de la Tierra siguen cayendo en terreno fértil; se han causado daños por valor de cientos de millones de dólares a industrias ecocidas, incluyendo objetivos como infraestructuras madereras, laboratorios de biotecnología, líneas eléctricas, centros comerciales, concesionarios de automóviles, proyectos residenciales de lujo y estaciones de esquí. Ya en 2001, la eficacia de la ELF se había confirmado sin lugar a dudas, y el FBI la declaró «la principal amenaza terrorista interna» de Estados Unidos, a pesar de no haber causado nunca daños físicos a ningún ser vivo.

Sin embargo, lo que diferenció a grupos como Earth First! y el ELF del mo-

vimiento dominante no fue solo una cuestión de táctica. En muchos casos, la negativa a ceder en la defensa del planeta se sustentaba en una filosofía que Arne Næss denominó «ecología profunda» (deep ecology), es decir, la visión de que los ecosistemas poseen valor en sí mismos, independientemente de su utilidad para les seres humanes. Como sustituto del antropocentrismo, Næss defendió el biocentrismo, la idea de que la vida misma es la fuente del valor moral, y que dicho valor tiene el mismo peso que el que poseemos nosotres mismes. La experiencia humana es solo una faceta de una vasta red interconectada de vida, cuyos miembros —desde los bosques hasta los insectos, las montañas y los océanos— tienen el mismo derecho a existir y prosperar que nosotres. El biocentrismo, por lo tanto, sostiene que la riqueza y la diversidad de la biosfera solo pueden reducirse para satisfacer las necesidades humanas más vitales. La suposición explotadora de que la naturaleza se desperdicia si no se rentabiliza debe revertirse: lo salvaje es intrínsecamente valioso, independientemente de si los humanes están allí para disfrutarlo o no. La vida existe para sí misma, no solo para nosotres.

El pensamiento ecológico profundo se contrasta a menudo con lo que Næss describió como «ecología superficial», que consiste en la tendencia a respetar la necesidad de protección ecológica, pero solo en la medida en que esta pueda justificarse como promoción de los intereses humanos. Por lo tanto, la ecología superficial solo ofrece una visión más prudente del antropocentrismo: dado que nuestra supervivencia a largo plazo como especie depende (en cierta medida) de un medio ambiente sano, sería insensato devastarlo demasiado. Esto podría parecer una visión benigna, pero conlleva graves implicaciones. Si la preocupación ecológica se considera únicamente como un medio para promover el bienestar humano, se deduce que, en los casos en que ambas no coincidan, no se puede proporcionar fundamento alguno para preocuparse por el medio ambiente. Sin adoptar una postura ecológica profunda, no podríamos explicar, por ejemplo, cuál sería el problema de erradicar hasta el último vestigio de vida silvestre en la Tierra, suponiendo que hacerlo no tuviera efectos adversos para les humanes. Tampoco deberíamos ver nada malo en la idea de alterar artificialmente el clima global a propósito, para que la lluvia o el sol pudieran desencadenarse con solo pulsar un botón. La ecología superficial tampoco trata el cambio climático como un problema en sí mismo, lo que significa que, si les humanes pudieran trasladarse de alguna manera a otro planeta en el futuro, podríamos asfixiar a este sin ningún problema.

Si bien la terminología inventada por la ecología profunda es reciente, la sabiduría que invoca no lo es. Como explica Rod Coronado, veterano guerrero del ALF/ELF, a la luz de su herencia indígena americana: «El mundo del que proviene nuestra gente, y que aún existe para muchos pueblos indígenas —y también para los no indígenas, si deciden reconocerlo—, es un mundo que ve a cada ser humano, a cada ser animal, a cada ser vegetal, como parte de un todo e igual a los demás». Comprender la ecología profunda no se trata tanto de aprender algo nuevo, sino de recordar aquello que antes era tan obvio como cualquier otra cosa. El valor intrínseco de la vida misma debe redescubrirse y lucharse hasta el final, no como una distracción de otras luchas de liberación, sino como un componente inseparable de una lucha única y multifacética contra todas las formas de opresión. Las últimas décadas dividieron la lucha; en este punto, estas distintas corrientes están invitadas a converger, ofreciendo un atisbo de un horizonte revolucionario completamente nuevo.

Algunos de los textos más revolucionarios de las últimas décadas —pensemos en Alfredo Bonanno o el Comité Invisible— poseen en su núcleo una profunda afirmación de la vida. Esto es precisamente lo que inspira ese afán por ver lo existente consumido por las llamas: el orden que pretende gobernarnos es, en esencia, un sistema de muerte, capaz de perseverar solo en la medida en que tritura todo lo salvaje y libre. Sin embargo, con demasiada frecuencia, la apreciación de este sentimiento se limita a una discusión sobre la vida humana, olvidando que la vida en general es lo que realmente está en juego. Al reproducir la supremacía humana dentro de las luchas revolucionarias —es decir, al basar la liberación de nuestra propia especie en la esclavización de todas las demás—, no logramos desafiar al enemigo común en todos los frentes, invitándolo a recuperarse allí donde le damos la espalda. Las luchas por la liberación humana y no humana no compiten, precisamente porque no están separadas. En el siglo XXI, la única línea divisoria que divide a la sociedad entera, incluide cada une de nosotres, es la que afirma la vida en comparación con la que la destruye.

3: La misma causa, la misma lucha

Economía y ecocidio

Tanto la liberación animal como la de la tierra ofrecen puntos de apoyo clave en la imaginación, pero aún no hemos llegado a ese punto. Podría decirse que el antiespecismo y la ecología profunda son revolucionarios, pero no necesariamente en un sentido político, sino solo moral. De hecho, los pensadores más conocidos de ambos movimientos —Peter Singer y Arne Næss— buscaron analizar la opresión de otres animales y de la tierra de forma aislada, sin criticar al Estado y al capital, dando por sentado que el sistema no es inherentemente ecocida. Ambos movimientos intelectuales —surgidos de la Nueva Izquierda— se encontraron así analizando la opresión de una manera sospechosamente similar a las políticas identitarias, ofreciendo propuestas prácticas centradas en la evolución personalista y el cambio legislativo. Los movimientos activistas correspondientes, por supuesto, han utilizado a menudo tácticas mucho más radicales, pero incluso las estrategias militantes conllevan cierto riesgo: promover la liberación animal o de la tierra sin atacar la jerarquía social en general.

La teoría de la ecología social introducida por Bookchin resulta de gran utilidad en este contexto. El objetivo de la ecología social, como su propio término indica, es ofrecer un análisis combinado de cuestiones sociales y ecológicas. Más específicamente, Bookchin argumentó que la dominación del mundo natural se basa en la dominación dentro de la sociedad, especialmente en jerarquías como el Estado, el capitalismo y el patriarcado. Las formas en que les humanes maltratan a les no humanes son, en muchos sentidos, una extensión de cómo nos maltratamos entre nosotres; por lo tanto, la jerarquía desenfrenada entre nosotres solo puede conducir a la subyugación de la vida en general. No es casualidad que las sociedades más afectadas por la desigualdad económica sean casi siempre las que peor tratan a su medio ambiente. Tampoco deberíamos esperar una respuesta liberal, centrada en reformas fragmentadas y la libertad de elección del consumidor, para combatir eficazmente la devastación. Por el contrario, lograr el equilibrio en la naturaleza es lo mismo que crear una sociedad no jerárquica, razón por la cual la mayoría de les ecologistas sociales plantean la revolución social como la única respuesta viable a la creciente crisis ambiental. En resumen, este mundo no

se puede hacer verde: promover una ecología sana significa crear mundos completamente nuevos.

Los problemas ecológicos inherentes al capitalismo se encuentran entre los más urgentes. Cada vez es más imposible ignorar las tendencias ecocidas del modo de producción dominante; lejos de ser simplemente el resultado de esta o aquella versión del capitalismo, la devastación del mundo natural se deriva de sus características más simples e irrevocables. El motor fundamental de la producción capitalista es la necesidad de las empresas de generar beneficios. Y estos se generan convirtiendo los recursos naturales en productos que se venden en el mercado. Además, según la lógica capitalista, las empresas tendrán éxito en la medida en que sean rentables. Esto significa que el éxito de la economía capitalista se reduce, a grandes rasgos, al grado en que utiliza los recursos naturales. El hecho de que las empresas estén incentivadas a utilizar estos recursos de la forma más eficiente posible (menos dinero gastado en comprarlos y procesarlos) no influye mucho, dado que cualquier empresa sólida simplemente reinvertirá el dinero ahorrado en consumir aún más, maximizando así sus beneficios. La ecuación básica es, por un lado, que más producción significa más beneficios, y también que más producción significa más ecocidio.

El capitalismo no ofrece ninguna salida. Su necesidad de crecimiento es absolutamente insaciable. Sin una expansión económica constante, cualquier empresa se expone a la recesión o incluso a la quiebra, invitando a la competencia a reducir su cuota de mercado. En la economía en su conjunto, la mera incapacidad para mantener un crecimiento constante se define como una crisis. Incluso considerar un límite a la conversión de nuestro entorno vital en meros objetos es un lenguaje desconocido para una corporación.

No es ningún misterio que la gran mayoría del mundo natural ya ha sido destruido, al igual que el correcto funcionamiento de la maquinaria capitalista. Y qué horrible noción de "riqueza" ofrece: pesca colapsada, bosques arrasados, paisajes destrozados, tierra vegetal convertida en polvo, reservas de combustibles fósiles agotadas. Lejos de disminuir, el ritmo de agotamiento solo se está acelerando, tal como exige el mantra del crecimiento constante. Desde la Revolución Industrial, en particular, hemos estado viviendo muy por encima de nuestras posibilidades, algo que solo ha aumentado enormemente desde mediados del siglo XX. La demanda económica de mayores niveles de con-

sumo se ha visto satisfecha con un crecimiento exponencial de la población mundial de consumidores, así como con la inundación del mercado con cada vez más basura inútil, pero esto no puede continuar así eternamente. Nos precipitamos hacia una crisis de un tipo u otro, y una de dos cosas debe desaparecer: o el capitalismo, o el planeta.

La vida y la economía existen en una tensión fundamental. Hasta el punto de que la salud de una es co-extensiva a la devastación de la otra. Nunca estamos lejos del último informe sobre un derrame de petróleo catastrófico o la desaparición de especies en peligro de extinción, ni de otra "revelación" sobre el infierno de las granjas industriales. Sin embargo, la contradicción fundamental del discurso liberal es lamentar estos horrores y negarse a cuestionar las condiciones económicas que los originan. Necesitamos indignarnos sin sorprendernos: la causa de tan abyecto abuso solo puede ser un modo de producción que ignora todo lo irrelevante para la generación de ganancias. Les economistes describen esos factores que no conducen al crecimiento inmediato simplemente como "externalidades", incomprensibles para la lógica capitalista y completamente despreocupadas. Las emisiones de carbono, por ejemplo, se liberan a la atmósfera como un mero efecto secundario de la producción industrializada; dado que no hay incentivo económico para evitar este resultado, cualquier esperanza de una alternativa es completamente vana. Incluso la amenaza real del cambio climático —la inminente destrucción de la vida tal como la conocemos— no representa un problema concebible para la economía. Las leyes del mercado consideran literalmente irracional abordar tal problema, dado que cualquier corporación estaría en quiebra mucho antes de que la prevención de la catástrofe ofreciera la posibilidad de una rentabilidad para sus accionistas. Tampoco podemos esperar que los gobiernos capitalistas intervengan eficazmente, precisamente porque su éxito también se mide, ante todo, en función del crecimiento económico a corto plazo.

Podría parecer extraño, por lo tanto, que la mayoría de la gente se sienta cómoda con la situación actual. Sin embargo, hay una explicación importante: el «capitalismo verde», el peor oxímoron. El capitalismo verde se puede resumir en la idea de que el mercado puede utilizarse para solucionar la creciente crisis ambiental. Comenzó a ganar influencia en el hemisferio norte en la década de 1980, en gran medida como respuesta a una combinación de dos factores: por un lado, las corporaciones se dieron cuenta de que muchos

consumidores poseían un deseo sincero y renovado de proteger el medio ambiente; por otro lado, la mayoría de estes consumidores parecía preferir un ambientalismo compatible con la preservación de la normalidad. En particular, el capitalismo verde apela a la expectativa de que la salud del planeta se mantenga junto con nuestros estilos de vida intensivos en recursos, arraigada entre la floreciente clase media occidental a lo largo del siglo XX. Pero, en realidad, esta indulgencia es solo la forma suprema de consumismo, que pone precio incluso al sentido de la rectitud moral. Mientras el planeta se asfixia, la solución que ofrece el capitalismo verde es consumir aún más, como si realmente se esperara que creyéramos que la carne orgánica, los coches híbridos y las bombillas de bajo consumo nos salvarán. La mayoría de la gente simplemente no puede permitirse el lujo de apaciguar su culpa mientras el medio ambiente sufre estragos. E incluso si pudiéramos, no supondría una gran diferencia, dado que la inmensa mayoría de la contaminación, incluidos los gases de efecto invernadero, es emitida únicamente por un grupo relativamente pequeño de empresas, no por la suma de los consumidores individuales. La economía verde comercializa un millón de cosas diferentes, pero cada una de ellas es solo una versión distinta del mismo producto inútil: la esperanza de salvar el planeta sin atacar la economía.

Todo el discurso sobre la "sostenibilidad" no es más que una distracción que impide cuestionar lo incuestionable, ocultando lo fundamentalmente podrido. Lo que realmente se sostiene aquí es el capitalismo, no el planeta. Incluso una economía capitalista supuestamente renovable —basada, por ejemplo, en la energía solar, eólica o maremotriz industrial— no sería más que otro medio para impulsar un sistema que, en esencia, es antisocial y ecocida. La idea solo ofrece una versión ecológica de lo que ya tenemos: un monopolio energético en manos de las corporaciones y el Estado, un consumo intensivo de recursos para los miembros privilegiados de la sociedad y el inevitable agotamiento de lo poco que queda del planeta vivo. Además, difícilmente podemos estar segures de que una transición hacia las energías renovables detenga el cambio climático, incluso si la mayoría de los gobiernos lo aceptaran. Es muy dudoso que la economía global pueda reestructurarse fundamentalmente a tiempo para evitar una catástrofe. Tampoco debemos asumir que, en comparación con mantener una dependencia de los combustibles fósiles, esos inmensos esfuerzos de construcción en realidad no liberarán significativamente más emisiones de carbono en el corto plazo, arruinando nuestros esfuerzos en los años decisivos que tenemos por delante.

No hay límite para las excusas vacías que nos lanzan les defensores de lo existente. Pero ahora es el momento de acabar con ellas, desprendiéndonos definitivamente de las certezas de este mundo, que hoy en día solo ofrecen la certeza de la extinción. Para que la biodiversidad sobreviva al siglo, la humanidad debe atreverse a cuestionar la propia economía. Lo cual es a menudo una tarea impensable, dado que la economía ha sido la principal beneficiaria del impulso religioso, buscando ansiosamente una nueva forma desde la muerte de Dios: la retirada constante del teísmo como fuerza moral estabilizadora. Sin embargo, aquí no hay posibilidad de redención. No hay otra vida donde buscar la salvación, ni otro planeta al que escapar. La economía necesita ser destruida. Tiene que ser derribada por completo. De lo contrario, solo llegará a su destino, completando su carrera suicida hacia el precipicio, llevándonos a cada une de nosotres con ella.

Destruir la economía no consiste en olvidarnos de satisfacer nuestras necesidades materiales cotidianas, como si se quisiera prescindir por completo de las consideraciones económicas. Significa comprender que la economía —la integración de la totalidad de nuestras necesidades en un sistema de producción único, monolítico y globalizado— jamás podrá conciliarse con la perseverancia de la vida. Nivelar esta estructura es un proceso de recuperación de las condiciones de existencia, pieza por pieza, localizándolas y des-masificándolas. Es un llamado a formar comunas que busquen la autosuficiencia, cada una de ellas esforzándose por satisfacer sus necesidades materiales —alimento, energía, alojamiento, etc.— con la totalidad de sus recursos de producción. Esto es una tarea tanto política como ecológica, dado que la autonomía de cualquier comunidad es inseparable de ser la fuente de su propia potencia, su propia vitalidad. Cualquier cosa que no sea eso corre el riesgo de provocar una de dos cosas: o bien la dependencia de un organismo externo para las necesidades más básicas, o bien la necesidad de una expansión hacia el exterior, definida en partes iguales por el imperialismo y el ecocidio.

Más específicamente, desmantelar la economía es sinónimo de desmantelar la institución de la propiedad privada. Comunizar los medios de producción se ha reconocido a menudo como la base material de la autonomía humana, dado que, mientras carezcamos de acceso directo a los recursos necesarios para sobrevivir y prosperar, no nos queda más remedio que aceptar las condiciones de trabajo explotadoras dictadas por la clase dominante. Sin embargo, lo que rara vez se reconoce es la relevancia de la crítica a la propiedad para

la liberación de la vida no humana. La dominación de les animales y la tierra se ve facilitada principalmente por su estatus legal como propiedad humana, algo que nos confiere dominio sobre elles. La liberación animal sería impensable sin ampliar las fronteras de las relaciones de propiedad, como ocurrió con la resistencia a otras formas de esclavitud, como la trata transatlántica de esclaves y muchas formas tradicionales de matrimonio. La liberación de la Tierra, además, describe la culminación de esta progresión histórica, lo que implica la abolición total de la propiedad. No cabe duda de que usar la tierra con respeto es compatible con la apreciación de su valor intrínseco; En cambio, tratarla como propiedad —es decir, poseerla— necesariamente declara un estatus inferior. En este sentido, la liberación animal y de la tierra, lejos de ser siquiera mínimamente reconciliable con el capitalismo, empieza a parecer inseparable del proyecto comunista*.

En cuanto a la destrucción de la economía, sin embargo, el Estado jamás lo permitiría. No voluntariamente. Decir que el Estado es distinto de la economía podría ser una exageración; al menos, las necesidades de la economía constituyen su ley suprema. Incluso partidos políticos declaradamente radicales —como las alternativas socialdemócratas a la austeridad— pretenden servir a la economía incluso mejor que el propio status quo. No es concebible ninguna desviación de esta lógica en el ámbito político. Al fin y al cabo, la función principal del Estado siempre ha sido salvaguardar las necesidades del capital: estuvo a la vanguardia de la asimilación del campesinado al proletariado industrial, así como de la expansión de las relaciones de mercado por todo el mundo. Lo que vemos hoy, además, es la reinvención de esta unión para la era secular: mientras que antaño el Estado se encargaba de representar la voluntad divina, hoy representa la economía, mediando entre las masas y lo sacrosanto, manteniendo nuestras necesidades atadas al imperativo del crecimiento. Existe la persistente tentación de pensar que el Estado y la economía pueden, de alguna manera, separarse (la mayoría de les marxistas favorecen este enfoque, sirviendo aún cualquier variante recalentada de la paradoja del socialismo de Estado). Y, sin embargo, de todas las ideas absurdas experimentadas en la larga y fatigosa historia de la civilización, pocas han cobrado más vidas que la simpatía anticapitalista por el arte de gobernar. O se confrontan el Estado y la economía como uno solo, o no se confrontan en absoluto.

**Comunista de "comuna"* (*N.del T.*)

Retomando la ecología social con un resumen simple, tomar en serio la liberación no humana significa vivir nuestras vidas al margen y en contra del sistema que nos engulle. El Estado y el capital no pueden ser reformados ni se puede llegar a acuerdos con ellos, porque su naturaleza es fundamentalmente extraterrestre. No en el sentido, por supuesto, de que provengan de más allá de este planeta, sino porque su existencia es inherentemente incompatible con la de la Tierra.

Se acabó el tiempo de las críticas tímidas. Es el momento de hacer planes serios para la deserción. En un momento histórico tan implacable, no caben pretensiones de neutralidad: trabajar para la economía solo puede significar complicidad en nuestra propia aniquilación. Esto nos deja a cada une con una elección vital: entre la conformidad con la jerarquía social y la perseverancia en la vida misma. De repente, la frase «revolución o muerte», pintada en un muro durante la toma de posesión de Trump, adquiere un significado completamente nuevo. Ahí lo tienen: revolución o muerte.

Las interconexiones de la opresión

La última sección esbozó las raíces de la dominación no humana en la dominación humana, según la teoría de la ecología social. Sin embargo, quedarse ahí no explica la relación inversa, es decir, el sentido en que la dominación humana se basa igualmente en la dominación no humana. La relación entre ambas esferas es totalmente recíproca: ninguna desempeña un papel más integral en la estructuración general de la jerarquía. Es importante aclarar esto, ya que, de lo contrario, corremos el riesgo de dejar de lado la tarea de la liberación no humana, quizás incluso aplazándola hasta después de la revolución. Eso sería perder de vista el punto clave: la liberación animal y de la tierra no puede abordarse posteriormente, precisamente porque su liberación es la revolución. Priorizar la liberación humana sobre la no humana garantiza que no obtengamos ninguna de las dos.

Este énfasis horizontal está claramente ausente en Bookchin. Según él, las jerarquías entre humanes surgieron primero históricamente, y las jerarquías sobre les no humanes solo surgieron más tarde como consecuencia de ello. Por lo tanto, con una ironía un tanto cómica, Bookchin rechazó el reduccionismo de clase solo para reemplazarlo con una variante igualmente peligrosa: la idea de que los problemas ecológicos son meramente secundarios de los problemas sociales, indignos de preocupación por sí mismos. Para ser justos, el hecho de que dedicara tanto tiempo a discutir la ecología ya es una clara mejora respecto a Marx, para quien el tema estaba prácticamente ausente. Sin embargo, Bookchin nunca trató la liberación no humana como un fin en sí mismo: la dominación ecológica se describió completamente en términos de los problemas que plantea para la humanidad, mientras que la dominación de les animales no se discutió en absoluto. Esto se correspondía con una negativa constante a comprometerse honestamente con la ecología profunda o el antiespecismo, dejando a la ecología social con un interior sutilmente antropocéntrico. Aparentemente, nuestro trato a les no humanes simplemente no se consideraba una forma de opresión en primer lugar.

Bookchin ni siquiera consideró la posibilidad, por ejemplo, de que el especismo pudiera haber sido la primera jerarquía (sin duda, la primera forma de prejuicio) en institucionalizarse en muchas comunidades pre-civilizadas hace milenios. Sin embargo, la depredación de animales no humanes fue sin duda vital para la supervivencia cotidiana —para producir cosas como alimento y

ropa— de una manera que otras formas de jerarquía, como las basadas en el género o la edad, simplemente no lo fueron. En otras comunidades, por supuesto, podríamos sospechar que las jerarquías entre humanes se cristalizaron primero. Pero este es precisamente el punto: el desarrollo de la jerarquía en todo el mundo fue sin duda bastante caótico, afirmar universalmente la primacía de la jerarquía humana simplifica enormemente.

Este hilo merece ser seguido: una vez que se empieza a considerar seriamente la importancia histórica de la dominación no humana, nuestra capacidad para comprender la dominación de les humanes se ahonda profundamente. Incluso se podría decir que se nos ofrece la pieza que faltaba en el rompecabezas. Uno de los casos más importantes a considerar aquí es el advenimiento de la civilización misma, es decir, la invención de la cultura de masas basada en las ciudades y la agricultura. Las cosas no siempre fueron así: de los aproximadamente 200.000 años de existencia de los seres humanos, la gran mayoría transcurrieron en pequeños grupos de recolectores-cazadores nómadas que carecían de cualquier noción de Estado, clase, dinero, fronteras, prisiones, leyes o policía. Fue solo alrededor del 10.000 a. C., en Mesopotamia, el actual Irak, que estas formas de vida —a veces descritas como «comunismo primitivo»— comenzaron a ser superadas por la Revolución Agrícola. La agricultura inició el cultivo generalizado de cosechas y la domesticación de animales no humanes, generando un excedente de recursos que impulsó el desarrollo de las ciudades y el crecimiento de las poblaciones humanas.

Aquí vemos la invención de la producción en masa, si no de la economía misma, junto con el ascenso del modo de percepción cuantitativo, calculador y expansionista sobre la cultura humana, la capacidad de comprender el valor únicamente en términos del potencial de explotación. Este cambio también provocó el surgimiento definitivo de los rasgos más desagradables de nuestro comportamiento, como la esclavitud, el imperialismo y el genocidio, a menudo confundidos con consecuencias brutales de la naturaleza humana.

Afirmar que la civilización dio origen a la jerarquía misma podría ser una exageración, dado que parecen existir jerarquías rudimentarias entre algunos pueblos no civilizados (aunque no todos) que aún hoy se encuentran dispersos por el mundo. Sin embargo, lo que sí significó la civilización fue la intensificación de la jerarquía más allá de toda comprensión, permitiéndole volverse más violenta, autoritaria e institucionalizada de lo que jamás había

sido remotamente posible*. Por ello, con razón Fredy Perlman, siguiendo a Thomas Hobbes, describió a esta bestia artificial como «Leviatán».

Lo que debe enfatizarse es cuán profundamente estos cambios culturales se arraigaron en la dominación de les no humanes. Hasta la fecha, los pueblos no civilizados ofrecen algunos de los pocos ejemplos de comunidades humanas genuinamente sostenibles y ecológicamente armoniosas; la Revolución Agrícola, en cambio, puede resumirse principalmente en términos de la redefinición de las necesidades humanas en oposición a las de la naturaleza. El mundo ya no se concebía como un todo indiviso, sino como algo para ser dividido y explotado. La tierra fue alterada drásticamente, obligada a satisfacer las necesidades de una especie entre miles de millones; les animales salvajes, mientras tanto, fueron confinades, torturades y alterades genéticamente hasta quedar irreconocibles. La naturaleza misma, una vez entendida como la madre de todes nosotres, fue traicionada y degradada, reinterpretada como algo sucio y maligno. Mientras que todo lo que tocó Leviatán pronto se convirtió en polvo: los paisajes otrora verdes y ecológicamente diversos de Mesopotamia, el Levante, el norte de África y Grecia se transformaron en gran medida en desiertos por una combinación de monocultivos, pastoreo de ganado y tala de árboles, para nunca volver a su antiguo estado de abundancia indómita.

La interacción entre la dominación humana y no humana también se produjo de maneras aún más directas. Los rebaños de ganado, así como los excedentes de grano almacenado, fueron probablemente las primeras instancias tanto de capital como de propiedad privada. El desarrollo de la agricultura también vio intensificada la división del trabajo, conformando la clase dominante original quienes poseían recursos naturales, y quienes los trabajaban —ahora desposeídes de los medios para generar su propio sustento— la clase trabajadora. La invención del Estado se hizo simultáneamente necesaria para reforzar esta distinción entre incluides y excluides. Además, no es casualidad que la región de Sumeria, Mesopotamia, fuera testigo no solo de la invención de

**Como demuestran Wengrow y Groeber en El Amanecer de Todo, las comunidades indigenas no-civilizadas eran capaces de armar y desarmar jerarquías para su beneficio. Siendo conscientes de lo que significaba someterse a un sistema jerárquico y no permitiendo que ningún miembro repitiera en su labor autoritaria momentanea. Cualidad, la de desmontar jerarquías, que parece que hemos perdido hoy.* (*N.del T.*)

la domesticación generalizada de animales, sino también de los primeros casos conocidos de esclavitud humana; presumiblemente, la primera normalizó prácticas como el confinamiento y el trabajo forzoso, facilitando su aplicación a grupos humanos marginados, especialmente a extranjeres derrotades. La expansión del Leviatán a nuevas áreas también habría sido impensable sin el excedente de alimentos y el crecimiento demográfico generado por la agricultura. Así como las civilizaciones más expertas en la domesticación de animales, particularmente al servicio de la guerra y el transporte, poseían la ventaja militar necesaria para someter estas áreas con mayor eficacia.

Una historia similar se ha desarrollado a lo largo de la historia, especialmente con respecto a la práctica del colonialismo. Algunos de los ejemplos más claros se basaron significativamente en la dominación de les animales y la tierra. El exterminio de los pueblos originarios en Norteamérica, por ejemplo, se basó en gran medida en el interés por expandir el comercio internacional de cuero, lana y pieles. La guerra entre México y Estados Unidos estuvo motivada en gran medida por la rentabilidad de adquirir tierras de pastoreo para el ganado, al igual que la colonización británica de Irlanda a lo largo de los siglos. De hecho, este tema no es menos evidente hoy en día; basta con observar el reciente intento de Shell de someter al pueblo Ogoni de Nigeria, o la construcción del oleoducto Dakota Access a través de Standing Rock, ambos proyectos de la industria petrolera. Algo similar puede decirse de los genocidios progresivos que ocurren actualmente en Papúa Occidental y la Amazonia, motivados principalmente por el interés en la extracción de recursos naturales. En resumen, la historia del colonialismo siempre ha combinado estrechamente la subyugación de les humanes, les animales y la tierra.

También cabe destacar los vínculos conceptuales clave entre la dominación humana y no humana. Las eco-feministas han observado desde hace tiempo que el patriarcado se basa significativamente en el desprecio por el mundo natural, especialmente en el intento de caracterizar a las mujeres como irracionales y, por lo tanto, menos humanas que los hombres. Lo mismo puede decirse de la supremacía blanca, dado que tiende a tratar a las personas no blancas (especialmente a las personas no civilizadas) como irracionales, salvajes, y por lo tanto, de menor estatus moral. La exclusión moral de diversos miembros de la raza humana —mujeres, personas no blancas, personas con discapacidad, etc.— siempre ha estado estrechamente ligada a su deshumanización.

Se pueden rastrear estas asociaciones hasta donde se desee. En Occidente, el antropocentrismo probablemente encuentre su expresión más influyente en lo que los teólogos cristianos medievales, siguiendo a Platón y Aristóteles, denominaron la «Gran Cadena del Ser». Esta categorizaba la totalidad del universo en términos jerárquicos, donde cada aspecto del ser supuestamente existía para el bien de su amo. La cadena desciende a lo largo de una escala de menor perfección, comenzando por Dios, pasando por ángeles, reyes, señores, siervos, animales, plantas y terminando con la materia inanimada. Este esquema fue decisivo para legitimar la miseria generada por el sistema feudal; no menos, el fundamento mismo de la estructura era la supremacía humana,t divinamente ordenada en un solo y mismo movimiento.

No se equivoquen: el antropocentrismo ha desempeñado un papel fundamental en algunos de los momentos más oscuros de la historia de la humanidad, incluso en la memoria reciente. En 1943, por ejemplo, Winston Churchill intentó justificar una hambruna en Bengala —totalmente evitable, pero que cobró millones de vidas— culpando a los lugareños por "proliferar como conejos". Antes del genocidio de Ruanda en 1994, Léon Mugesera utilizó un discurso contundente para caracterizar a les Tutsis como "cucarachas" susceptibles de exterminio. En 2015, cuando les refugiades que huían de la guerra se encontraron con las armas y el alambre de púas de nuestra orgullosa civilización, David Cameron describió como "enjambres" a quienes se ahogaban en el Mediterráneo. Así como Donald Trump, en 2018, intentó racionalizar la brutalidad de les migrantes en la frontera estadounidense argumentando que "*no son personas, son animales*"*. Este tipo de lenguaje, especista en su esencia, a menudo se esconde tras la opresión de los grupos humanos. Aunque, para ofrecer un último ejemplo, su perfección seguramente solo se alcanzó en la forma de la eugenesia nazi, sobre todo en términos de la rigurosa formalización de tales asociaciones tanto en la ciencia como en el derecho. En este caso, la persecución y el asesinato en masa de judíes, eslaves, romaníes, homosexuales y personas con discapacidad se basaron en su clasificación como infrahumanos literales; en otras palabras, la lógica interna del Holocausto se fundamentó principalmente en una base especista.

**Lenguaje que también vimos en octubre de* 2023*, cuando el ministro de defensa israelí dijo luchar "contra animales humanos" refiriéndose a la población palestina en la franja de Gaza, tratando de justificar así su aniquilación.* (*N.del T.*)

En muchos casos, cometer atrocidades contra grupos humanos significa dar por sentado el estatus de les no humanes como lo más bajo de lo bajo. Solo atacando primero a les más vulnerables entre nosotres, las prácticas opresivas obtienen el margen necesario para expandirse.

En resumen, ningún eje de dominación puede considerarse secundario en comparación con los demás. Aunque estemos lejos de comprender cómo encajan todas las piezas, lo que debería quedar claro es que ni la clase, ni las relaciones humanas en general, son de algún modo primordiales dentro de la inmensa maraña de jerarquías que habitamos hoy. En esencia, solo hay una víctima del horror que genera el sistema: la vida misma. Ya se trate de las redes anti-suicidio que rodean las fábricas de iPhone, el pánico de les animales en el laboratorio de vivisección o el silencio sepulcral de un bosque talado, cualquier discurso realmente subversivo termina cuestionándolo todo.

Una ética de Liberación Total

13 de mayo de 1985, Oeste de Filadelfia. La Policía de Filadelfia realiza una redada al amanecer en una casa suburbana, pero es evidente que les ocupantes no tienen intención de irse. Durante la mañana, unos 500 policías disparan más de 10.000 cartuchos contra la casa, junto con interminables descargas de gas lacrimógeno e incluso munición antitanque. Les ocupantes resisten hasta bien entrada la tarde, momento en el que el estado decide bombardearles con un helicóptero militar. Se arrojan casi 2 kg de explosivos plásticos sobre el tejado, lo que pronto provoca un incendio descontrolado; sin embargo, el comisario de policía ordena a les bomberes que se mantengan alejados. La casa se incendia, junto con otras 65 en el barrio (predominantemente negro). Solo dos de les ocupantes sobreviven, once de elles, incluides cinco niñes, no sobreviven.

Quienes defendían la casa eran un grupo llamado MOVE. Formado en 1972, MOVE se definía por su combinación de Liberación Negra y lucha armada con Veganismo y Ecología Profunda. El grupo también equilibraba su enfoque en campañas individuales, como las que se oponían a los zoológicos locales y la brutalidad policial, con un énfasis más amplio en la construcción de la autonomía comunitaria. Las declaraciones que sobreviven a su fundador, John Africa, hablan por sí solas, como su afirmación de que «Revolución significa un cambio total, una disociación completa de todo lo que causa los problemas contra los que te rebelas», así como la afirmación del grupo de que luchaban por «una revolución para impedir que el sistema humano se imponga a la vida, para impedir que la industria envenene el aire, el agua y el suelo, y para poner fin a la esclavitud de toda forma de vida». John Africa también se topó con el biocentrismo, incluso antes de que Næss escribiera sobre el tema, como lo confirma su afirmación de que «todos los seres vivos, todo lo que se mueve, son igualmente importantes, ya sean seres humanos, perros, pájaros, peces, árboles, hormigas, maleza, ríos, viento o lluvia». En la historia de la lucha social en Occidente, MOVE fue quizás el primero en comprometerse por igual con la liberación de les humanes, los animales y la tierra.

A pesar de haber sido ampliamente reprimidos por el Estado, las repercusiones de la lucha de MOVE se han percibido aquí y allá, cobrando fuerza. Una ética comparable surgió en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional,

un grupo compuesto principalmente por indígenas mayas que luchaban por sus derechos territoriales. El 1 de enero de 1994, les zapatistas declararon la guerra al Estado mexicano, el mismo día en que entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Se apoderaron de extensas zonas del estado de Chiapas, incluyendo la ciudad clave de San Cristóbal de Las Casas, colectivizando inmediatamente las tierras. A pesar de ser finalmente obligados a retirarse por el ejército mexicano, les rebeldes lograron resistir en las montañas, consolidando el control sobre muchas de sus propias comunidades rurales. Hasta el día de hoy, la autonomía forjada por les zapatistas en medio de la Selva Lacandona se ha mantenido con éxito, a pesar de las numerosas incursiones del Estado. Lo cual sigue siendo, ante todo, una lucha ecológica: desde el principio, les zapatistas enfatizaron que su propia liberación como pueblos indígenas era una y la misma que la liberación de la tierra.

El frente abierto por les zapatistas fue, sin duda, solo uno dentro de una lucha mucho mayor: el movimiento anti-globalización. Alcanzando su máximo apogeo a principios de siglo, esta lucha mundial contó con la unión de diversos participantes —trabajadores, estudiantes, pueblos indígenas, ambientalistas radicales, activistas por los derechos de les animales— en torno a un interés común: oponerse a la expansión de las finanzas globales. Las cumbres internacionales de organizaciones como el G8 y la Organización Mundial del Comercio fueron los blancos obvios, y algunos de los puntos álgidos más espectaculares fueron Seattle 1999, Praga 2000 y Génova 2001. En muchos casos, además, las críticas superficiales a la globalización y al imperialismo se transformaron en rechazos rotundos del capitalismo en su conjunto, aunque un resultado frecuente fuera la expectativa desenfrenada de una revolución mundial inminente. Y aunque el movimiento anti-globalización ya casi ha quedado atrás, sigue ofreciendo un legado centrado en una gran convergencia de luchas, algo vital para avanzar.

Los años 90 también vieron a Earth First! avanzar hacia un firme rechazo a todas las opresiones, abandonando el machismo y el patriotismo presentes en algunos de sus inicios. Esta ampliación de énfasis fue particularmente evidente en los escritos y el activismo de la miembro estadounidense Judi Bari, quien hizo un gran hincapié en la necesidad de que Earth First! llegara a la clase trabajadora, incluyendo a les trabajadores de la madera. Esto marcó el inicio de una visión claramente revolucionaria de la ecodefensa, inspirada tanto por la Ecología Social como por la Ecología Profunda.

Casi al mismo tiempo, el ALF y el ELF (Animal Liberation Front y Earth Liberation Front) también comenzaron a colaborar cada vez más estrechamente, llegando a ser prácticamente indistinguibles en muchos países. Les mismes activistas participaban a menudo en ambos frentes, simplemente intercambiando pancartas según las particularidades de cada acción, mientras que sus redes de movimiento abierto se mezclaban ampliamente. Además, los comunicados publicados por diversas células comenzaron a hacer cada vez más referencias al Estado y al capital, confirmando un enfoque que había cambiado de centrarse en industrias específicas a atacar el sistema en su conjunto. Un comunicado, publicado durante el inicio de la actividad del ELF en Estados Unidos, sigue siendo especialmente memorable:

> *Bienvenidos a la lucha de todas las especies por la libertad. Somos la furia ardiente de este planeta moribundo. La guerra de la avaricia devasta la Tierra y las especies se extinguen cada día. ELF trabaja para acelerar el colapso de la industria, atemorizar a los ricos y socavar los cimientos del Estado. Adoptamos la ecología social y profunda como un movimiento de resistencia práctica*. (Beltane, 1997)

Aunque diversos, estos desarrollos ayudan a explicar algo bastante sorprendente: en algún momento durante las últimas dos décadas, varies activistas radicales por los derechos de les animales y el medio ambiente se comprometieron a ir más allá de las campañas monotemáticas en favor de una lucha holística y revolucionaria contra todas las formas de jerarquía. Como lo expresa Steve Best, «es imperativo que ya no hablemos de liberación humana, liberación animal o liberación de la Tierra como si fueran luchas independientes, sino que hablemos de liberación total» (The Politics of Total Liberation, 2014). Ningún caso de opresión puede entenderse separado del todo: las diferentes jerarquías interactúan profundamente entre sí, facilitando la dominación de un grupo —humano o no humano— en virtud de la dominación de todos los demás. Y así, también, todas las luchas de liberación genuinas deben reconocer que, lejos de tener objetivos desconectados, cada una de ellas depende del éxito de la otra.

Aunque las circunstancias específicas inevitablemente limitan lo que podemos hacer como individues, estos esfuerzos deben enmarcarse en un proyecto compartido que supere con creces nuestro aislamiento. Esto implica aprender a conectar con el entorno actual de maneras significativas; también

implica mejorar nuestras propias prácticas para que quienes nos rodean puedan responder. La cuestión no es reducir la lucha a una sola organización, una sola identidad, sino fortalecer los vínculos entre sus diversos frentes, fomentando las alianzas estratégicas y las redes de apoyo mutuo necesarias para dejar al enemigo común en ruinas.

Aquí no hay soluciones fáciles. Ni utopías, ni siquiera culminaciones. A decir verdad, es improbable que ningune de nosotres sea testigo de un mundo totalmente liberado, es decir, un planeta completamente libre de jerarquías. Tampoco podemos estar segures, desde la perspectiva actual, de si tal cosa es siquiera posible. No se sabe qué hay, si es que hay algo, en la cima de la colina; sin embargo, la belleza de la lucha se realiza en el mismo acto de escalar. La liberación total no es simplemente un destino, como para separar el objetivo final de cómo vivimos nuestras vidas en el presente. No, la liberación total es un proceso inmediato. Es el proceso de confrontar el poder no como algo desconectado, sino como una totalidad. Es la negativa a aceptar cualquier noción de una frontera final, ni ahora ni nunca. Si algo absoluto puede saberse sobre tal lucha, es que nunca termina. Pero no preguntes qué puede hacer la liberación total por nosotres dentro de cien años: la cuestión es comprender su plena intensidad ya ahora.

Parece que cada generación cree que la suya será la más extraordinaria, pero la nuestra podría ser la primera en acertar. Decir que este siglo es el más crucial que nuestra especie ha enfrentado es, en realidad, quedarse corto: nos enfrentamos a la crisis más significativa que la vida en general ha enfrentado, incluso en medio de miles de millones de años de evolución. Hemos entrado en el sexto período de extinción global, este el primero causado por una sola especie animal. El ritmo de extinción de plantas y animales es al menos 1000 veces más rápido que antes de nuestra llegada. La gran mayoría de les animales salvajes ya han sido exterminades. Y eso incluye la desaparición del 90% de los peces grandes de los océanos. Desde el aire que respiramos hasta el agua que bebemos, desde la cima más alta de la montaña hasta las fosas oceánicas más profundas, la suciedad de esta civilización lo impregna todo. Para ser claros, el apocalipsis no es algo escrito en una profecía: ya está aquí.

La muerte, por supuesto, es fundamental para el bienestar ecológico, ya que la vida jamás podría sostenerse sin destrucción y renovación. Sin embargo, la muerte que el sistema conlleva no es en absoluto una cuestión de equilibrio,

sino simplemente de aniquilación. La jerarquía social está en total contradicción con los fundamentos del desarrollo orgánico, como la diversidad, la espontaneidad y la descentralización. Ya no cabe duda de que el sistema colapsará, y con fuerza. Lo importante es simplemente cómo acelerar el proceso, minimizando el sufrimiento que aún está por causar y maximizando el potencial de regeneración de la vida fuera de este caos insondable.

No hay concesiones al sistema de la muerte. Los residuos tóxicos no pueden volverse nutritivos, ni su idea de vida puede ser habitable. Nuestra tarea revolucionaria solo puede ser la creación de nuestros propios mundos, destruyendo los suyos en el proceso. Este es precisamente el momento histórico para el que nacimos: el apocalipsis ya está aquí, pero hasta qué punto se profundizará es una incógnita. Cualquiera que escuche atentamente puede percibir la llamada.

4: Poniéndolo en práctica

Los límites del activismo

Lo que tenemos hasta ahora es una visión de liberación total. Sin embargo, hasta el momento solo podemos admitir que esta visión sigue siendo, en gran medida, una fantasía. A lo largo de "La política de la liberación total", Best habla de la necesidad de "cambios sociales radicales, sistémicos e integrales, de un formidable movimiento revolucionario contra el capitalismo global opresivo y la dominación jerárquica de todo tipo". Esto describe claramente la lucha que resuena tan profundamente entre muches de quienes están comprometidos con la liberación animal y de la tierra. Confirma que la liberación total debe ser revolucionaria para cobrar fuerza. Pero, de nuevo, debemos preguntarnos seriamente: ¿justifica la trayectoria actual del activismo de liberación total, contenida como está principalmente en el terreno de las campañas activistas, hablar en tales términos? La respuesta a esta pregunta es sorprendentemente obvia, dada la poca frecuencia con la que se admite: no somos un movimiento revolucionario. Para una retórica tan ambiciosa, nuestra estrategia deja mucho que desear; el Estado y el capital no van a caer pronto, y menos aún por nuestros esfuerzos.

No es que la liberación total carezca de contenido revolucionario; lo dicho en el capítulo anterior sostiene que sí lo tiene. Sin embargo, este componente se refiere principalmente a algo abstracto e intangible, más que a algo significativamente manifiesto en la realidad. Escribiendo desde la cárcel, en lugar de desde la comodidad del mundo académico, Walter Bond*, prisionero de guerra del ALF, ofrece una evaluación honesta:

> *En mi opinión, Liberación Total debería estar dando pasos para unir diversas luchas en el mundo real contra el gigante común del gobierno y en pos de la realidad de las comunidades libres. Desafortunadamente, no veo mucha organización de base en torno a la Liberación Total. Hasta ahora, se mantiene en el mundo de las ideas, de los gestos de solidaridad.* (Entrevista con Existencia Profana, 2013)

**Este texto, escrito entre* 2018 *y* 2019*, aún no era consciente que a su salida de la cárcel en* 2020*, Walter Bond haría un manifiesto abiertamente supremacista y nazi, proponiendo*

Abordar esta deficiencia es esencial para avanzar. Pero también puede ser un punto incómodo, ya que implica cuestionar la base misma de la liberación total tal como existe actualmente, es decir, el propio método de activismo. En el famoso panfleto "Renuncia al Activismo" (1999), Andrew X argumentó que diversos movimientos de acción directa se ven frenados por la suposición generalizada de una mentalidad activista, según la cual "las personas se consideran principalmente activistas y pertenecientes a una comunidad más amplia de activistas". A menudo consideramos el activismo como el rasgo distintivo de nuestras vidas, como si fuera un trabajo o una carrera. Sin embargo, estas fuertes suposiciones de identidad política a menudo nos frenan, no solo porque oscurecen las importantes diferencias entre nosotres, sino sobre todo porque nos distancian innecesariamente del resto de la población. En lugar de ser miembres de les oprimides junto con todes les demás —personas comunes que simplemente luchan a su manera— nos vemos como especialistas en el cambio social, de alguna manera excepcionalmente privilegiades por nuestra capacidad y disposición para intervenir.

Esta mentalidad socava inmediatamente la posibilidad de una revolución: implícitamente, el resto de la sociedad, debido a su falta de especialización activista, es descartado y tomado como una masa inherentemente pasiva. Las externas a todo esto, a cambio, suelen vernos como pandillas extrañas o subculturas inaccesibles, a menudo con razón. Y qué extraño resultado: hemos terminado haciendo el trabajo de los grandes medios de comunicación, aislándonos de la sociedad en general y allanando el camino para que nuestra represión se enfrente sin una resistencia más amplia.

Esta dinámica se consolida aún más por el grado de especialización práctica que a menudo se requiere para involucrarse en el activismo. En resumen, le activista modelo es une ser altamente capacitade e ideológicamente avanzade que utiliza un repertorio de habilidades, contactos y equipo para lograr el cambio social. Les que ven nuestra lucha desde fuera como relevante para sus vidas corren el riesgo de ser excluides por requisitos tan exigentes, particularmente poco realistas si su vida ya está suficientemente agobiada por la supervivencia cotidiana bajo el capitalismo. Incluso aquellos con posibilidades

la "solución final vegana", abandonando toda idea de Liberación Total, unión de luchas y postura anti-jerárquica. Hemos decidido dejar la cita por rigor al texto original, pero creemos que el personaje, hoy por hoy, no merece ningún reconocimiento. (*N.del T.*)

de involucrarse necesitarán que les mostremos el camino, lo que siempre fomenta una dinámica jerárquica. O bien terminaremos siendo las vanguardias accidentales de la revolución o, más probablemente, nuestra participación resultará irrelevante en los repentinos momentos de agitación que definen el cambio revolucionario. La subcultura activista ha quedado así relegada a una especie de burbuja, flotando en los márgenes de la sociedad, obteniendo victorias aquí y allá, pero permaneciendo siempre imposible de controlar para las externas. Algunes dirían que esta condición incluso fortalece el paradigma liberal, dado que desempeñamos a la perfección el papel de les radicales molestos y marginales que el centro tolera con tanta gracia, pero solo porque no representamos una amenaza real para su estabilidad general.

Esta introducción a la mentalidad activista puede refinarse a la luz de una segunda limitación clave del activismo: el enfoque en las campañas centradas en temas específicos. La tendencia del activismo es interactuar con el poder gradualmente, intentando transformar la sociedad tema por tema. Normalmente, una campaña se centra en un aspecto específico de la economía —por ejemplo, este matadero específico o aquella forma de extracción de energía— en lugar de centrarse en la estructura en su conjunto. Este enfoque detallado sin duda tiene sus utilidades, ya que permite confrontar algo tan amplio y abstracto como la jerarquía social en sus manifestaciones individuales y concretas. Detener la expansión de la maquinaria capitalista (aunque solo sea en un lugar) siempre es una victoria importante. El problema fundamental, sin embargo, es que las campañas centradas en temas específicos siguen centrándose en lograr objetivos esencialmente reformistas, destinados simplemente a hacer el sistema más llevadero. Una multitud de preocupaciones diferentes —potencialmente revolucionarias si se consideran en su conjunto— se condensan en un conjunto reducido de temas, precisamente el tipo de temas que promueven organizaciones capitalistas como Greenpeace, PETA o el Partido Verde. Lo que hace que una campaña sea radical podría ser que emplea tácticas militantes o que abre un espacio —normalmente un campamento de protesta— para vivir una crítica holística del poder. Tales esfuerzos siempre suelen causar revuelo. Sin embargo, el objetivo principal de una campaña —su objetivo básico, que determina si "ganamos" o "perdemos"— casi nunca nos acerca al desmantelamiento del capitalismo. Después de todo, evitar que un bosque se convierta en una mina de carbón es algo que suena bien a la mayoría de les liberales, incluso si los medios que estamos dispuestos a emplear nos distinguen por encima de todo.

Incluso en caso de victoria, las campañas mono-temáticas a menudo no logran mejorar la situación general, y la devastación simplemente se traslada a otras zonas. En Alemania, por ejemplo, se venía combatiendo la energía nuclear desde la década de 1970, y en 2011 la campaña finalmente triunfó, con el gobierno anunciando el cierre de todas las centrales nucleares para 2022. Sin embargo, el resultado a largo plazo fue simplemente una transición de la economía hacia una mayor dependencia del lignito, una forma de extracción de recursos al menos tan ecocida como la energía nuclear, especialmente en lo que respecta al cambio climático. Una eliminación gradual de la minería de carbón parece cada vez más probable en Alemania; en particular, la actual ocupación del bosque de Hambacher ha desempeñado un papel vital en este caso. Pero una victoria solo significaría una nueva transición de la economía, solo que esta vez hacia el fracking, la biomasa, las arenas bituminosas, la hidroelectricidad o la energía eólica industrial. O eso, o simplemente importar más carbón de Rusia: sin problema. Tales resultados solo ofrecen un inconveniente, quizás incluso un impulso económico, dejando intacta la estructura profunda de la altamente flexible economía moderna. Mientras tanto, cualquier discurso anticapitalista contenido en las campañas de defensa de los intereses suele ser solo retórica vacía, incapaz de reflejar realidades tangibles.

Algunes responderían, por supuesto, que esta crítica es injusta. Después de todo, el activismo de liberación total se definía anteriormente como el rechazo de las campañas centradas en un solo tema en favor de un enfoque revolucionario mucho más amplio. Esto es precisamente lo que Best, por ejemplo, ofrece en su propuesta de una política de alianzas que construya vínculos entre diferentes luchas de liberación, llevándolas a una trayectoria decididamente anticapitalista. Pero esta no es una idea nueva y no soluciona los problemas inherentes al activismo. Hace ya dos décadas, vimos precisamente eso siendo intentado por el "movimiento de movimientos" anti-globalización, que rara vez parecía comprender honestamente cómo podría ser la destrucción del capitalismo. En el fanzine mencionado, Andrew X aclaró que dicho compromiso simplemente consiste en establecer vínculos entre grupos activistas, no más allá de ellos. El cambio sigue siendo cuantitativo más que cualitativo; se trata de fortalecer diferentes campañas, pero no de exceder un marco basado en campañas sobre temas específicos. El desafío radica en que, además de simplemente aumentar el personal de la lucha, necesitamos encontrar maneras de profundizar nuestro compromiso. De lo contrario, la liberación total no puede sino seguir siendo una especie de paradoja, en la

que el alcance revolucionario de su visión choca duramente con el reformismo de su estrategia.

Esto no significa, por otro lado, que debamos abandonar el activismo por completo. Cualquier crítica al respecto debe tener cuidado de no dejarse llevar: el activismo ha demostrado ser indispensable en las últimas décadas, ya sea para mantener a raya a la élite global, abrir espacios autónomos vitales, liberar a millones de animales o defender innumerables ecosistemas. Todo esto sigue marcando una diferencia muy real en un número incalculable de vidas, con revolución o sin ella. Esta actividad no solo es valiosa en sí misma, sino que a menudo ha mantenido vivo el espíritu de la lucha revolucionaria, incubando una conciencia libertaria y anticapitalista en diversos movimientos de acción directa a lo largo de los años. Sin embargo, el problema fundamental es que el activismo sigue estando diseñado para una era en la que la estabilidad general del sistema se daba por sentada. Si ya no consideramos que vivimos en ese contexto —si estamos realmente preparades para experimentar lo que hay más allá—, entonces debemos superar la fórmula actual.

A pesar de ofrecer una teoría que lo cuestiona todo, la liberación total se ve obstaculizada por una práctica que cambia mucho menos. ¿Cómo superamos esta brecha entre visión y estrategia? Es decir, ¿cómo convertimos la liberación total en un movimiento revolucionario? Por fin, y nada menos que en medio de este artículo, hemos llegado a nuestro problema central.

El colapso del obrerismo

Por supuesto, algunes argumentarían que nunca perdimos la perspectiva revolucionaria, convencides de que siempre tuvieron la solución. Esta se manifiesta en el obrerismo, un amplio conjunto de estrategias —principalmente marxistas o anarcosindicalistas— que afirman la centralidad de la clase trabajadora para derrocar al capitalismo. En la historia de la lucha revolucionaria, pocas ideas han tenido tanta influencia; pero seguramente esa es la razón por la que este enfoque tan anticuado ha resultado tan difícil de superar. Las cosas han cambiado más drásticamente que nunca en las últimas décadas, destrozando las condiciones materiales que antaño otorgaban a la organización laboral pretensiones tan grandiosas. Es importante aclarar por qué, ya que, de lo contrario, el intento de superar el activismo corre el riesgo de ser absorbido por otro método reformista, este último aún más estancado.

Hace tan solo unas décadas, las perspectivas para el trabajo organizado en el Norte Global eran mucho más alentadoras, y los sindicatos mantuvieron una gran fuerza hasta la década de 1970. Sin embargo, principalmente durante la década de 1980, la producción capitalista experimentó importantes transformaciones. Los profundos avances tecnológicos en el campo de la electrónica, especialmente la digitalización, provocaron una mayor automatización del proceso productivo, requiriendo considerablemente menos intervención humana. Esto se sumó a una mayor capacidad de les empleadores para externalizar el empleo a países menos desarrollados económicamente, donde la mano de obra era mucho más barata. De forma bastante repentina, los dos sectores más grandes de la economía, divididos principalmente entre la industria y la agricultura, se redujeron drásticamente, lo que provocó despidos masivos. Sin embargo, quienes perdieron sus empleos fueron generalmente absorbides por el crecimiento constante del sector servicios, evitando así una desestabilización social inmediata. Si bien en su día fue el sector económico más pequeño con diferencia, ahora es, con diferencia, el más grande del Norte Global, alcanzando incluso tasas de empleo cercanas al 80 % en Estados Unidos, el Reino Unido y Francia.

El resultado ha sido una impactante redefinición de la noción común de trabajo. Ha perdido su centro de gravedad en la fábrica, fragmentándose en diversos lugares de trabajo post-industriales: restaurantes, tiendas, oficinas. La clase trabajadora, que antes era una masa mayoritariamente centralizada,

se ha dispersado por el terreno social, centrándose en unidades productivas pequeñas y muy diversas. Entre estas unidades, les trabajadores comparten pocos intereses comunes e interactúan escasamente, lo que reduce significativamente el potencial de acción colectiva. Por supuesto, la resistencia en el lugar de trabajo continúa, pero las vías internas necesarias para que la revuelta se generalice se han visto gravemente cercenadas, y la situación continúa deteriorándose ante el avance tecnológico cada vez mayor.

Nadie puede negar la profunda crisis de identidad que enfrenta la clase trabajadora. Hace tan solo unas décadas, la fábrica se consideraba el centro de todo, y les trabajadores constituían el componente vital para el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. El trabajo fue en su día una forma de vida, no tanto por la cantidad de tiempo que ocupaba, sino por la clara sensación de arraigo existencial que ofrecía. Durante generaciones, existió un fuerte vínculo entre trabajo y profesionalidad, y la mayoría de les trabajadores se dedicaban a un solo oficio durante toda su vida. Las trayectorias profesionales se transmitían de progenitores a hijes, quienes a menudo permanecían en la misma empresa; las familias de les diferentes trabajadores también mantenían estrechos vínculos entre sí. Hoy en día, sin embargo, todo ha cambiado: el empleo es inmensamente incierto, y la implacable fluidez de la economía posindustrial obliga a la mayoría a sobrevivir en una serie de empleos precarios y poco cualificados. Mucha menos gente se enorgullece de su trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que rara vez tiene un trasfondo convincente de importancia social. Los sindicatos también han desaparecido como fuerza histórica, tras ser derrotados en las batallas clave de los años 80, y sus niveles de afiliación se desplomaron al unísono con el avance del neoliberalismo. Aún persiste un remanente del viejo mundo, pero se disipa cada día más, para no volver jamás. En el Sur Global, también, las cosas se mueven inevitablemente en la misma dirección.

Estos acontecimientos ponen en duda la validez de las estrategias marxistas y anarcosindicalistas para la revolución. Hablar de "les trabajadores" en referencia a una entidad cohesionada resulta cada vez más irrelevante. No es que la desintegración de la clase trabajadora implique la ausencia de pobreza ni de excluides, en ningún sentido. Lo que sí significa es el fin de la clase trabajadora como sujeto. Una clase que, como dijo Marx, era "disciplinada, unida y organizada por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista" (El Capital, 1867). En las últimas décadas, la clase trabajadora

ha sido desmembrada y desmoralizada por el mismo mecanismo: así como la aplicación masiva del vapor y la maquinaria al proceso productivo creó al proletariado industrial hace dos siglos, la invención de nuevas tecnologías automatizadas ha llevado a su disolución. Ya no existe un proyecto único en torno al cual unir a la clase trabajadora; de ello se deduce, al igual que con la política de identidad, que las ganancias en el ámbito laboral casi siempre se limitarán a mejorar el capitalismo en lugar de destruirlo. La Revolución Industrial ha sido superada por la Revolución Digital, pero el optimismo revolucionario del obrerismo permanece ideológicamente atrapado en una era pasada, buscando relevancia en un siglo que ya no la tendrá. Aunque, siendo sinceres, esto no es ninguna novedad: desde hace tiempo, el lenguaje nostálgico del obrerismo resulta rancio y anticuado para la mayoría, incluso si les académiques a menudo luchan por mantenerse al día.

En cualquier caso, el colapso del obrerismo podría no ser motivo de lamento. Otra implicación del fin del empleo tradicional es el predominio de una gama de lugares de trabajo que, de todos modos, pocos querrían apropiarse. La fábrica ha sido reemplazada por centros de llamadas, supermercados, gasolineras, restaurantes de comida rápida y cadenas de cafeterías. Sin embargo, nadie puede imaginarse manteniendo estos lugares de trabajo después de la revolución, como si algo parecido a un Starbucks o una granja industrial gestionados colectivamente fuera lo que buscábamos. Cuando el obrerismo se popularizó, la mayor parte del trabajo era evidentemente aplicable a la perspectiva de una sociedad libre. Sin embargo, en el siglo XXI, la alienación del trabajo es aún más profunda: ya no es la mera falta de control sobre el trabajo, sino su función inherente lo que suele ser el problema. Dicho de otro modo, no debería sorprender que les marxistas aún no hayan reemplazado su hoz y martillo por un escritorio de oficina y una máquina de café expreso, como sería necesario para adaptarse a los nuevos tiempos. Los símbolos modernos del trabajo sólo merecen desprecio, no el tipo de valorización que implica ponerlos en una bandera.

Este es otro gran problema para la teoría obrerista de la revolución, dada su concepción de la revolución principalmente, o incluso exclusivamente, en términos de la toma de los medios de producción. Lograr reformas en el lugar de trabajo es una cosa, pero rara vez estos ejercicios de fomento de la confianza pueden considerarse pasos hacia la apropiación total del lugar de trabajo. Sin duda, el objetivo no es democratizar la economía, sino analizarla

en detalle: los aspectos de la economía que realmente merecen ser colectivizados, en lugar de convertirlos o simplemente quemarlos, son escasos. Por supuesto, todavía existen, pero son marginales. Y eso confirma lo absurdo de esperar que la organización del lugar de trabajo sea el eje central de cualquier revolución futura.

Esto difícilmente implica eliminar los aspectos materiales de la lucha revolucionaria, dado que comunizar las condiciones de existencia sigue siendo necesario para vivir nuestras vidas —no solo esta o aquella campaña activista— en genuino conflicto con el sistema. Más aún, el momento en que estas influencias subterráneas irrumpen repentinamente y la comunización masiva trastoca el funcionamiento ordinario de la maquinaria capitalista, sin duda sigue siendo un rasgo definitorio de la revolución misma. Sin embargo, tales esfuerzos deben distinguirse claramente de la apropiación de los medios de producción, es decir, de la apropiación de la infraestructura capitalista más o menos tal como se presenta ante nosotros. Lejos de ofrecer una visión del mundo que queremos ver, la propuesta sindicalista de reclamar las condiciones de trabajo —asumir el control del sistema que nos está destruyendo— simplemente implica autogestionar no solo nuestra propia explotación, sino también la del planeta.

Como acotación al margen, cabe añadir que estas cuestiones socavan por completo la relevancia contemporánea del marxismo. Anteriormente se sugirió que el análisis de clase marxista ya no ofrece una explicación creíble de la opresión; el debate actual, por otro lado, sugiere que tampoco puede utilizarse para enmarcar el tema de la revolución. Como método para interpretar el mundo, así como para transformarlo, el marxismo ha tenido su momento. Si quisiéramos ser un poco diplomáticos, podríamos decir que esto no es tanto una crítica a la teoría en sí, sino más bien un reconocimiento de que el mundo con el que fue diseñada ya no existe. Si quisiéramos ser un poco menos diplomáticos, además, habría que añadir que lo que queda del marxismo es completamente aburrido, reformista y se mantiene "vivo" casi exclusivamente gracias a la academia. Como declaró el gran pensador en 1852: "La tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos". Sin embargo, en ningún caso esta afirmación, presentada en respuesta a la falta de imaginación de los revolucionarios del siglo XIX, ha sido más relevante que con el marxismo actual. Deberíamos rendirle homenaje, si es que merecemos algún respeto, sin dejarnos paralizar

por un enfoque obsoleto. Lo mismo ocurre con el anarcosindicalismo, cuyo potencial, antaño desenfrenado, fue decisivamente frenado por las victorias combinadas del fascismo y el bolchevismo.

Para aclarar un poco, nada de esto implica la eliminación total de la organización laboral. Aún queda mucho por decir sobre la confrontación con el poder en todos los frentes: la colectivización de los lugares de trabajo útiles que quedan, así como la aplicación feroz de la huelga general, sin duda siguen siendo vitales para cualquier mosaico revolucionario efectivo. Así como la organización laboral sigue demostrando ser eficaz para derribar barreras sociales, además de mejorar potencialmente nuestras vidas aquí y ahora, la afirmación principal que se ofrece aquí es simplemente que no puede considerarse el eje central de la lucha revolucionaria en su conjunto; una conclusión bastante mínima. Simplemente al preguntar cómo se vería la abolición de la clase hoy, el obrerismo ha perdido el rumbo. Y eso ni siquiera comienza a considerar la abolición de la jerarquía como tal. Considerado de forma aislada, el trabajo organizado no ofrece más que una sutil variante del reformismo, apenas camuflada en sus pretensiones revolucionarias. La liberación total, en cambio, se niega a señalar ningún punto focal del conflicto, ya sea obrerista, activista o de otro tipo.

Un impasse revolucionario

En qué situación tan incómoda nos encontramos: si bien la necesidad de una revolución nunca ha sido mayor, rara vez nuestra comprensión de lo que significa construir tal potencial ha parecido tan vaga. Quizás esto no sea sorprendente, dado que el obrerismo —el modelo dominante de lucha anti-capitalista durante siglo y medio— se ha derrumbado ante nuestros ojos. Los temblores siguen resonando, y la mayoría sigue sin saber cómo responder. Pocas están dispuestas a renunciar a la retórica de la revolución, no en un momento como este. Y, sin embargo, no hace falta mucho para ver que, en todo menos en el nombre, la mayoría de les radicales han abandonado hace tiempo la perspectiva de destruir el sistema.

Un claro indicio del impasse actual es la facilidad con la que les supuestes bolcheviques —leninistas, trotskistas, estalinistas— se dejan llevar por cada refrito de la socialdemocracia. Quizás la tensión más importante que subyace a la historia del compromiso marxista fue la división entre reforma y revolución, siendo precisamente el objetivo del bolchevismo perseguir esta última. Hoy en día, sin embargo, ambas vertientes suelen agruparse, incluso a costa de la mayor incoherencia, simplemente para que el marxismo mantenga una apariencia de relevancia en el siglo XXI. Seguramente, nadie que todavía considerara el potencial revolucionario del proletariado como algo más que una palabra de moda se encontraría haciendo campaña por Syriza, Podemos, Jeremy Corbyn o Bernie Sanders. Desde la crisis financiera de 2007, la izquierda ha jugado un juego astuto, ganándose el favor de la juventud utilizando sentimientos vagamente revolucionarios —eslóganes de "poder popular" y "democracia real", extraídos de la anti-política de movimientos de base como Occupy y el 15M— para disfrazar sus tibias políticas parlamentarias. Sin embargo, cabe recordar que dicha duplicidad solo permanece oculta mientras los criptopolíticos no consigan hacerse con el poder, y su tapadera quedaría al descubierto si alguna vez logran ganar las urnas. Las funciones del Estado y del capital siempre han demostrado ser inviolables cuando se las aborda desde dentro. Me viene a la mente una imagen sombría: la de Syriza implementando las medidas de austeridad impuestas por la UE, incluso desafiando abiertamente un referéndum nacional, traicionando así la misma plataforma que les aseguró el derecho a gobernar en 2015. Esto es exactamente lo que representa una "victoria" para un partido así.

Por supuesto, este problema no es abordado solo por marxistas. Tampoco es un asunto tan superficial como el de muches anarquistes que se ven obligades a pedir ayuda al gobierno de vez en cuando. Bookchin, por ejemplo, mostró tanto aprecio como cualquiera por las grandes convulsiones libertarias del pasado, incluyendo la Comuna de París y la Revolución Española. Sin embargo, a lo largo de su vida, poco a poco se hizo evidente que dicha admiración era principalmente retrospectiva, carente de cualquier visión seria del futuro. Ya en 1985, declaró en un discurso que «la era revolucionaria en el sentido clásico ha terminado», una observación perspicaz. Podría haber sido la base para repensar la posibilidad de la revolución en la era post-industrial, pero se utilizó para abandonar la idea por completo. La alternativa que Bookchin ofreció se denominó «municipalismo libertario», que propone celebrar elecciones municipales con el objetivo de someter los ayuntamientos a control anarquista. Sin embargo, no sorprenderá a nadie que Bookchin finalmente abandonara la inútil idea de convencer a les anarquistes para que se convirtieran en políticos, hasta el punto de incluso desvincularse públicamente del anarquismo en 1999. La importancia de este resultado –uno de los teóricos clave del anarquismo contemporáneo dándole la espalda a la posibilidad misma de la revolución– difícilmente puede exagerarse.

Otro gran intento de disociar el anarquismo de la lucha revolucionaria provino de Hakim Bey, esta vez en el libro Zona Autónoma Temporal (1991). Una de las principales afirmaciones que ofrece es que «el realismo exige no solo que dejemos de esperar la 'Revolución', sino también que dejemos de desearla». La supremacía del Estado no solo es supuestamente inexpugnable hoy en día, sino que aparentemente también hay pocas posibilidades de atacar la autoridad sin convertirse inadvertidamente en ella. Lo que sigue es una interpretación curiosamente digna del simple hecho de rendirse, un derrotismo hedonista centrado en ocupar las grietas accidentales de autonomía que el sistema deja desatendidas. Dichas zonas se definen como temporales precisamente porque no hay intención de defenderlas ni extenderlas; el objetivo es permanecer invisibles al poder el mayor tiempo posible, escabulléndose y estableciéndose en otro lugar cuando se enfrentan a él. Este podría parecer el ejemplo más desesperanzador de los mencionados, incluso el más lamentable; sin embargo, eso se debe únicamente a la franqueza de Bey respecto a su pesimismo. Al menos, él sigue fiel a la necesidad de vivir la anarquía ahora, en lugar de pasar nuestras vidas simplemente soñando con ella.

Un último ejemplo sobre el tema proviene de la Resistencia Verde Profunda (Deep Green Resistance, DGR). Este grupo ambientalista radical se distinguió por una estrategia contundente para erradicar por completo la civilización industrial, algo que les ganó el apoyo de muches libertaries. El tipo de revisión inquebrantable de visión y tácticas que ofrece la DGR es muy poco común en estos momentos, especialmente ahora que la situación ecológica empieza a empeorar. Sin embargo, esta puede ser la única explicación de cómo un enfoque tan irremediablemente defectuoso tuvo su relativo éxito: es decir, el triste hecho de que tenga tan pocos adversarios. Es evidente que esta camarilla, ya agotada, ha tomado el abandono de la revolución como punto de partida central, asumiendo, en línea con el cofundador Derrick Jensen, que «la mayoría de la gente civilizada nunca estará de nuestro lado» (Endgame, 2006). Esto conduce a una estrategia terriblemente confusa: tras haber abandonado su compromiso con la revuelta popular, DGR ofrece la hilarante propuesta de que la civilización industrial misma podría ser derribada —por no decir dominada— por la actividad de un puñado de activistas profesionales. Qué combinación tan extraña: por un lado, DGR parece reconocer los problemas inherentes al activismo, que el enfoque actual nunca iniciará una lucha de masas; por otro lado, sin embargo, han extendido la tarea del entorno activista más allá de cualquier atisbo de credibilidad. Si bien DGR alguna vez tuvo un grado considerable de influencia, esta tendencia fracasó muy rápidamente, en gran medida debido a su transfobia desenfrenada. Y eso fue solo un síntoma particular de un problema mucho más general, a saber, su odiosa insistencia en construir un movimiento de resistencia rígidamente jerárquico e ideológicamente uniforme que apesta a ecoleninismo.

Estos ejemplos son diversos, pero cada uno de ellos surge del mismo sentimiento de desánimo respecto a nuestras perspectivas revolucionarias actuales. Algunes anarquistes han intentado escapar de tales asociaciones, a veces incluso aprovechando la ocasión para etiquetarse como les úniques revolucionaries de la ciudad. Pero eso parece demasiado cierto: cada vez es más evidente que ser anarquista no implica ser también revolucionario, un punto tan interesante como terrible. La revolución, después de todo, no es un juego de identidades abstractas, sino el arte de ponerla en práctica. Sería mucho más saludable dar un paso atrás en este punto, aunque solo sea para tener una visión más clara del impasse actual. Necesitamos comprender el final de la era clásica de las revoluciones (y luego, inmediatamente, proponernos definir la siguiente).

5: El camino insurreccional

"El secreto está en empezar de verdad"

El punto de partida de lo que sigue es simple: la revolución no está a la vuelta de la esquina. Probablemente la mayoría estaría de acuerdo, pero el camino se bifurca bruscamente en cuanto a la mejor manera de avanzar. La izquierda sostiene que entrar en un conflicto abierto con el Estado y el capital sería prematuro, dado que no se puede esperar que las masas se unan a elles en un futuro próximo. En cambio, se busca una agenda reformista como el único enfoque realista, solo hasta que se den las condiciones necesarias para la revolución. Pero aquí hay un gran problema, porque simplemente esperar a que la revolución llegue garantiza que nunca llegará. Contrariamente al dogma marxista, no hay nada inevitable en la revolución; más bien, lo único que invita a las condiciones históricas adecuadas —lo único que realmente puede acercarla— es proceder a la acción ahora, incluso si el momento no es el oportuno. Al emprender un proyecto trascendental de cualquier tipo, siempre es necesario comenzar dando algunos pasos decididos, incluso si al principio conducen a lo desconocido. Quienes simplemente esperan, demasiado inseguros de si ponerse en marcha, garantizan que su destino nunca se acerque. Sólo probando los límites de lo existente empezamos a aprender qué es y qué no es posible.

En esta fórmula encontramos nuestro punto de apoyo: el núcleo de la posibilidad revolucionaria reside en nuestra determinación de vivir libres ya. La idea liberal de libertad es la de un fantasma, una idea de hipótesis sin sentido, de deseos encarcelados: puedes pensar y hacer absolutamente todo lo que quieras, pero solo en la medida en que no suponga ninguna diferencia en términos materiales. Por supuesto, el poder encierra mucho de abstracto e intangible, susceptible de crítica, pero no de agresión física. Sin embargo, esto es solo una parte del panorama, dado que solo puedes cambiar hasta cierto punto a nivel subjetivo —en realidad, nada— antes de que tu crecimiento se vea limitado y deformado por los barrotes de esta sociedad-jaula. Encerrados por el sistema de la muerte, la única manera de dar sentido a nuestras vidas —la única manera de asegurarnos de que aún respiramos— es contraatacando la **infraestructura física** que mantiene la jerarquía social. Bajo una apariencia de serena supremacía, solo una breve investigación revela que, al

estar tan dispersos, estos objetos son en realidad bastante vulnerables. Más aún en una época en la que todo depende de los flujos tecnológicos más frágiles. Los algoritmos informáticos, los cables de fibra óptica y los transmisores eléctricos mantienen unido el sistema con mucha más eficacia que las palabras de los políticos actuales. El poder está en todas partes, pero las fuerzas represivas no, ni podrían aspirar a estarlo jamás.

Un solo acto de sabotaje, por supuesto, no tiene gran importancia para la estabilidad del sistema en su conjunto. Pero hay algo más, algo que trasciende la vasta brecha entre la revuelta individualista y la insurrección misma: la capacidad de la insurgencia para extenderse por toda la población. Al actuar ahora, la cualidad misma de la revolución —de revuelta intransigente y autónoma— comienza a impregnar el terreno social. Entonces, solo se trata de multiplicar en lugar de crear, algo mucho más accesible. Siempre habrá momentos impredecibles de agitación futura, momentos en los que la animosidad entre el Estado y el capital quede expuesta violentamente, la inutilidad del compromiso legalista se revele a la vista de todes. Quienes antes discrepaban con las tácticas de confrontación podrían encontrarse buscando los medios de expresión adecuados. Y en ese punto, los enfrentamientos tienen el potencial de extenderse como un reguero de pólvora.

Este potencial puede nutrirse mediante una consideración particular: la reproducibilidad de nuestras propias técnicas. Al centrarse en tácticas que requieren poca o ninguna especialización, una revuelta significativa puede proliferar con mayor rapidez en momentos de mayor tensión social, superando con creces la aplicación de un puñado de militantes experimentades. Este énfasis es precisamente lo que faltaba en muchos de los grupos de lucha armada activos en Europa durante las décadas de 1970 y 1980, como la Fracción del Ejército Rojo en Alemania Occidental y las Brigadas Rojas en Italia. Estes revolucionaries profesionales requerían un entrenamiento exhaustivo, armamento especializado y amplias redes de apoyo para poder ofrecer su contribución, promoviendo una idea de la lucha (o al menos de sus formas más elevadas) como algo altamente exclusivo. Este aislamiento es para siempre el pantano del potencial revolucionario, que distingue a les insurgentes con demasiada claridad del resto de la población y arrastra a les combatientes a una batalla campal entre dos ejércitos. Por el contrario, la medida en que los métodos de lucha sean fácilmente reproducibles —centrándose en herramientas e información ampliamente accesibles— es la medida en que les

ciudadanes pueden, incluso en un instante, transformarse en insurgentes. No solo eso, sino que también significa que quienes se involucran por primera vez pueden luchar con la misma intensidad que cualquier otro, sin verse relegados a la indignidad de un papel secundario. Olvídense de la vanguardia, no nos sirve de nada: una revuelta generalizada, sin líderes ni un punto focal, es precisamente lo que ningún ejército ni fuerza policial podría jamás contener.

El momento de la ruptura siempre está mucho más cerca de lo que parece. El sustrato que sustenta la monotonía cotidiana es la rebelión salvaje y la comunidad espontánea, que el orden actual debe trabajar día y noche para dominar, a menudo sin éxito. Ya no podemos afirmar con antelación si nuestra intervención no conducirá a una futura situación insurreccional. Las condiciones sociales que dieron origen al determinismo económico se han desmoronado: la metamorfosis de la economía ha saqueado las fábricas, creando generaciones de no ciudadanes sin una identidad sólida que los ate a este mundo podrido. Particularmente en los guetos de las metrópolis modernas —en París 2006, Londres 2011 y Baltimore 2015— la naturaleza impredecible del momento histórico ya se ha revelado, y cada caso ofrece una imagen clara del futuro. Es como si el aire se volviera cada vez más seco, como si la más mínima chispa estuviera lista para encender un incendio. Especialmente cuando la crisis ambiental ya no pueda ignorarse, esa sequedad se volverá mucho más literal, poniendo en duda la otrora indiscutible estabilidad de muchos regímenes. Sin duda, la única opción es aprovechar al máximo la inevitable volatilidad, transformando estos momentos ciegos de ira en insurrecciones conscientes, incluso en revoluciones. Cualquier orden social tan firmemente fundado en la jerarquía contiene para siempre las semillas de su propio colapso. La insurrección no es más que el estallido repentino que se produce cuando una estructura, que ya llevaba tiempo derrumbándose, finalmente se derrumba.

Imaginen una falta de oxígeno colectiva en una vida definida por la asfixia. Un millón de gestos de indignidad, previamente sufridos en silencio, emergen abruptamente a la superficie. La ilusión de control social —sostenida por el miedo, no por el respeto— ha sido definitivamente abandonada, y todos los sectores de la sociedad son invitados a proyectar su recién descubierta libertad al vacío. La insurrección no desvía el curso del orden dominante, lo descarrila. El trabajo se paraliza, les estudiantes se niegan a estudiar, la economía se paraliza por completo; las mercancías circulan sin dinero, los

espacios públicos se transforman en teatros de discusión y festividad, los laboratorios de explotación se ven invadidos a plena luz del día. El juego libre fluye por las calles, manifestándose de un millón de maneras diferentes. Tal es el espíritu de la insurrección. Es social, no militar: el momento en que resuena la disonancia.

El objetivo de la insurrección es iniciar el proceso revolucionario en toda su intensidad, dejando de lado cualquier noción de período de transición. Un evento de este tipo es, sin duda, mucho más profundo que cualquier disturbio; sin embargo, también se define por el hecho de que no llega a provocar una revolución real, al no lograr controlar el tiempo ni el espacio necesarios. Sin embargo, los límites cuantitativos del levantamiento no son excusa para calificarlo de fracaso: un encuentro tan intenso es su propia recompensa, plenamente gratificante incluso si se considera de forma aislada. No solo eso, las insurrecciones fomentan el potencial para una experimentación más ambiciosa, para rupturas duraderas. Incluso una vez extinguidas las llamas, lo que queda son afinidades forjadas, habilidades perfeccionadas, perspectivas más profundas. Y la población en general ha cogido el gusto por la libertad que ninguna fila en las urnas podrá sofocar pronto. Esta es una idea concreta de lo que significa infligir un daño grave al Leviatán, incluso si aún no es un golpe mortal. A lo largo del camino insurreccional, superamos el impasse revolucionario.

Por supuesto, hay una fuerte sensación de que este tema —a partes iguales de festividad y devastación— no debería revestirse de demasiada poesía. Especialmente cuando la verdadera libertad es una novedad, existen muchos riesgos involucrados, riesgos que no deben trivializarse. Pero lo que tampoco se puede negar es que cada camino, incluida la inacción, conlleva necesariamente sus propios peligros. No hay opciones fáciles. No hay promesas para escapar de la gravedad de la situación. ¿Como si permitir que las cosas continúen así fuera la opción no violenta? Tal es el derecho de la cultura dominante a presentarse como neutral, incluso mientras devasta la esencia misma de la vida.

No es que hayamos elegido nacer en condiciones tan miserables. Sin embargo, nuestra respuesta depende completamente de nosotres, con una infinidad de opciones potenciales que vibran a cada instante. La oportunidad de vivir con pasión aún está abierta ante nosotros; ningún régimen autoritario podría

arrebatárnosla. Como dijo Bonanno: «*No se trata de oponer horror con horror, tragedia con tragedia, muerte con muerte. Es una confrontación entre alegría y horror, alegría y tragedia, alegría y muerte*».

La cuestión de la organización

¿Cómo nos coordinamos entre nosotres, camaradas y más allá, para transformar la sociedad? La historia del anarquismo, especialmente en sus momentos más revolucionarios, está llena de ejemplos de grandes organizaciones formales que concentraron la mayor parte o la totalidad de los aspectos de la lucha en una sola estructura. Se trataba de organizaciones de síntesis, algunas de las cuales aún existen: promueven un programa político específico, celebran congresos periódicos para tomar decisiones unificadas y buscan servir de mediadores entre el poder y las masas. Sin embargo, sería un grave error que les anarquistes situaran dicha organización —de hecho, la vía de la organización formal en su conjunto— en el centro de la lucha revolucionaria actual. Como mínimo, esta opción solo debería considerarse a la luz de algunos riesgos importantes.

Consideremos, por ejemplo, la tensión central de cualquier organización anarquista: el equilibrio entre tamaño y horizontalidad. Cuanto más grande se vuelve una organización, más necesaria es la jerarquía para mantener sus funciones básicas; en otras palabras, cuanto más exitosa sea cuantitativamente, menos anarquista puede ser. Esto es algo que ningún procedimiento consciente, como la toma de decisiones por consenso o una constitución rígida, puede aliviar con éxito. Necesariamente, cualquier organización que incorpore miles, cientos de miles o incluso millones de miembros puede mantener su dirección y coherencia solo a costa de una amplia especialización. En particular, las tareas que ejercen mayor influencia (mediación, contabilidad, publicidad) comienzan a estancarse en manos de unos pocos expertos, ya sea implícita o explícitamente. Y qué lamentable resultado ofrece esto: cualquier gran organización anarquista pronto se vuelve incapaz de prefigurar el mundo que se supone debe construir, relegando el principio de asociación no jerárquica a una mera abstracción. Si existe alguna duda al respecto, es solo porque la gran mayoría de las organizaciones anarquistas siguen siendo lamentablemente pequeñas hoy en día. Una mirada honesta a la imponente burocracia de la CNT en España durante la década de 1930 —la mayor organización anarquista de la historia, con un millón y medio de miembres— ofrece una imagen clara.

El vínculo entre la organización formal y la jerarquía es aún más profundo; además de las jerarquías internas, un segundo problema importante se re-

fiere a las externas. En la lógica de la organización de síntesis se encuentra la suposición oculta de que la gente común es incapaz de organizarse por sí misma. La sociedad está dividida entre las masas pasivas, por un lado, y les revolucionaries ilustrades, por otro; el papel de les revolucionaries no puede ser interactuar horizontalmente con el resto de la población, sino acercarse a ellos desde la perspectiva del reclutamiento o la educación, para convertirles en une de nosotres. Todas las posibles realidades sociales se condensan en una única forma de hacer las cosas, como si solo nosotres tuviéramos el único y verdadero conjunto de objetivos y principios revolucionarios. Un enfoque tan monolítico nunca fue realista, y mucho menos hoy: siendo sinceres, la mayoría de la gente nunca verá la necesidad de unirse a nuestra organización, de soportar las largas reuniones y la tediosa subcultura. El siglo XXI ha inaugurado una condición humana insondablemente compleja, que exige una diversidad de formas organizativas mucho mayor que el modelo de "un gran sindicato" que tan bien funcionó en el pasado. Esto implica abrirnos a una noción más pluralista de lucha, que abandone cualquier noción de primacía revolucionaria, especialmente la de la organización de síntesis.

Ni siquiera es que las organizaciones formales carezcan de principios y lo compensen con pragmatismo. Simplemente en términos de su capacidad para participar en la lucha, la organización de síntesis ha demostrado ser ineficaz. Cualquier estructura de tamaño significativo debe dedicar la mayor parte de su tiempo y energía a su mero mantenimiento, dejando siempre en segundo plano la tarea de enfrentarse físicamente al poder. Las reuniones son ahora insoportablemente largas, y las únicas decisiones colectivas viables se han vuelto cada vez más tímidas y legalistas, con les participantes siempre buscando el mínimo común denominador para que todos estén de acuerdo. Tras sucumbir al juego cuantitativo de priorizar el reclutamiento por encima de todo, la reputación se ha convertido en una virtud primordial, y las acciones combativas suelen ser condenadas con el pretexto de no molestar a la opinión pública. En cambio, el compromiso y la conciliación son siempre favorecidos por la burocracia emergente, traicionando una y otra vez a las bases de la organización. Y no podría ser de otra manera: con líderes, sedes y listas de miembros claros, la amenaza de la represión estatal está siempre presente, limitando severamente el alcance de la actividad militante. Lo que queda, por lo tanto, después de canalizar tanto tiempo y esfuerzo en un gran esfuerzo de síntesis, es una masa pesada e introspectiva que puede usarse para poco más que frenar la lucha real.

Con esta crítica en mente, algunes responderían que los riesgos que plantea la organización de la síntesis son, de hecho, un mal necesario. ¿Quizás esta ruta nos ofrece algo indispensable, a saber, la perspectiva de la unidad misma? El Estado-nación se alza sobre nosotros con más amenaza que nunca, con su ejército, su fuerza policial y su tecnología represiva contenidas en una estructura única y cohesionada. Podría parecer una locura no construir nuestra propia estructura, rígida e indivisa, para competir con el poder en sus propios términos: una organización más fuerte y unificada que el propio Estado.

Sin embargo, el problema de tomar la unidad como un fin en sí mismo, en lugar de simplemente como una herramienta que se aplica según la situación, es que invita activamente a la concentración de poder. Cualquier estructura que se crea construyendo el nuevo mundo sobre la base del antiguo solo puede resultar ser un estado en espera. Recordemos que la jerarquía social, además de estar localizada en ciertos objetos físicos, es también un estado mental; siempre busca revivir, y nadie es inmune a la amenaza, incluidos les anarquistes. No necesitamos repetir las dolorosas lecciones del pasado: nunca ha habido una gran organización de síntesis que no haya sido también obsoleta y burocrática, incluso sutilmente autoritaria, funcionando como un partido político a medida que crece, favoreciendo en última instancia colaborar con el poder en lugar de destruirlo. Esto no pretende denigrar algunos de los momentos más inspiradores de la historia anarquista, pero también debemos aprender algunas lecciones difíciles. No olvidemos la integración de la CNT en el gobierno durante la Guerra Civil Española, hasta el punto de que incluso un sindicato anarcosindicalista acabó gestionando sus propios campos de trabajos forzados.

Afortunadamente, esta crítica no justifica ningún compromiso estratégico. En resumen, la calidad de la unidad solo es esencial para aquellos movimientos que intentan tomar el poder en lugar de desmantelarlo. Entre marxistas, liberales y fascistas por igual, la unidad es el ingrediente vital de su organización, con la intención casi siempre de asumir las funciones del Estado en un sentido u otro. Sin unidad, el Estado es inconcebible; una estructura tan compleja solo puede funcionar correctamente cuando opera de forma centralizada, formando un todo sólido que mantiene la cohesión transmitiendo órdenes a las diferentes partes. Cualquier muestra genuina de diversidad es una amenaza para su integridad, ya que socava la singularidad del cuerpo social, disminuyendo la capacidad de imponerle una voluntad única. Pero

recuerden cuán poco aplicable es este marco a nuestros propios deseos: no se trata de emular al Estado, como si se tratara de un rival, sino de destruirlo. Y para este proyecto se requiere una lógica fundamentalmente diferente.

He aquí una idea: para una lucha libertaria eficaz, un alto grado de multiplicidad es el ingrediente esencial. Hay mucho que decir sobre los movimientos sociales desordenados y fragmentados, incluso hasta el punto de que ya no se trata de un solo movimiento, sino de muchos diferentes con líneas difusas entre sí. Construir vínculos sólidos entre los diferentes frentes de lucha es esencial para animarse mutuamente a avanzar, pero la circulación de energías también debe permanecer descentralizada y difusa, o de lo contrario se corre el riesgo de negar vigor a áreas clave de compromiso. La tarea represiva que lleva a cabo el poder —especialmente los medios de comunicación— siempre consistirá en moldearnos como un sujeto cohesionado, con líderes y demandas discernibles, que pueda ser fácilmente aplastado o asimilado. Por eso, la lucha debe valorar siempre la diversidad de tácticas y perspectivas, empoderando a todes les participantes para luchar desde sus propias bases y por sus propias razones, pero contra un enemigo común.

Las luchas multiformes son demasiado inconexas e impredecibles como para que el Estado las reprima directamente, y también para que la izquierda las coopte. Además, resultan más atractivas para les recién llegades, ofreciendo una enorme variedad de posibilidades de participación, permitiendo que cada uno encuentre su nicho sin comprometerse. Y, finalmente, las luchas multiformes son mucho más eficaces yendo a la ofensiva, dado que las estructuras de dominación son hoy en día demasiado multifacéticas y complejas —carentes de un centro— como para que un enfoque monolítico las desmantele con éxito. Sería mucho mejor evitar el error fatal que cometen tanto las organizaciones formales como los grupos de lucha armada: enfrentarse al Estado simétricamente, en un ataque frontal, que es precisamente donde siempre será militarmente superior.

A menudo vemos una división entre camaradas como un desastre, pero eso depende completamente de tu perspectiva: la diversidad solo es una maldición cuando se encierra en la terca rúbrica de un movimiento que exige unidad. Recuerda que rara vez son las diferencias entre nosotres las que causan conflicto, sino más bien la negativa a respetarlas. Estas diferencias son inevitables, y también deberíamos estar agradecides, porque el desacuer-

do es una de las señales más claras de vitalidad, si no de la libertad misma. Especialmente en la lucha por la liberación total —definida, en parte, por la pluralidad de sus preocupaciones—, estas inevitables diferencias solo pueden ser una bendición. El desafío consiste simplemente en cultivar el desacuerdo con respeto, teniendo en cuenta que, a pesar de los métodos divergentes que empleamos, cada uno de ellos se basa, en última instancia, en una necesidad compartida de desmantelar la jerarquía social por completo.

* * *

Esta crítica sin duda plantea la pregunta: si no es una organización formal, ¿qué es en su lugar? Desde hace tiempo, les anarquistes insurrectes organizan el ataque principalmente a través de pequeños grupos de afinidad, que a menudo incorporan a media docena (o menos) de camaradas. La afinidad se refiere al conocimiento recíproco y a los lazos de confianza mutuos, así como a un proyecto compartido de intervención en la sociedad. Los grupos de afinidad son temporales e informales, no incorporan miembros ni ramas oficiales y se niegan a considerar el crecimiento numérico como objetivo fundamental. Una no se "une" a un grupo de afinidad, como tampoco se une a un grupo de amigues; el acto de unirse a una organización desaparece, incluyendo la noción, en gran medida simbólica, de participación que ofrece. El acuerdo teórico suele ser un buen punto de partida para construir afinidad, pero lo fundamental es encontrar a aquelles con quienes se puedan combinar trayectorias a largo plazo para el compromiso práctico: un proceso continuo en el que el diálogo es solo el primer paso.

Al mantenerse pequeños y unidos, los grupos de afinidad no se ven obstaculizados por los engorrosos procedimientos que inevitablemente conlleva la organización masiva. Pueden responder a cualquier situación con la mayor rapidez, revisando continuamente el plan ante imprevistos y disolviéndose ante adversidades. Este terreno de conflicto fluido e informal también es sumamente difícil de descifrar y socavar para las fuerzas del orden, especialmente cuando se trata de infiltración. Una estructura descentralizada no debería disuadir a los grupos de coordinarse horizontalmente, fomentando las redes más amplias de amistad y complicidad necesarias para socavar el poder a gran escala. La cuestión es que los grupos de afinidad se mantienen completamente autónomos, sin estar obligados a sacrificar la espontaneidad en aras de la cohesión, siempre esperando la aprobación de un órgano superior antes

de actuar. Quizás esta descripción les suene familiar: anónimos, flexibles y sin líderes, tal es exactamente la composición informal utilizada con gran éxito por el ALF/ELF. La principal diferencia es que la lucha insurreccional incluye una gama más amplia de actividades y siempre se toma en consideración la cuestión de cuál es la mejor manera de generalizar la revuelta.

En cualquier caso, las grandes organizaciones anarquistas son aparentemente cosa del pasado, tras haberse desintegrado junto con el pegamento obrerista que antaño las mantenía unidas. Pero eso no significa que estemos a salvo. Sigue existiendo un riesgo muy real de que la mentalidad que sustenta la organización de síntesis —el énfasis en la uniformidad y la respetabilidad, así como la sutil desconfianza hacia la lucha autónoma— simplemente se reinvente en cualquier forma contemporánea, como siempre intentará hacerlo. Vimos precisamente eso manifestarse en las tendencias burocráticas y centralizadoras que sofocaron gran parte de la energía de Occupy y Nuit Debout (lo más memorable fue que hubo quienes se negaron a aprobar absolutamente nada que no hubiera recibido previamente la autorización de la asamblea general). Esta insistencia en esculpir una población multiforme en un sujeto monolítico —en esencia, la determinación de imponer la ley— siempre acecha en movimientos con potencial revolucionario. Quizás no sea exagerado decir que tal actitud, en su conjunto, es precisamente lo que devoró la belleza inicial de la Revolución Francesa de 1789, la Revolución Rusa de 1917 y la Revolución Egipcia de 2011 por igual. Casi todas las revoluciones anteriores se definieron inicialmente por una efusión espontánea e incontrolable de descontento; sin embargo, una vez que esa energía perdió ritmo, se remodeló gradualmente en formas representativas (elecciones, negociaciones, burocracia) y su contenido original fue sofocado decisivamente. Entre estas dos fases, la posibilidad de una revolución que llegue a la raíz del desmantelamiento del poder, en lugar de simplemente reorganizarlo, depende de la eliminación completa de esta segunda fase. En su lugar, la primera debe extenderse para abarcar la totalidad de la vida cotidiana. La organización informal facilita este resultado en gran medida, precisamente porque promueve un terreno de lucha que es inconvertible a las funciones del poder estatal.

En cualquier caso, nada de lo que aquí se ofrece constituye un plan completo. ¡Esto no es un programa! Les camaradas podrían decidir, según sus circunstancias locales, que cierto grado de organización formal sigue siendo indispensable para tareas como la participación de nuevas personas, la pla-

nificación de eventos visibles y la obtención de recursos. Es decir, una vez más, la conclusión que se ofrece aquí es solo mínima: las organizaciones formales no pueden considerarse el centro de la lucha revolucionaria en su conjunto, como pudo haber sido el caso en años pasados. En cambio, deben estar dispuestas a adoptar un papel más modesto y de apoyo, apegándose a objetivos tanto específicos como temporales, dispuestas a dar un paso atrás o incluso disolverse por completo si es necesario. En lugar de recurrir a fórmulas anticuadas, cansadas e inflexibles, la liberación total significa abrazar la multiplicidad más completa, salvaje e ingobernable: la única energía capaz de destruir la jerarquía social.

Diciembre de 2008

6 de diciembre de 2008, Atenas. Para el barrio de Exarchia, la escena es familiar. La plaza central bulle, entre jóvenes que pasan el rato y viajeres que confraternizan. Están rodeados por el bullicio habitual de cafés y bares, así como por las tiendas abarrotadas que venden cerveza barata. A pocas manzanas, la policía antidisturbios monta guardia, pero solo como cada noche, delimitando este barrio rebelde. Así empiezan las cosas, pero no como terminan. Alrededor de las 21:00, ocurre algo inusual, algo que desgarra el tejido social. Dos policías empiezan a insultar a un grupo de chicos en la calle Tzavella, para luego marcharse en su patrulla. Aparcan a la vuelta de la esquina y regresan a pie. Entonces, uno de los policías saca su arma, dispara varias balas y alcanza al joven Alexis Grigoropoulos, un anarquista de quince años, en el corazón. Alexis muere en brazos de sus amigos, aunque no al instante. Es un momento vertiginoso, de esos que no parecen reales. Y en cuestión de segundos todo explota.

En cuestión de una hora, estallan feroces disturbios en Exarchia. Luego se extienden más allá del barrio, invadiendo Atenas a una velocidad vertiginosa. En innumerables lugares, bancos son destrozados, comisarías asediadas, tiendas de lujo saqueadas; incluso un centro comercial es incendiado. Mientras tanto, tres universidades son ocupadas y les ocioses se ven rápidamente arrastrados a la refriega. La noticia corre veloz, principalmente entre amigues, no entre los medios de comunicación, y esa misma noche se producen disturbios simultáneos en docenas de ciudades de Grecia. Al día siguiente, miles de personas salen a las calles en todos los rincones del país; los enfrentamientos se multiplican sin interrupción. La mayoría espera que la situación se calme, con el fin de semana acercándose, pero ocurre todo lo contrario. El lunes por la mañana, estudiantes de todo el mundo abandonan sus clases y cientos de escuelas y universidades son ocupadas. En pueblos desconocidos, se ven escenas de niñes de doce años derrotando a la policía, recuperando las calles de la ocupación estatal. Es evidente que algo especial flota en el aire, disipando la ilusión de control social. El árbol de Navidad de la plaza Sintagma de Atenas es incendiado una y otra vez; en Zefyri, la comunidad Roma ataca una comisaría con fusiles; casi por todas partes, los ayuntamientos están ocupados y los supermercados son saqueados como telón de fondo. Incluso los estudios de radiodifusión estatales son invadidos, y les manifestantes interrumpen un anuncio del primer ministro en directo. Muestran una

pancarta que simplemente dice: «Dejen de mirar, salgan a la calle». Pero solo señalaban lo obvio. Solo hacia finales de mes empieza a volver la normalidad, y con cautela.

Se podría decir mucho sobre diciembre de 2008, pero quizás lo más destacable fue la profunda ruptura de barreras sociales. No se trató de una simple oleada de disturbios anarquistas, sino de un momento en el que el espíritu revolucionario resonó inequívocamente en la población. Estudiantes, trabajadores, migrantes y desempleades aportaron contribuciones únicas, con una participación que superó con creces las expectativas. Métodos que durante años habían sido exclusivos de les anarquistas —ataques al poder, organización horizontal, rechazo a las demandas— se generalizaron de repente, desdibujando las fronteras entre les insurgentes y la población en general. Y ese, en esencia, es el significado de la insurrección: *la anarquía más allá de les anarquistes*.

Este resultado no fue casual. Fue posible gracias a años de participación meditada en la lucha, sentando las bases para que la revuelta se generalizara. Una de las características más visibles del movimiento anarquista griego siempre había sido el énfasis en el ataque, que comunicaba tácticas reproducibles al resto de la población, fácilmente utilizables masivamente en el futuro. Si los años de lucha previos a 2008 se hubieran caracterizado por una protesta tímida y legalista, es probable que la muerte de Alexis hubiera sido recibida con más de lo mismo. Sin embargo, al desafiar la lógica sumisa de la izquierda y demostrar que la resistencia significativa siempre es posible, el resultado fue que una tormenta insurreccional ya se venía gestando desde hacía tiempo, esperando el momento oportuno para desbordar el entorno anarquista.

No solo eso, estos años de lucha sirvieron para preparar a les propies anarquistes, al menos tanto como a cualquier otre. No es poca cosa que solo actuando se aprende a actuar, desarrollando las habilidades y la afinidad necesarias para avanzar, maximizando el potencial para intervenir eficazmente en los impredecibles momentos de turbulencia que siempre acechan. Este es el tipo de conocimiento que no se puede enseñar en ningún libro. Y, sin embargo, sin él, la insurrección en Grecia habría sido imposible.

Otro aspecto destacable de diciembre de 2008 fue su composición informal y sin líderes. Si el movimiento anarquista en Grecia hubiera estado unificado

en una sola estructura, con camaradas siempre buscando un consenso generalizado antes de actuar, la insurrección no habría tenido lugar. Solo gracias a la constante disposición de varios grupos de afinidad para tomar la iniciativa —iniciando los disturbios con gran intensidad y ocupando las universidades para que todes pudieran reunirse—, la rabia por el asesinato de Alexis no se internalizó. Además, si la insurrección hubiera tenido un programa único o un conjunto unificado de objetivos, el Estado la habría reprimido fácilmente, sabiendo exactamente dónde concentrar sus fuerzas. Precisamente por su brillante multiformidad —expresando una gran diversidad de tácticas y participantes, a la vez que se basaba en un deseo compartido de luchar contra el sistema—, resultó imposible de contener.

Pero también hubo limitaciones clave para la insurrección, obstáculos que deben resolverse para la próxima vez. En particular, se ha dicho a menudo que diciembre de 2008 no fue derrocado por fuerzas externas, sino por su incapacidad para ofrecer una alternativa a lo que combatía. Durante todo el mes, las autoridades no tuvieron ninguna posibilidad de expulsar a les insurgentes de las calles, al menos no por la fuerza. El Estado griego moderno siempre ha sido bastante débil, y aquí se encontraba en una situación crítica, como a punto de colapsar. La policía, que a veces se quedaba sin gas lacrimógeno, había sido derrotada. Y el gobierno tenía demasiado miedo de llamar al ejército, consciente de los rumores de deserción masiva. En ese momento, la revolución era literalmente posible. Sin embargo, por alguna razón, la población no fue más allá. Para cuando llegó la Navidad, todos estaban exhaustos tras semanas de lucha, y con todos los bancos ya destruidos, no estaba claro qué sucedería a continuación. Una vez que la ira empezó a amainar, las manifestaciones cesaron y las ocupaciones se abandonaron, a pesar de que todes sabían que aquello que se habían propuesto destruir pronto se recuperaría. Claramente, no era cuestión de deseo, sino de imaginación: el levantamiento había acortado la distancia entre el motín y la insurrección, pero no entre la insurrección y la revolución. Y no debería sorprendernos. Quizás ya ni siquiera sepamos cómo sería una revolución.

Esta no es la única vez en la historia reciente que una gran insurrección en el Norte Global no logró sus ambiciones revolucionarias. Algo similar ya ocurrió con Mayo del 68 en Francia, cuando semanas de disturbios comparablemente intensos prácticamente se apagaron. Revueltas estudiantiles, ocupaciones de centros de trabajo y la mayor huelga salvaje de la historia

francesa provocaron la ruptura definitiva de la normalidad. Con la amenaza de la anarquía en el aire y edificios gubernamentales clave en riesgo de ser asaltados, el presidente Charles de Gaulle abandonó repentinamente el país, aparentemente para asegurarse la lealtad de sectores cruciales del ejército. Regresó unas horas después, por radio, para advertir al país de una parálisis absoluta; de hecho, de una guerra civil. ¡Una admisión sorprendentemente honesta! Y, sin embargo, para muches, también fue el punto de inflexión evidente. Los enfrentamientos llevaban semanas retumbando, pero no podían continuar en ese plano indefinidamente; o progresaban a un nivel más revolucionario, o simplemente se desvanecían. Fue, por supuesto, esto último lo que ocurrió. Pero qué situación tan curiosa: aunque la revolución parecía realmente posible, la gente no siguió adelante, como si se hubiera topado con una barrera invisible. Y hablando de eso, ¿alguien recuerda un déjà vu? Al parecer, los chalecos amarillos han redescubierto esa misma barrera, esta vez medio siglo después.

En Francia, como en Grecia, se podría decir que la población había llegado a un precipicio revolucionario: un punto sin retorno, más allá del cual nada volvería a ser igual. Dar ese paso, destrozando todas las miserables certezas de este mundo, es sin duda el material de nuestros sueños más salvajes. Sin embargo, hacerlo en las condiciones actuales es imposible, porque destruir el sistema del que dependemos tanto en términos materiales (para la alimentación, la energía, el alojamiento, etc.) sería, sencillamente, un suicidio colectivo. La vergonzosa realidad es que, en general, aún no sabemos cómo alimentarnos sin el capitalismo (incluso robar en las tiendas confirma una relación de dependencia). Lo cual es un problema enorme, dado que la gente siempre preferirá el gobierno al hambre, incluso sabiendo que es el menor de dos males. Por lo tanto, hasta que no consigamos combinar la lucha y la vida de forma reproducible, toda conversación sobre revolución seguirá siendo pura teoría.

Comparemos estas insurrecciones con la de Cataluña de 1936, el ejemplo más conocido de revolución anarquista. Sería fácil entender que el evento ocurrió en uno o dos días, en el momento en que les trabajadores derrotaron el golpe fascista y se apoderaron de los medios de producción. Sin embargo, una perspectiva tan simplista corre el riesgo de oscurecer los años vitales de lucha que tuvieron lugar a lo largo de las décadas anteriores. Esto incluyó varias insurrecciones importantes, cada una de las cuales acercó a la población

en general a la posibilidad de una ruptura permanente. Pero el movimiento anarquista también tuvo una vertiente más constructiva, ya que tardó años en desarrollar los elementos vitales de una alternativa social concreta, o lo que Bookchin describió en The Spanish Anarchists (2001) como una «contra-sociedad». Este aspecto del movimiento se caracterizó, por ejemplo, por la importancia de varios centros sociales, principalmente gestionados por los sindicatos, que se utilizaron como bases para celebrar reuniones, impartir talleres y difundir literatura. Les niñes eran educades en escuelas libertarias auto-organizadas, fuera del control de la Iglesia y el Estado; Tampoco fueron bautizades ni registrades para obtener certificados de nacimiento, al igual que sus madres y padres se negaron a contraer matrimonio legal. El dinero tampoco era particularmente útil aquí, ya que el tejido de esta contra-sociedad se mantenía unido principalmente por lazos de afinidad y apoyo mutuo. Por lo tanto, uno de los factores que impulsaron el éxito del movimiento anarquista español fue que ya había construido su propio mundo, fomentando las experiencias necesarias para que la gente confiara en sus propias capacidades. Esto significó que, cuando llegó el gran día, les anarquistes fueron perfectamente capaces de aprovechar la oportunidad, tras haber convencido a una masa crítica de la población de que los riesgos asociados con la revolución eran menores que los de mantener las cosas como estaban.

Existe una gran futilidad al aplicar métodos insurreccionales excluyendo otras formas de lucha. También mucha incomprensión, porque el anarquismo insurreccional nunca se supuso que ofreciera una ideología completa ni un plan para el futuro, solo una práctica continua destinada a desmantelar los aspectos más concretos del poder, en concreto, el Estado y el capital. Puede combinarse con visiones políticas más sustanciales, y de hecho debe hacerlo, si quiere funcionar. Mientras la revolución signifique no solo el fin del orden actual, sino también de todos los demás junto con él, puedes estar segure de que no sucederá. Insurrección, tal vez, pero nunca revolución. La insurrección es más fácil, porque no justifica dedicar tanto tiempo a esfuerzos constructivos. Pero para esperar honestamente que la población vaya más allá de unas pocas semanas de ira y se aleje del sistema decisivamente —para esperar que el parlamento no se reconstruya incluso después de haber sido incendiado—, es necesario pensar en ofrecer una alternativa. No necesariamente un sistema alternativo, y ciertamente nada uniforme, pero algo es algo. Una revolución de la seguridad no nos aniquilará.

Esto toca un punto importante, tanto para la vida como para la revolución: para avanzar en cualquier situación, siempre es necesario equilibrar la creación con la destrucción. Recuperar una perspectiva revolucionaria implica iniciar el ataque junto con la construcción de modelos funcionales de anarquía, ambos ya existentes. Porque no se puede destruir algo sin lo cual se es físicamente incapaz de vivir: «Quienes pretenden separar la autonomía material del sabotaje de la maquinaria imperial demuestran que no quieren ninguna de las dos» (Call, 2003). La insurrección es vital, ya que abre el tiempo y el espacio necesarios para plantear preguntas con algún sentido. Pero ¿qué hay del contenido positivo —de hecho, los nuevos mundos— con los que esculpir nuestras respuestas?

6: Zonas autónomas

La revolución en el mundo real

Quizás el argumento más influyente contra el anarquismo es que simplemente no es realista. Incluso entre quienes sienten una atracción idealista hacia la perspectiva de una sociedad no jerárquica, puede ser difícil conciliar esta visión con el mundo real. Después de todo, no estamos en el umbral de una revolución: hoy en día hay pocos países (si es que hay alguno) con movimientos anarquistas capaces de generalizarse en un futuro próximo. ¿Podemos realmente estar seguros de que la revolución ocurrirá durante nuestras vidas? ¿Y si nunca ocurriera? Vale la pena hacerse estas preguntas… Por supuesto, muches de nosotres sentimos el potencial inminente de una conmoción generalizada o incluso global, especialmente cuando somos jóvenes. Sin embargo, a medida que envejecemos, a menudo perdemos ese optimismo juvenil, quizás desilusionándonos, incluso agotándonos. Sin duda, esto es un gran problema. Y, sin embargo, es totalmente evitable.

Quizás nos han engañado para que lo veamos de forma errónea, abordando el tema exactamente como lo hacen les estatistas. Si el objetivo de su programa es asumir el control del Estado, su éxito dependerá de su grado de implementación a nivel nacional. La mayoría de la gente también tiende a pensar en el anarquismo como un proyecto que se ciñe a las fronteras nacionales; en este sentido, puede descartarse como poco realista, dado que dista mucho de ser el movimiento más popular en la mayoría de los países. Sin embargo, esa lógica nos sirve de poco. La anarquía no es una opción más —junto con el socialismo, el liberalismo, el conservadurismo y el fascismo— en el menú de las ideologías autoritarias. Les estatistas pueden ser nuestros enemigos, pero no son nuestros rivales: no queremos lo que elles quieren. Eso significa evaluar nuestras propias perspectivas desde un punto de vista completamente diferente, uno que se niegue a jugar al mismo juego de todo o nada centrado en lograr la hegemonía nacional. En resumen, la anarquía —la verdadera anarquía— se logra en cualquier territorio, por grande o pequeño que sea, donde la autoridad del Estado y el capital se haya considerado nula e inválida. No necesitamos esperar a la revolución para hacer realidad nuestros sueños; basta con dar los pasos prácticos necesarios, estableciendo nuestras vidas fuera del control centralizado.

Desde esta perspectiva, la naturaleza inflexible del anarquismo se ve pronto redimida por el hecho de que, en términos de calidad, no de cantidad, puede implementarse plenamente incluso en el contexto histórico actual. La percepción de una falta de apoyo generalizado no justifica la inacción: en lugar de esperar a que grandes cantidades comiencen a vivir libres y autóctonas, solo necesitamos un poco de determinación. Y sin correr ese riesgo, nos arriesgamos a relegar la anarquía al ámbito de la abstracción, sin experimentar jamás aquello por lo que luchamos. Hakim Bey nos ofrece una sólida inspiración:

> *¿Estamos condenades les que vivimos en el presente a no experimentar jamás la autonomía, a no pisar ni un instante un terreno gobernado únicamente por la libertad? ¿Nos vemos reducides a la nostalgia del pasado o a la nostalgia del futuro?* […] *Decir que «no seré libre hasta que todes les humanes* (*o todas las criaturas sintientes*) *lo sean» es simplemente sucumbir a una especie de estupor nirvánico, abdicar de nuestra humanidad, definirnos como perdedores*. (Temporary Autonomous Zone, 1991)

La belleza de una zona autónoma reside en que abre una ruptura duradera, que ya abarca la vida cotidiana. Entre los posibles candidatos se incluyen las okupaciones, la toma de universidades, los campamentos de protesta, las huelgas (wildcat strikes), los huertos comunitarios, las fiestas libres, los sitios para viajeres e incluso las reuniones arcoíris. Ejemplos conocidos son el territorio de les zapatistas y las comunas de MOVE en Filadelfia. O podríamos pensar en Freetown Christiana en Copenhague, al menos antes de su avance gradual hacia la legalización. El territorio kurdo de Rojava, la antigua Siria, debería añadirse a la lista, dependiendo de si se está de acuerdo en que el Estado y el capital han sido realmente desmantelados allí. Además, algunas de las zonas autónomas más grandes que existen actualmente son las menos abiertamente políticas; esto incluye la Zomia del Sudeste Asiático, así como muchas regiones del interior del África subsahariana, que lograron escapar de la subyugación de los años a pesar de albergar a millones de habitantes. De igual manera, cualquier tribu no civilizada que aún se encuentre dispersa por el mundo habita zonas autónomas, incluso si sus comunidades se encuentran dentro de los límites teóricos de cualquier Estado-nación. Todas las zonas silvestres no domesticadas son los últimos ejemplos.

En Europa, quizás el mayor ejemplo reciente de zona autónoma fue la ZAD (zone à défendre) de Notre-Dame-des-Landes. Esta comenzó en 2009 como

una campaña mono-temática, con la ocupación ilegal de terrenos —aproximadamente 2.000 hectáreas, con 14 km de ancho en su punto más ancho—, aplicada simplemente como medio para bloquear la construcción de un aeropuerto a las afueras de Nantes, Francia. Sin embargo, lo que una vez fue una táctica pronto se convirtió en un fin en sí mismo: dentro de esa vasta zona sin ley, se establecieron numerosas comunas rurales, cada una de las cuales aprovechó la oportunidad para experimentar con formas de vida genuinamente autónomas. La autoridad de la ley francesa se volvió irrelevante allí, y la propiedad privada fue okupada; en sentido estricto, la ZAD, que había sido descrita cariñosamente por un político local como «un territorio perdido para la República», ya ni siquiera podía considerarse parte de Francia. Quizás este proyecto —definido no solo por sus audaces victorias contra la invasión estatal, sino también por sus abundantes huertos, jardines de hierbas medicinales, numerosas panaderías y una emisora de radio pirata— incluso encarnaba la intensidad de la revolución anarquista, aunque por ahora realizada a menor escala. A principios de 2018, el régimen de Macron anunció finalmente que abandonaría sus planes de desarrollo de la zona, admitiendo la derrota ante los defensores de la tierra; sin embargo, les defensores de la ZAD intentaron quedarse, con o sin aeropuerto. En comparación con la ambigua tradición de las campañas de ecodefensa, donde la mayoría de las victorias simplemente nos devuelven al punto de partida, la ZAD ofrece una idea clara de cómo podría ser dar un paso adelante en la lucha contra el poder.

Volviendo al tema de la liberación total, las zonas autónomas pueden utilizarse para demostrar que incluso la visión más inflexible no es utópica. No hay necesidad de sentirse abrumado por la magnitud de lo que luchamos, ni de preocuparse por qué cuestiones priorizar: cualquier zona autónoma exitosa abre el tiempo y el espacio necesarios para cuestionarlo todo. Especialmente con proyectos más rurales, podemos superar nuestra alienación mutua, así como nuestra alienación de la tierra. Además, se abre la posibilidad de experimentar con la horticultura vegana fuera del contexto capitalista. Las mejores ideas del antiespecismo, la ecología profunda y la ecología social, lejos de quedar relegadas a los confines de la pura teoría, están invitadas a florecer en combinación, ya plenamente manifiestas en el mundo real. No tenemos por qué aceptar la asociación entre realismo y compromiso. Solo tenemos que empezar con más modestia.

¿Qué pasaría si, hipotéticamente, pudiéramos ver el futuro y descubrir que

la revolución nunca ocurriría? ¿Valdría la pena luchar? La creación de zonas autónomas ofrece una buena razón para saberlo. Nuestras perspectivas no son tan sombrías como para que, solo después de generaciones de sacrificios ingratos, quizás les terrícolas de alguna era profetizada finalmente sean libres. La alegría de la insurrección —que, en esencia, no es sino la alegría de la rebeldía inquebrantable— debe impregnar todo lo que hacemos. La cantidad deseada podría escaparse por ahora, pero la calidad necesaria puede alcanzarse ahora, antes de la revolución, incluso antes de la insurrección. En definitiva, tenemos al menos un método para avanzar en la lucha: habitar territorios, fuera y contra el sistema, mientras nos esforzamos por desmantelar todas las jerarquías dentro de ellos. No es una estrategia completa, pero sin duda ofrece un punto de apoyo sólido.

Zonas de resistencia

A simple vista, podría parecer que surge una tensión aquí. Mientras los métodos insurreccionales atacan el poder, quizás las zonas autónomas intentan, en cambio, escabullirse, buscando la paz interior en un mundo definido por la catástrofe. Esta es precisamente la idea que se desprende de Hakim Bey, cuyas zonas autónomas se definen por su insistencia en disolverse en lugar de arriesgarse a enfrentarse al Estado. Huelga decir que dejar que el Leviatán se las arregle mientras diezma el planeta no es una opción para la mayoría de nosotres; afortunadamente, sin embargo, ese derrotismo no es una característica inherente a las zonas autónomas en su conjunto. Al contrario, estos experimentos, además de ofrecer lugares esenciales de refugio inmediato, son igualmente indispensables para pasar a la ofensiva.

Abrir un espacio autónomo establece un punto de encuentro donde les camaradas pueden encontrarse, compartir recursos y aunar proyectos, todo lo cual es vital para lanzar el ataque. En lugar de dispersarnos en el terreno social, es muy recomendable centrar nuestros esfuerzos en ubicaciones estratégicas, aumentando así nuestras posibilidades de tener un impacto tangible. No es casualidad que el movimiento anarquista italiano de las décadas de 1970 y 1980 se definiera no solo por su formulación de la tendencia insurreccional, sino también por su vasta red de centros sociales okupados. Además, los movimientos anarquistas de Chile y Grecia —entre los más fuertes del mundo en la actualidad— se arraigan claramente en ciertos barrios rebeldes. El barrio de Exarchia en Atenas es en sí mismo una especie de zona autónoma; es una zona prohibida para la policía y, en general, mantiene una atmósfera de intolerancia hacia los proyectos del Estado y el capital. El énfasis constante en la insurrección en Atenas sería impensable sin ella, y lo mismo puede decirse de Villa Francia en Santiago. Especialmente cuando un movimiento de resistencia empieza a tomar impulso, pronto queda claro que sus ambiciones solo pueden avanzar en la medida en que su base material lo permita. En este sentido, podemos pensar en los movimientos separatistas de Irlanda, Kurdistán y el País Vasco como ejemplos importantes.

No menos, la mera existencia de una zona autónoma basta para causar un daño real al Estado, cediendo su control sobre un territorio. Sin embargo, esto solo ocurrirá si sus habitantes se niegan a solicitar permiso en el proceso de secesión. La perspectiva de legalizar una comuna exige la máxima cautela:

el precio de evitar la confrontación física no es, como en las zonas de Bey, la invisibilidad, sino la indiferencia respecto al sistema en su conjunto. Ya sea temporal o permanente, lo que hace autónoma a una zona es el hecho de que escapa a la autoridad del Estado; es decir, se niega a reconocer a sus servidores o leyes. En sentido estricto, habitar una zona así no implica cometer un delito, lo que implica infringir las leyes a las que uno está sujeto en última instancia, sino más bien, liberarse por completo del marco legal. La oferta de legalización puede sonar como una victoria, pero ésta es sólo una de las tácticas más cínicas del poder: se concederán unas cuantas concesiones menores, pero en última instancia son un pequeño precio a pagar por subsumir nuestras vidas de nuevo en la economía, transfiriendo la lucha real a algo simbólico.

A principios de los años 80, por ejemplo, el movimiento okupa en Berlín era uno de los más fuertes del mundo; sin embargo, la punta de lanza de la campaña represiva del Estado no era la fuerza bruta, sino la integración. Muchas okupaciones fueron invitadas a legalizarse —a someterse al estado de derecho y al mercado—, lo que separó sus intereses del resto del movimiento. Esto privó a los proyectos más combativos de la solidaridad necesaria para resistir con éxito los desalojos, y pronto se vieron eliminados uno a uno. Sin embargo, si ninguna de las okupaciones hubiera decidido legalizarse, el Estado podría haberse visto obligado a capitular ante un movimiento tan inflexible.

Con esto en mente, surge una preocupación obvia: podría parecer ridículo oponerse al poder del Estado-nación moderno, sobre todo en un conflicto más o menos simétrico. Pero el panorama no es tan simple. Al menos en gran parte del Norte Global, el paradigma liberal obliga al Estado a regirse por ciertas reglas al reprimir la disidencia, lo que nos ofrece un margen considerable de maniobra. Las fuerzas represivas siempre prefieren recurrir a la policía antidisturbios antes que al ejército, y usar métodos "no letales" en lugar de simplemente entrar y matar a todes. Esto no se debe, por supuesto, a una mayor benevolencia por parte de nuestres querides gobernantes, sino a su necesidad de destruir la alteridad sin exacerbar aún más las tensiones sociales. Se podría decir que, tras la muerte de Dios, el Estado está en sus últimas; en lugar de aferrarse a la pretensión de representar la voluntad divina, se ha reinventado bajo una forma secular, afirmando representar la voluntad del pueblo. Esto deja al poder con la eterna dificultad de mantener una apa-

riencia democrática, con la que intenta ocultar su secreto más feo y volátil: que el liberalismo no es más que otra forma de autoritarismo. Sería, sin duda, una constatación abrumadora que, además de esperarse que vivan la vida más miserable, incluso quienes intenten desertar pacíficamente serán perseguides y aplastades para siempre, arrastrades de vuelta a esta sociedad-jaula. Cualquier zona autónoma exitosa daña la integridad territorial del Estado, por lo que nunca se toleraría voluntariamente; sin embargo, al encontrarse con una resistencia feroz, un régimen podría verse obligado a contenerse, enfrentándose a un mayor riesgo de desestabilización al ejercer la violencia necesaria para un desalojo.

Esto no es un cuento de hadas: en 2016, un ministro del gobierno francés admitió que, por temor al estallido de una guerra civil localizada, no habría un nuevo intento de desalojar la ZAD de Notre-Dame-des-Landes. Esto demuestra que, en lugar de quejarnos de las contradicciones inherentes a la democracia liberal, podríamos estar aprovechándonos. O aprovechamos al máximo la menor capacidad del Estado para atacar, o lo provocamos para que revele su verdadera naturaleza. En ambos casos, hay algo que ganar.

Dicho esto, no todes quieren vivir tras una barricada para siempre, algo importante a considerar. Es curioso que posiblemente el factor más importante que frena la participación en la lucha no sea la represión, sino la paternidad y maternidad. O eso, o al menos la necesidad de encontrar un poco de seguridad o estabilidad, algo que todes necesitamos de vez en cuando. Es necesario abordar estos problemas si queremos ampliar la posibilidad de una vida autónoma más allá del alcance de quienes tienen veintitantos años. A menudo se olvida que, además de aumentar nuestras capacidades como militantes, revolucionar la lucha significa ampliar la participación significativa de maneras que permitan la participación de un número mucho mayor. La defensa de la ilegalidad, aunque indispensable, no puede dictar un enfoque uniforme: como siempre, se necesita una diversidad de tácticas para avanzar. El ingrediente esencial es simplemente que los proyectos legales e ilegales mantengan fuertes vínculos entre sí, proporcionando así a las comunas en primera línea el apoyo necesario para avanzar, a la vez que maximizan el nivel de participación alcanzado por opciones más seguras.

Para volver al punto principal, conviene visitar la ZAD de Notre-Dame-des-Landes por última vez. En abril de 2018, el régimen de Macron des-

tinó 2.500 gendarmes, respaldados por tanques y drones, a su último intento de aplastar este proyecto rebelde. Esto fue sorprendente, pues los planes de construir un aeropuerto allí ya se habían abandonado, pero esta vez la fuerza invasora era más del doble que durante la Operación César, el intento fallido de 2012. Al parecer, este capítulo de la ZAD se había considerado aún más peligroso por la falta de un único factor que limitara su alcance. El fracaso de un proyecto emblemático es, sin duda, un dolor de cabeza para cualquier gobierno; algo mucho peor, sin embargo, es un método práctico —indefinidamente reproducible— para destituirlo por completo. La zadificación se desarrolla así: ocupar un lugar con potencial; promover la autosuficiencia material; defenderse a capa y espada si es atacado; re-ocupar si es desalojado. No se debe idealizar la ZAD, como si ofreciera una utopía prístina. Pero lo que no se puede negar es algo muy simple, algo que marca la diferencia: funciona... Contrariamente a la creencia popular, no hay nada inevitable en el sistema de la muerte. ¡La deserción siempre es posible! Y tal ventana de oportunidad es algo que cualquier estado debe proponerse destruir sin piedad, para no correr el riesgo de que sus propios cimientos, tanto materiales como ideológicos, se vean seriamente socavados. Sin embargo, hasta ahora, nuestro enemigo ha fracasado sin duda: mientras que la ZAD madre, tras casi una década de flagrante autonomía, se encuentra hoy sumida en el monótono proceso de la legalización, han surgido hasta quince ZAD más en Francia desde su creación.

Se dijo anteriormente que quizá ya no sepamos cómo sería una revolución, y este problema sigue definiendo nuestra era. En una época donde el poder no tiene centro, hay motivos para dejar de esperar esa ansiada gran velada en la que el mundo se rehace en un par de días. Quizás la revolución sea menos un acontecimiento definitivo y más un proceso continuo; algo con altibajos evidentes, sin duda, pero sin un principio ni un final claros. Al promover la multiplicación y expansión de zonas autónomas, se nos otorga un medio tangible para impulsar ese proceso y también para medir nuestro éxito. Para que la anarquía sea viable a gran escala, necesitamos empezar de forma más modesta, infundiendo de inmediato alternativas prácticas y accesibles al Leviatán. Solo viviendo de forma autónoma ahora desarrollamos las habilidades, experiencias y la afinidad necesarias para seguir adelante. Esperar solo enseña a esperar; viviendo se aprende a vivir.

Aquí no puede haber distinción entre construcción y destrucción: al ceder

un territorio al Estado, se pasa a la ofensiva. Cada zona autónoma socava la normalidad del control total, revelando la ocupación militar que realmente es el Estado. Las comunas en lucha rompen el tejido social, creando un espacio donde finalmente podemos respirar, invitando al resto de la población a posicionarse. En particular, es difícil imaginar la posibilidad de zonas autónomas más grandes (regiones autónomas) como algo posible, salvo tras una insurrección. El momento de agitación libera temporalmente el control del poder sobre una región; la construcción de formas de vida autónomas dentro de ella hace que la ruptura sea permanente. Comenzando con más modestia y volviéndose tan ambicioso como la situación lo permita, bien podría llegar un día —un día que seguramente aún recordamos en nuestros corazones— en que las insurrecciones y las revoluciones se vuelvan indistinguibles.

7: Traspasando los límites

La anarquía hecha habitable

Algo importante que les revolucionaries deben tener presente, sobre todo en los momentos más pesimistas, es que el sistema no funciona para la mayoría de la gente. Nos enfrentamos a una situación incierta hoy en día: muchísima gente, si no la mayoría, está claramente descontenta con la situación actual, quizás incluso profundamente. A medida que aumenta la presión diaria por adaptarse a este mundo, las tasas de suicidio, adicción y autolesiones siguen en aumento. Los tiroteos escolares, el indicio más claro de una sociedad en guerra consigo misma, proliferan a un ritmo cada vez más rápido. Cualquier atisbo de paz social que quede se ve reforzado por el consumo masivo de psico-fármacos, que se administran con frecuencia incluso a niñes de un año. Si bien cualquiera que aún no esté convencide puede esperar conocer las frías paredes de una celda, cuya población sigue aumentando. Estos terribles presagios son demasiado comunes, hasta el punto de que cuesta reconocerlos; sin embargo, cuando se considera cuántes de nosotres estamos siendo jodides simplemente por costumbre, las excusas empiezan a apestar.

Las lucrativas décadas del siglo XX nos prometieron que todo era posible, que el fin de la pobreza estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, aquí estamos, con la exclusión de las necesidades básicas de la vida —motivación ya suficiente para las revoluciones del siglo anterior— paralizándonos tan severamente como siempre. Justo cuando esta civilización se cree digna de colonizar Marte, mil millones de humanes pasan hambre en la Tierra. Además, aproximadamente la mitad de los alimentos producidos a nivel mundial se desperdician, y los supermercados responden cerrando con candado los contenedores. ¿De verdad se espera que creamos que el capitalismo es capaz de acabar con la escasez material, su característica más intrínseca? El absoluto desprecio que se nos muestra no debería ser un secreto, y no es el tipo de comprensión que aterriza suavemente.

Es más, incluso quienes triunfan en este mundo se ven rápidamente asimilados a un paraíso de plástico que, en esencia, se define por una forma sin contenido, una materia carente de sentimiento. Todes conocemos bien el vacío de la vida cotidiana. La ironía del capitalismo de consumo es que

promete restaurar precisamente aquello de lo que nos priva: la capacidad de habitarnos plenamente, sin dejarnos intimidar por una constante sensación de carencia existencial, de necesidad espiritual. La publicidad masiva afirma que consumir obedientemente la hamburguesa con queso, el desodorante o el smartphone más novedoso sanará el desgarro en la estructura de nuestro ser: en esencia, el trauma de la amputación entre nosotres y la tierra. Y, sin embargo, como cualquier adicción, todo este consumo superficial llena un vacío solo para dejarlo pronto más vacío que antes. Esta no es la imagen de la civilización humana devastando el planeta mientras se divierte toda la noche; más bien, la nuestra es una cultura que, como el más miserable de los abusadores, proyecta su tormento al exterior solo para sobrevivir el día.

Mientras tanto, acceder a este desierto tiene un precio altísimo: la perspectiva de una vida a contrarreloj, casi todas nuestras horas de vigilia dedicadas al trabajo o recuperándonos de él. Solo en comparación con el riesgo literal de morir de hambre podríamos agradecer tener un empleo. Toda esa energía desperdiciada —el aburrimiento, la ansiedad, el miedo— solo para vernos expulsades por la economía en cuanto nuestra productividad baja, llegando a la jubilación destrozades y olvidades, sin la menor idea de para qué sirvió todo ese sacrificio. Sin duda, algunes lo pasamos peor, en algunos casos, muchísimo peor. Pero todes lo pasamos mal. Incluso les miembres más privilegiades de la sociedad se traumatizan con el sonido de sus despertadores, con la desgarradora señal de que ha comenzado otro día de vendernos para existir.

La productividad hoy en día es más alta que nunca, pero no existe una conexión entre ella y la felicidad, ni con nuestra sensación de plenitud. Al contrario, existe un consenso tácito entre muches de nosotres de que, en algún momento, las cosas han salido terriblemente mal. Puede ser difícil determinar con exactitud cuál es el problema, pero las señales de alerta están ahí y no hacen más que aumentar. El desprecio por la clase política es generalizado, e incluso la clase media empieza a tambalearse bajo el peso de la crisis económica perpetua. Los océanos se están llenando de plástico, mientras que la crisis climática amenaza con hundir a todos los seres vivos en una época de calamidad impensable. En tal contexto, afirmar que todo se va al carajo es una de las cosas más banales que se pueden decir. Parece que la psique occidental está despojándose de su antiguo sentido de propósito, provocando una profunda angustia existencial. Lo que queda de ese mítico contrato social se evapora rápidamente, y nuestras razones para cumplirlo se desvanecen una

a una. La única promesa que aún alberga este orden de miseria es la de su propia destrucción.

Lo peor de todo es que, tras haber colonizado casi todos los rincones conocidos de la realidad, el capitalismo nos convence de que la vida misma es lo terrible. Algo mucho más fácil de creer, liberándonos de la tensión añadida de imaginar qué posibilidades podrían existir más allá de lo existente. Pero algunas cosas nunca se pueden asimilar del todo, algunas verdades —fisiológicas más que intelectuales— nunca se olvidan del todo. De niñes, todo era tan diferente: nos prometíamos nunca envejecer ni renunciar a nuestros sueños. Sin embargo, con el paso del tiempo, aquellos días alegres, en los que toda actividad no era más que una modificación del juego, de alguna manera quedaron en el pasado lejano. Arrasada por la banalidad de la rutina y la violencia del estrés constante, esa sabiduría juvenil —la pasión desvergonzada con la que abordábamos cualquier problema imaginable— se marchitó lentamente y murió. De adultes, la mayoría hemos renunciado por completo al valor de la vida, no solo de nuestras propias vidas como individuos, sino también de la vida misma. Sin embargo, siempre se puede redescubrir. Dentro de cada une de nosotres yace una verdad latente, algo tan terrible, tan revolucionario, que amenaza con demoler todo lo que hace del siglo XXI un asunto tan miserable: *la vida no es meramente algo para sobrevivir*.

* * *

Con todo esto en mente, se está gestando un curioso desajuste. Por un lado, el odio al sistema es sin duda enorme; por otro, la gran mayoría de la gente, de alguna manera, se deja llevar por la situación, abrumada por la cantidad de pequeños compromisos. ¿Por qué tan poca gente —extremadamente poca, considerando la situación— parece estar conscientemente interesada en contraatacar? Es un tema complejo, pero aquí va una idea: quizá la mayoría de nuestros métodos simplemente no sean de mucha utilidad para la mayoría de la gente. No es que simplemente no les importe, sino que ya han soportado la carga de la supervivencia cotidiana bajo el capitalismo sin la expectativa añadida de tener que luchar aún más. Las cosas a las que nos dedicamos —ya sea protesta pacífica o revuelta militante— nos ofrecen mucho, pero rara vez esa participación tiene la posibilidad de facilitarnos la vida. En otras palabras, el valor de la lucha es, en cierto sentido, espiritual, no material: enriquece nuestras vidas, pero casi siempre reduce nuestra capacidad para llegar a fin de mes.

Quizás esa sea la razón por la que a muches nos cuesta superar los márgenes (a menudo claramente privilegiados) de la sociedad, porque la lucha es un lujo. Solo una vez cubiertas las necesidades materiales básicas, podemos empezar a preocuparnos por preocupaciones menos inmediatas, como el bienestar de la sociedad y del planeta. Esto demuestra que no hay excusa para perder la fe en la especie, todavía no: las condiciones de escasez económica impuestas por el capitalismo —su despiadada combinación de deudas, facturas y carreras profesionales sin alegría— hacen físicamente imposible para la mayoría soñar de forma realista con cambiar el mundo. No solo eso, sino que también significa que quienes se involucran probablemente vean su compromiso lastrado por las presiones de la seguridad económica a largo plazo, ese idealismo, antaño juvenil, que a menudo se desvanece en la treintena. Solo reconectando la lucha con la promoción de la autonomía material podremos ampliar su alcance, tanto para los de fuera como para nosotres mismes.

Lo que se propone aquí, básicamente, es la necesidad de hacer que la anarquía sea viable. ¿Por qué esperar a que una disrupción masiva se apodere de los medios de producción necesarios? No podemos sustentarnos solo con gestos simbólicos: solo asegurando soluciones inmediatas a las necesidades materiales cotidianas —soluciones valiosas en sí mismas, independientemente de lo que se avecine— se puede esperar una mayor participación. La gente está sufriendo ahora, y eso no se aliviará con una esperanza milenarista de revolución. Con demasiada frecuencia, el anarquismo se ve a sí mismo como una ideología más que como una forma de vida, como si nivelar la jerarquía fuera una mera cuestión de agregar opiniones, una noción claramente liberal. Por el contrario, la anarquía se expande al materializarse inmediatamente en el terreno social, suplantando toda función que nos mantiene fieles al sistema y generando soluciones más realistas que las que este ofrece.

Ya contamos con algunos ejemplos útiles, como el programa de desayuno gratuito de las Panteras Negras y la clínica médica okupada ADYE de Exarchia. Sin embargo, para reinventarse como una verdadera fuerza histórica, el anarquismo debe aumentar enormemente sus ambiciones, reclamando todas las condiciones de existencia: alimentación, vivienda, educación, medicina, transporte, entretenimiento, asistencia social, en nombre de la autonomía. Esta noción de la anarquía como una fuerza inmediata y comunizadora puede lograr importantes avances contra las deficiencias del compromiso institucional: en lugar de empantanarnos en largos y prejuiciosos procedimientos

burocráticos, podríamos utilizar la acción directa para empezar a fortalecernos sin demora.

Las zonas autónomas son extremadamente útiles en este caso, pero no son suficientes. Ampliar los límites no se trata solo de tener una alternativa social concreta, sino también de una accesible. En demasiados casos, nuestras comunas permanecen fuera del alcance de la gente externa a ellas, algo que no se ve facilitado en absoluto por las barreras subculturales o incluso el desprecio manifiesto. Estos problemas pueden, por supuesto, remediarse con un poco de sensibilidad, pero en muchos casos el problema surge precisamente del propósito de una zona autónoma: establecer una ruptura definitiva con la normalidad. Por lo tanto, en lugar de esperar que las personas se lancen a lo desconocido, somos nosotres quienes debemos hacerlo, esforzándonos por construir afinidad más allá de los círculos habituales. No hay excusas: no es que toda esta interacción introduzca una dinámica jerárquica, una entre les revolucionaries y las masas, les misioneres y les paganes. Independientemente del compromiso con el crecimiento organizativo o la conversión ideológica, lo que podríamos llamar "difusión" tiene una mayor capacidad de ocurrir horizontalmente, abriendo un proceso recíproco en el que ambas partes pueden aprender lo mismo de la otra. El objetivo no es integrar a personas externas en nuestra propia forma de hacer las cosas, sino animar a las personas a luchar contra el poder en sus propios términos, independientemente hacia donde conduzca esto.

En cualquier sociedad jerárquica, la resistencia a la subordinación es una realidad cotidiana, y no menos para las personas "apolíticas". Rara vez afrontamos los problemas de la expansión capitalista en solitario, ya se trate de gentrificación, mega-cárceles, mataderos, centros de detención de migrantes, vertederos de residuos nucleares, ferrocarriles de alta velocidad o sistemas de vigilancia. Elijan: ya estamos rodeades de oportunidades para derribar barreras sociales, contrarrestando cualquier intento de convertir nuestros esfuerzos en un gueto. Las luchas que emprendemos son diversas, pero cada una de ellas se basa en una necesidad singular de confrontar la jerarquía social, conteniendo así el potencial de cuestionarlo todo. Incluso si no se alcanzan los objetivos locales y específicos de una lucha intermedia, el mero hecho de luchar juntos puede ser decisivo para acercar a las personas —tanto a nosotros mismos como a cualquier otra— a la futura posibilidad de ruptura. En lugar de abandonar el terreno de la campaña activista, el objetivo es

simplemente profundizar la perspectiva con la que la abordamos, pasando de una preocupación por lo específico a una apreciación de lo general, de un enfoque reformista a algo concretamente revolucionario.

Las condiciones miserables nunca son suficientes para la revolución; lo que hace este mundo intolerable es la confianza en una alternativa. Seguramente la mayoría de la gente continúa con su vida —trabajando, pagando el alquiler o estudiando— no porque les guste, sino porque se han convencido, a falta de una alternativa viable, de que así son las cosas. Por terrible que sea la situación, si monopoliza la satisfacción de las necesidades materiales básicas, la única respuesta concebible será aguantar y continuar, quizás incluso culpando al feminismo o a la inmigración de la creciente crisis de la modernidad. Hasta ahora, no hemos logrado romper esa ilusión. Lo cual confirma la extraña sensación de que incluso nosotres, como disidentes, debemos asumir parte de la responsabilidad de mantener este terrible caos. Ampliar los límites de la lucha significa establecer vías viables de deserción del sistema, accesibles y seguras. En resumen, *la anarquía se expande al hacerla habitable*.

"Aprovecha al máximo cada crisis"

El sentido común dicta que las cosas seguirán siendo prácticamente iguales para siempre. La situación actual cambiará, sin duda, pero siempre de forma gradual, procurando mantener las garantías de la vida moderna. Les privilegiades entre nosotres cuentan con permanecer aislades de las turbulencias de la historia; cualquier volatilidad inevitable, mientras tanto, tendrá lugar solo en nuestras pantallas de televisión, nunca fuera de la puerta de casa. ¿Tal vez? Claro que no. Recordemos que esa es precisamente la arrogancia que precede al colapso de toda gran civilización. Existe un temor creciente entre muches de nosotres de que nuestras suposiciones sagradas estén empezando a caducar. Quizás llegue un día —un día que muchos podríamos llegar a ver— en el que lleguemos al supermercado solo para descubrir que no hay nada que vender, y mucho menos que encontrar en los contenedores. Y para entonces ya será demasiado tarde.

Cada día, las cadenas de suministro globales se vuelven más complejas, hasta el punto de que incluso pequeñas disrupciones pueden provocar una inestabilidad generalizada. La integración de nuestras necesidades en una única economía planetaria ofrece ciertas ventajas, pero no puede continuar así indefinidamente. Para sobrevivir, el sistema se acumula cada vez más, lo que garantiza que su caída sea aún mayor. Con el petróleo, por ejemplo, la civilización industrial probablemente ya ha superado su capacidad máxima de extracción; en los últimos años, la economía ha demostrado una mayor dependencia de los combustibles fósiles más contaminantes e ineficientes que ofrece el planeta, como el gas de esquisto, las arenas bituminosas y el lignito. Algo similar puede decirse de las reservas de agua, que actualmente se agotan al doble de velocidad de su renovación natural; ya hoy en día, miles de millones de personas carecen de acceso suficiente al agua dulce, especialmente durante las estaciones secas, y la cifra aumenta rápidamente. La erosión del suelo también constituye una amenaza importante, ya que la agricultura industrial, con su incesante aplicación de monocultivos y pesticidas, devasta la tierra del planeta que aún es capaz de sustentar la vida compleja. Factores como estos sugieren que, a medida que avance el siglo XXI, la depresión económica y las guerras por los recursos comenzarán a proliferar en una escala cada vez mayor.

Ya somos más de 7 mil millones en el planeta, y se prevé que alcancemos los

10 mil millones a mediados de siglo. Además, es probable que el crecimiento demográfico aumente en combinación con los factores mencionados, lo que podría provocar una repentina incapacidad del sistema para sustentar a sus habitantes en muchas regiones. Dicho esto, los niveles de población podrían no ser el problema principal: la mayoría de les habitantes de barrios marginales del Sur Global consumen solo una fracción de los recursos que consumen les occidentales de clase media, quizás incluso una centésima parte. Lo especialmente preocupante es que la población está en auge en los mismos lugares —India y China, por ejemplo— que están empezando a emular los estilos de vida intensivos en recursos que antes solo acaparaban un número mucho menor en el Norte Global. Es difícil imaginar un desenlace benigno para esta situación: una disminución exponencial de los recursos disponibles, combinada con un aumento exponencial de nuestra dependencia de ellos, parece hacer inevitable algún tipo de colisión importante.

Ni siquiera es la probabilidad de crisis lo que aumenta, sino también nuestra incapacidad para afrontarlas. Vivimos en una época en la que, tras un aislamiento tan profundo de las condiciones de vida, el simple hecho de cultivar nuestros propios alimentos se considera excéntrico. Esta es una situación claramente contemporánea, debido a la destrucción de la vida campesina provocada por la Revolución Industrial, así como a la mayor descualificación de la mano de obra que trajo consigo la Revolución Digital. Si bien el sistema solía preocuparse principalmente por la organización política de nuestras vidas, hoy en día monopoliza casi todos los aspectos imaginables de nuestras necesidades materiales. Esto conlleva una enorme volatilidad: hasta hace unas décadas, el colapso de una civilización, a pesar de la evidente agitación, habría dejado a la mayoría de la gente capaz de alimentarse por sí misma. El siglo XXI, sin embargo, es una criatura extraña, absolutamente convencido de sus capacidades avanzadas, pero completamente perdido en lo que respecta a los gestos más básicos. Podemos tener absolutamente todo lo que queramos. (Siempre que el lector de tarjetas de crédito funcione).

Nuestra cultura tecno-adicta se expande a un ritmo cada vez mayor, mucho más rápido de lo que cualquiera puede comenzar a comprender sus implicaciones. En lugar de simplemente alterar la realidad, este nuevo mundo ha creado uno completamente nuevo, digitalizando constantemente la totalidad de la experiencia humana. La tecnología de la información se utiliza para aumentar las funciones cognitivas básicas (memoria, navegación, comuni-

cación, imaginación) hasta el punto de que les usuaries sufren síntomas de abstinencia sin ellas. Fantaseamos con cíborgs como si fueran ciencia ficción, sin darnos cuenta de que ya están aquí, de que ya nos hemos convertido en ellos. Simplemente salir de la habitación sin nuestros teléfonos inteligentes es a menudo impensable, y eso es mucho decir. Debemos ser cautelosos de volvernos completamente dependientes de nuestras prótesis digitales, especialmente cuando su funcionamiento depende en gran medida de una infraestructura centralizada. Cualquier nivel de interrupción en este ámbito, como una erupción solar, un apagón o un ataque terrorista, provocaría un gran caos.

Es hora de preguntarnos seriamente: si el colapso ocurriera mañana, ¿estaríamos realmente preparades? Cada día que pasa, esta pregunta se vuelve más inevitable. Afortunadamente, la solución clave también es bastante sencilla, y ya se ha analizado con cierto detalle: hacer que la anarquía sea habitable. Al asegurar nuestra autonomía material ahora —algo muy valioso en sí mismo, pase lo que pase en el futuro—, aumentamos nuestras posibilidades de afrontar e incluso expandirnos durante cualquier momento impredecible de turbulencia futura. A medida que esta civilización se desploma en el abismo, esperará arrastrarnos a todes con ella; sin embargo, ese resultado puede evitarse, siempre que sepamos perfectamente cómo vivir a nuestra manera. Sería ridículo esperar a que los supermercados estuvieran completamente vaciados para intentar cultivar una col. Lo que hagamos antes de que la situación se agrave será decisivo.

Para muches de nosotres, esto podría ser una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, la situación tampoco es tan desalentadora: hay buenas razones para creer que las crisis (al menos de cierto tipo) presentan importantes oportunidades para fortalecernos. Una crisis puede concebirse simplemente como una ruptura del buen funcionamiento de la normalidad, algo que potencialmente podría ofrecer sus ventajas. Con el sistema incumpliendo sus funciones esperadas, estos son momentos en los que el status quo se ha vuelto aún menos realista, invitando a proyectos autónomos a llenar el vacío. Con bastante frecuencia, una respuesta auto-organizada ocurre orgánicamente, sin ninguna consideración política consciente: como en tantas situaciones de desastre, la gente común redescubre sus instintos pro sociales latentes —esas inclinaciones espontáneas e imparciales hacia la solidaridad y la ayuda mutua— solo para salir adelante. Al intervenir en estas rupturas accidentales de manera

inteligente y sensible, podemos fortalecer los esfuerzos, impulsándolos hacia una ruptura permanente. Ejemplos importantes incluyen la solidaridad material de les anarquistes estadounidenses a quienes fueron devastades por las temporadas de huracanes de 2017/18, así como la ocupación ilegal de viviendas por parte del movimiento anarquista griego en respuesta a la actual crisis de refugiades en Europa. Sin embargo, es muy probable que la ya conocida profundidad de la crisis palidezca en comparación con lo que se avecina.

No podemos rehuir las crisis: escondernos de ellas es escondernos de la historia, en particular de la nuestra. Literalmente, cada ejemplo de revolución libertaria —Ucrania 1917, Manchuria 1929, Cataluña 1936, Rojava 2012— surgió de una situación de guerra civil declarada. Quizás sea una pena, pero tampoco es sorprendente, dado que cualquier experimento a gran escala de vida autónoma suele necesitar un vacío de poder que llenar. Al fin y al cabo, no nos corresponde a nosotres elegir los contextos multifacéticos que inevitablemente se nos presentan, solo encontrar la mejor manera de habitarlos.

Dicho esto, nada de esto sugiere que debamos esperar con ilusión las crisis. No solo suponen un gran peligro para humanes y no humanes en general (especialmente para aquelles que ya se encuentran en una situación más desfavorecida), sino que también proporcionan los momentos de inestabilidad necesarios para que el autoritarismo avance a trompicones. Los gobiernos fascistas también se han valido de las crisis, reales o imaginarias, para tomar el poder. No menos, los regímenes de larga duración siempre aprovecharán con gusto los momentos de pánico para reprimir a les disidentes. Exactamente eso ocurrió, por ejemplo, con el Incidente de Amakasu de 1923 en Japón, en el que el ejército imperial utilizó la agitación generada por el Gran Terremoto de Kantō como excusa para asesinar a figuras prominentes anarquistas. O consideremos el 11-S más reciente, utilizado con regocijo por los regímenes del Norte Global para desplegar una ola sin precedentes de represión "antiterrorista". La conclusión sobre las crisis es simplemente que, nos guste o no, son inevitables, especialmente bajo el capitalismo. Ante ese persistente dilema, sólo podemos preguntarnos cuál es la mejor manera de aprovecharlos al máximo.

No se trata de contar los días hasta que la cosa se ponga fea, todo lo contrario: la crisis ya está aquí. La jerarquía social, en su esencia misma, es crisis. Simplemente para perseverar, debe extenderse constantemente, desestabilizando

el tejido mismo de la vida dondequiera que vaya. Al intervenir eficazmente en la carnicería que nos azota, podemos minimizar el daño causado, a la vez que desarrollamos la fuerza necesaria para enfrentar el desastre planetario en el que se ha convertido esta civilización. A medida que las crisis se multiplican en escala y frecuencia, es posible que la imprudencia del sistema sea su perdición, brindando amplias oportunidades para la insurrección e incluso la revolución. Simplemente recuerden que los fallos de nuestros enemigos nunca serán suficientes. También debemos estar listes para aprovecharlos. Y para hacerlo, necesitamos ponernos en marcha ahora.

8: Afrontar el futuro

"Es más tarde de lo que pensábamos"

Las condiciones históricas actuales están cambiando, dando lugar a una nueva época. A medida que aumenta la presión, muchas de nuestras suposiciones más profundas sobre el mundo —sobre lo que es y no es posible en él— comienzan a desmoronarse. Un terreno claramente novedoso, mucho más volátil, atraviesa el actual, prometiendo un siglo de certezas confusas y oportunidades prometedoras.

Enfrentar el futuro significa volver al tema de la crisis, solo que esta vez a un caso específico: la crisis climática. Esta es sin duda la crisis distintiva de las próximas décadas, la que nos amenaza con mayor gravedad. Sin embargo, pocas creen realmente que aún se pueda detener, al menos no por completo. Cada nuevo titular destroza nuestro optimismo, confirmando una fracción de lo que está por venir: sequías, inundaciones, olas de calor, huracanes, incendios forestales, migraciones forzadas… Los glaciares se están derritiendo más rápido que nunca y el nivel del mar está subiendo indiscutiblemente. Aunque se prevé que los años 2015-19* sean los cinco más cálidos jamás registrados, con temperaturas un grado superiores a las preindustriales, hemos dejado atrás el momento en que se podía hablar con precisión del cambio climático como un evento prospectivo. Sinceramente, es más tarde de lo que pensábamos.

El Leviatán siempre ha ido de la mano de la crisis ecológica; no es casualidad, entonces, que la globalización del capital en las últimas décadas se haya reflejado en la primera crisis ecológica claramente planetaria de la historia. Esta historia, por supuesto, también ha sido una de resistencia constante: el movimiento anti-globalización, por ejemplo, puso muchos obstáculos al progreso capitalista, aunque su impacto no perduró hasta bien entrado el siglo XXI. Le sucedió, en cierta medida, un movimiento internacional, bastante popular, dirigido específicamente contra el cambio climático, cuyos momentos álgidos

**Esas cifras están totalmente pulverizadas ya en* 2025. *Con escenarios dantescos por inundaciones en India, Pakistan o España, y miles de muertes por calor.* (*N.del T.*)

incluyeron diversas manifestaciones climáticas, así como movilizaciones masivas en torno a las cumbres COP 15 y COP 21. Pero no debería sorprender que este movimiento tampoco tuviera éxito, dado que solo pudo poner el listón muy alto. Para detener el cambio climático, se requería un movimiento de inmensa cantidad y calidad: debía tener influencia mundial, pero ser lo suficientemente radical como para transformar la estructura profunda de la economía. Es obvio, sin embargo, que la revolución libertaria global –lo único que llegará a la raíz del problema– no está a punto de suceder.

Tampoco los intentos reformistas de cambiar las políticas gubernamentales parecen más esperanzadores. La inutilidad del Acuerdo de París de 2015, centrado en el objetivo extremadamente irreal de mantener el aumento de la temperatura global muy por debajo de los 2 °C, queda meridianamente clara con cada nuevo proyecto de desarrollo intensivo en carbono que implementan los estados firmantes. No menos, incluso ese trozo de papel ha resultado demasiado exigente para algunos, con la mayor economía del mundo, EE. UU., retirándose del acuerdo no vinculante en 2017. Por un presidente que niega la existencia misma del cambio climático... Pero al menos Donald Trump es franco en su desprecio por el medio ambiente, en lugar de seguir el juego hipócrita de sus homólogos liberales. Al final del día, esta o aquella política gubernamental no es lo que realmente importa, dado que resolver el cambio climático es inherentemente inviable para cualquier estado capitalista. Después de todo, tomar el problema en serio significaría reestructurar (si no desmantelar) la totalidad de la producción global, lo que conlleva una recesión económica masiva. Y aunque sin duda esa recesión palidecerá en comparación con lo que se avecina, eso difícilmente representa un problema inteligible para un gobierno que busca la reelección en los próximos años, no cuando eso significa devastarse económicamente en el corto plazo.

Esto nos enfrenta a una combinación preocupante. Por un lado, la civilización industrial avanza a toda velocidad hacia un cambio climático masivo e irreversible; por otro, sin duda no hay fuerza en la Tierra capaz de evitar este resultado. Parece que está surgiendo una nueva ola de movimientos climáticos que podrían marcar la diferencia. Pero también debemos ser realistas sobre lo que aún se puede lograr. A decir verdad, la oportunidad de detener el cambio climático sin duda se nos ha escapado: ya no se trata de evitar por completo el colapso ecológico global, sino de limitar su gravedad. Atrás quedaron los años en que podíamos negar la inevitabilidad de la crisis. ¡Y qué

época tan extraña para vivir! Uno tiene la sensación de estar de pie a la orilla del mar, observando la inundación que se acerca con calma y aceptación. Tal vez sea hora de rebajar nuestras expectativas: *el mundo no se salvará*.

Pero no saquen conclusiones precipitadas. El mundo no se salvará, pero tampoco está a punto de ser destruido. Con demasiada frecuencia, el discurso ambientalista se presenta como una dicotomía entre la utopía y la extinción: o emprendemos una revolución ecológica global y resolvemos todos nuestros problemas de una vez, o nos quedamos cortos y toda la vida en la Tierra será aniquilada. Sinceramente, ninguna de las dos cosas es remotamente probable, al menos por ahora. Este tipo de pensamiento de todo o nada no ayuda, porque nos predispone al fracaso una vez que se hace evidente que, en realidad, no vamos a ganar. Al contrario, sostener una vida de lucha significa centrarse en objetivos que, además de ambiciosos, también sean alcanzables. Y estos objetivos siguen estando al alcance de todes: aunque no podemos detener el cambio climático por completo, aún podemos amortiguar el golpe significativamente. Esto no solo significa minimizar la cantidad de dióxido de carbono que aún no se libera a la atmósfera —es decir, reducir la economía de la forma más decisiva posible—, sino también prepararnos a nosotres mismes y a les demás para la inevitable crisis que se avecina. En todo caso, este es el peor momento para rendirse. Aún queda mucho por luchar, y también por ganar. ¡No se trata solo de limitar los daños! El futuro promete muchísimas oportunidades para vivir en libertad; incluso mucho más que hoy.

* * *

Este debate da paso a otro, a saber, la cuestión de cómo sería realmente un mundo con cambio climático. Sobre este tema, el libro Desert (2011), fuente clave de inspiración para este capítulo, ofrece algunas sugerencias importantes. Suponiendo que se produzca un aumento de temperatura cercano a los 4 °C en este siglo, el planeta quedaría irreconocible en comparación con la actualidad. Un nivel de calentamiento tan elevado, que bien podría superarse, dadas las trayectorias actuales, implicaría una expansión masiva de desiertos cálidos más allá del ecuador, posiblemente penetrando profundamente en Europa. También implicaría un aumento del nivel del mar de hasta 10 metros, inundando vastas extensiones de tierra firme, incluidas muchas de las regiones con mayor densidad de población humana. Ante una combinación de calentamiento, acidificación y contaminación, los océanos se volve-

rán cada vez más incapaces de albergar vida compleja. Además, en todo el mundo, millones de especies de plantas y animales corren el riesgo de ser aniquiladas por la desestabilización relativamente repentina de las condiciones ecológicas arraigadas. Finalmente, a medida que les refugiades humanes se acumulan en grandes cantidades, en innumerables lugares, traspasando fronteras en busca de seguridad, el coste para nuestra especie probablemente no tendrá precedentes. Parece surrealista incluso escribirlo, pero aquí está: ante una combinación de clima extremo, hambruna, inundaciones, guerra y enfermedades, la pérdida de vidas humanas bien podría ascender a miles de millones.

Huelga decir que estos cambios generarían una situación social extremadamente volátil (y también enormemente diversa). Ya hoy, muchas regiones ecuatoriales albergan regímenes que no satisfacen las necesidades materiales básicas de las poblaciones locales, como alimentos suficientes y agua potable. El cambio climático multiplicará numerosas amenazas preexistentes en muchos lugares —gran parte de África y Oriente Medio, por ejemplo—, superando la capacidad de mantener una gobernanza eficaz. A medida que se reducen las fronteras viables de la civilización global, gran parte de la pérdida de vidas humanas recaerá sobre quienes, al verse forzados a integrarse en un sistema económico inherentemente insostenible, serán abandonados a su suerte una vez que ya no se les pueda mantener. En muchos casos, se producirá una «anarquía», pero no en el sentido que le damos: caudillos locales y extremistas religiosos se apresurarán a explotar la situación, simplemente reemplazando al Estado y al capital en lugar de desmantelarlos, algo que se parece mucho más a Somalia que a Cataluña.

En otros casos, sin embargo, la desestabilización de diversas regiones probablemente favorecerá un desenlace más pacífico. El colapso de una civilización no tiene por qué significar el fin del mundo: con muchas ciudades incapaces de sustentar a sus habitantes, una de las vías más seguras de supervivencia será refugiarse en estructuras comunales y descentralizadas que eviten la inestable dependencia de recursos importados y poblaciones altamente concentradas. Incluso hoy, les habitantes de muchas regiones rurales —pensemos en África subsahariana, Centroamérica y el Sudeste Asiático— siguen dependiendo de sólidas economías de subsistencia que bien podrían actuar como un eficaz amortiguador para muches. Además, en zonas con menor viabilidad agrícola, es probable que surjan diversas formas de recolección y caza del

siglo XXI, intercaladas con una extraña mezcla de marginades de la sociedad mayoritaria, como hippies, piratas, sectas y paletos. Aunque las sociedades sin Estado no sean los sistemas sociales más inevitables, siguen siendo los más naturales, es decir, los que menos dependen de relaciones sociales complejas. Esto ofrecerá una ventaja estratégica, dependiendo del grado en que seamos capaces de apreciar estos florecimientos anárquicos a menudo accidentales, la mayoría de los cuales estarán muy lejos de nuestros estándares idealizados. En medio de estas condiciones sin precedentes, la revolución libertaria también podría hacerse posible en muchos lugares. La jerarquía social, especialmente la de clase, es un equilibrio constante entre oprimir a les excluides lo suficiente como para maximizar los privilegios recibidos, pero sin hacerlo hasta el punto de que se rebelen y te maten. El cambio climático hará que caminar por esa cuerda floja sea muchísimo más difícil. A medida que los glaciares de las montañas se derritan, muchas regiones densamente pobladas sufrirán una grave escasez de agua, pero difícilmente se puede esperar que la gente muera en silencio mientras los ricos mantienen las fuentes de sus mansiones abiertas. Ante la constatación de que los menos responsables de la crisis son los que más sufrirán, la insurrección estallará en lugares ahora impensables. Esto no siempre será un panorama alentador, sobre todo teniendo en cuenta que muchos movimientos rebeldes serán, sin duda, de naturaleza nacionalista. Pero también existe una sólida posibilidad de que la ira se desvíe hacia una dirección más esperanzadora y liberadora, dependiendo de hasta qué punto nos encontremos dispuestos a intervenir. De este desastre bien podría surgir algo bueno: el anarquismo disfrutará de una creciente demanda de una visión radicalmente diferente de cómo podría ser el mundo, una que aborde la raíz del problema en lugar de simplemente culpar a las víctimas. En cuanto a las condiciones externas necesarias, sin duda, es posible que la época dorada de insurrección y revolución que vivieron les anarquistes hace un siglo sea superada.

En ciertos momentos, será tentador exagerar la naturaleza de la desestabilización, pero no nos dejemos llevar. Esto no será el fin de la jerarquía ni de la lucha contra ella, sino solo una transformación de las condiciones en las que se manifiesta esta tensión eterna. Si bien sin duda incluirá episodios de intensidad aquí y allá, el proceso de desintegración será limitado y gradual, desafiando nuestras expectativas hollywoodenses de un colapso repentino y total. Este será sin duda el fin de esa forma de capitalismo totalizador y globalizado conocida por algunes como «Imperio», pero no del capitalismo

en sí, ni de la civilización en su conjunto. En cuanto a las próximas décadas, es probable que las regiones más templadas, especialmente las naciones insulares como Nueva Zelanda y el Reino Unido, permanezcan algo aisladas de la desestabilización, al menos en comparación con lo que ocurrirá más cerca del Ecuador.

Es más, es incluso posible que, mientras la civilización y sus fronteras se retraigan en muchos lugares, en otros se expandan. Otro tema del siglo XXI será el continuo deshielo de desiertos fríos, como los de Siberia, Escandinavia, Canadá, Groenlandia y Alaska. Esto abrirá nuevas posibilidades para la expansión capitalista en forma de mayor comercio, asentamientos y extracción de recursos. De hecho, el proceso ya comenzó hace algunos años y es probable que se acelere a lo largo del siglo, quizás incluso incluyendo el olvidado continente de la Antártida. A medida que los rincones otrora inhabitables del planeta se convierten en tierras privilegiadas para la colonización, muchos países más fuertes e imperialistas, incluidos aquellos con armas nucleares, como Estados Unidos, Rusia y China, corren el riesgo de verse arrastrados a nuevos conflictos geopolíticos. Por el momento, así como en el futuro previsible, el Leviatán está lejos de haber recibido su golpe mortal.

Sin embargo, la relativa estabilidad de muchas regiones templadas difícilmente sugiere que la vida continuará con normalidad allí. Por un lado, las amenazas que desestabilizan las regiones ecuatoriales (sequías, inundaciones, escasez de agua) aumentarán notablemente en todas partes, a pesar de que los regímenes del Norte Global tienen una mayor probabilidad inicial de mantener una gobernanza efectiva. Considerando las trayectorias actuales, nada menos, es solo cuestión de tiempo —unas décadas más, tal vez menos— antes de que las regiones templadas se vean mucho más afectadas por los efectos sociales y ecológicos del cambio climático, especialmente con ciudades como Nueva York, Ámsterdam y Londres ya en riesgo de inundaciones. Incluso antes de eso, una parte importante del comercio internacional colapsará una vez que las regiones ecuatoriales comiencen a desmoronarse, arrastrando a las economías fuertemente externalizadas del Norte Global a una recesión sin precedentes. Dado que muchos regímenes centristas no logran contener sus crisis cada vez más numerosas, muchos moderados se verán obligados a buscar alternativas radicales. Todos los factores desestabilizadores que precedieron a las revoluciones del pasado seguirán presentes (si acaso, serán muchísimo mayores). Recuerden que estas son las mismas condiciones que

dieron origen al fascismo en el siglo XX, solo que esta vez con una cantidad asombrosa de refugiades climátiques. Como siempre, la inevitabilidad de las crisis dentro de los sistemas jerárquicos es a la vez nuestro mayor enemigo y nuestro mayor aliado.

Algunes responderán, sin duda, que tales predicciones son exageradas. Quizás el cambio climático resulte menos severo de lo que sugiere la evidencia actual, o incluso se mitigó significativamente. Pero en realidad, nadie lo sabe. Suponiendo que las cosas comiencen a desintegrarse significativamente en un sentido u otro —ya sea por el cambio climático, las posibles crisis mencionadas en el capítulo anterior o algo completamente distinto—, un resultado similar al panorama descrito aquí parece probable. Por lo tanto, les camaradas harían bien en considerar cómo podría cambiar su contexto local de lucha en las próximas décadas. Esto no significa que debamos obsesionarnos con las predicciones, sobre todo teniendo en cuenta que la historia suele definirse por los acontecimientos que nadie previó. Sin embargo, si nos preparamos bien para el futuro —es decir, si luchamos con ahínco ahora, junto con un poco de previsión—, podemos maximizar nuestro potencial para convertir incluso las condiciones más desastrosas en sólidas oportunidades de crecimiento.

Mil Sirias

Solo con la ayuda de la retrospectiva histórica se sabe realmente en qué época se vive. Es improbable que exista un punto cero distinguible que marque la nueva época, solo una línea difusa que separa la era anterior de algo completamente diferente. Quizás las generaciones futuras incluso consideren el momento histórico actual dentro de los límites de la nueva era, dado que podría decirse que el primer gran conflicto geopolítico desencadenado por el cambio climático —la Guerra Civil Siria— comenzó hace algunos años. Este conflicto bien podría tener una imagen del futuro, sugiriendo lo que probablemente se reproducirá a una escala cada vez mayor en las próximas décadas.

Es difícil de imaginar ahora, pero no hace mucho tiempo Siria era uno de los regímenes árabes más estables políticamente. Sin embargo, uno de los factores principales que alteró este panorama de forma tan drástica fue la peor sequía jamás registrada en la región. Este período de sequía severa, que duró de 2006 a 2011 y fue casi imposible de explicar sin referencia al cambio climático antropogénico, provocó importantes pérdidas de cosechas, el colapso del ganado y la escasez de agua en muchas zonas rurales. Hasta 1,5 millones de habitantes locales se vieron obligades a migrar del campo a las ciudades, junto con una afluencia similar de refugiades de la guerra de Irak. El resultado fue una reducción significativa de la capacidad de los centros urbanos para atender a una población en rápido crecimiento, lo que intensificó ciertas tensiones sociales —desempleo, corrupción, desigualdad— que de otro modo habrían sido mucho menos perceptibles. Un régimen autocrático es una cosa, pero algo completamente diferente es uno que ya no puede garantizar las necesidades materiales básicas de la mayoría de sus ciudadanes. Inspiradas por numerosos levantamientos en otros estados árabes, las primeras protestas e insurgencias contra el régimen de Assad comenzaron en 2011, desembocando decisivamente en una guerra civil en 2012.

La dinámica básica es clara: en lugar de causar el conflicto por sí solas, las condiciones climáticas extremas acentuaron las tensiones sociales preexistentes, superando la capacidad del régimen local para afrontarlas. Sin el cambio climático, probablemente se habría mantenido el control; sin embargo, junto con unas condiciones ecológicas tan volátiles, la sociedad siria ha sufrido alteraciones permanentes, irreconocibles.

Cabe destacar que este conflicto, que comenzó exactamente en la época de la publicación de Desert, valida algunas de las predicciones clave del texto. En particular, la guerra civil siria respalda la expectativa de que el cambio climático dejará a muchas regiones "sumergidas en la guerra civil, la revolución y el conflicto interno", ofreciendo "mucho horror, pero también un gran potencial para construir vidas libres". Los aspectos horribles de la guerra son demasiado obvios, y se han transmitido casi constantemente durante años. Ante la brutal represión del régimen de Assad, muches se convencieron de unirse al Ejército Libre Sirio solo por la oportunidad de contraatacar. Sin embargo, la elección final fue entre el menos autoritario de dos grupos estatistas, ambos comprometidos con el control de toda Siria. No solo eso, esta pugna de poder también proporcionó la desestabilización necesaria para que ISIS —un grupo estatista islamista, fascista en todo menos en el nombre— se hiciera con el control de gran parte de Siria e Irak en 2014, lo que avivó la barbarie. En respuesta a esta volátil situación, numerosas potencias extranjeras —EE. UU., Rusia, Francia, Irán, Turquía— se involucraron cada vez más, utilizando Siria como un escenario más para promover sus intereses geopolíticos. Todo esto pronto dejó a millones de refugiades sin otra opción que huir para salvar sus vidas, solo para revelar la verdadera naturaleza de muchos Estados de la UE, que en la mayoría de los casos simplemente elevaron sus puentes para impedir el paso. Estas son exactamente las características que se pueden esperar en todo el mundo este siglo; si acaso, el autor de Desert se equivocó solo al sospechar que el proceso tardaría mucho más en comenzar.

Eso bastará para los aspectos horribles de la guerra, pero ¿qué hay del potencial para construir vidas libres? Lejos de simplemente generar derramamiento de sangre y autoritarismo, la Guerra Civil Siria también demuestra que «en algunos lugares, los pueblos, entre ellos les anarquistes, podrían transformar las guerras climáticas en insurrecciones libertarias exitosas». Es sumamente tranquilizador que toda esta desestabilización diera origen a la primera revolución socialista libertaria desde 1936. Durante años antes de la guerra, les kurdes de Siria se habían organizado clandestinamente, formando las Unidades de Protección Popular (YPG) en respuesta a los disturbios de Qamishli de 2004, sin duda una insurrección. En 2012, con las fuerzas de Assad desplegadas en otros lugares, les kurdes aprovecharon la oportunidad para derrocar al Estado sirio, iniciando así la Revolución de Rojava. Esta lucha siempre ha ido mucho más allá de la independencia kurda. Habiendo demostrado un carácter profundamente libertario y anticapitalista, tomando

la comuna autónoma como núcleo de su transformación social, difícilmente podría contrastar más marcadamente con todo lo que sucede actualmente en Siria, incluso en el planeta en su conjunto. Es extraordinario presenciar la primera revolución feminista de la historia de la humanidad, la única en la que la liberación de las mujeres es al menos tan importante como cualquiera de sus otros aspectos. Además, el énfasis combinado en la ecología la sitúa más cerca de una ética de liberación total que probablemente cualquier revolución explícitamente anarquista. Ya hoy, la Revolución de Rojava ha perdurado mucho más que la Revolución Española, logrando avances asombrosos contra ISIS, a la vez que se resistía a ser derrotada por la invasión lanzada por Turquía a principios de 2018.*

Puede resultar curioso cómo funciona la historia. Durante décadas, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) se enfrentó al Estado turco en una larga y sangrienta guerra civil, mientras promovía con firmeza el marxismo-leninismo. Sin embargo, tras ser capturado en 1999, el líder del PKK, Abdullah Öcalan, se convirtió en el único recluso de la isla prisión de Imrali, donde, de alguna manera, se topó con los escritos de Murray Bookchin. Y qué elegante giro del destino: esto fue precisamente lo que inició el cambio en el pensamiento de Öcalan, alejándose del marxismo, con su fijación en el arte de gobernar, hacia una nueva propuesta para la liberación kurda que él llamó "confederalismo democrático". Esta teoría se define por una amplia aplicación del municipalismo libertario de Bookchin a las condiciones de Oriente Medio, tomando el feminismo, la ecología y el multiculturalismo como pilares centrales. Dada la fuerte influencia de Öcalan en las luchas de liberación kurdas en Siria y Turquía, la mayoría de los involucrados finalmente adoptaron plenamente el confederalismo democrático, cambiando su ambición de un nuevo estado nacional por el objetivo de lograr la autonomía total de los estados. La Guerra Civil Siria fue simplemente la oportunidad necesaria para llevar la teoría a la práctica a gran escala. Con ello, los kurdos han demostrado que el confederalismo democrático ofrece la esperanza más realista de lograr una paz duradera no solo en Siria, sino también en Oriente Medio en general. El futuro no está decidido: la Revolución de Rojava ofrece

**En* 2025, *con Öcalan haciendo un llamado para la disolución del PKK y la derrota de Assad y el nuevo régimen instaurado, les kurdes se enfrentan a una nueva amenaza, ahora con un nuevo estado al frente, además de la usual Turquía. Esto demuestra que la revolución es un proceso constante.* (*N. del T.*)

una esperanza muy necesaria para los tiempos cada vez más oscuros que se avecinan.

Por otro lado, Rojava no ofrece una imagen clara de una sociedad anarquista, al menos todavía no. La existencia del Estado es tema de debate, mientras que la economía sigue dividida entre propiedad privada y comunitaria. Existe cierto nivel de fuerza policial, aunque sus operaciones son difíciles de distinguir de la autodefensa comunitaria; también existen prisiones, aunque su aplicación actual —principalmente para detener a miembros del ISIS— es una sombra de lo que era bajo el régimen de Assad. Huelga decir que Rojava no es perfecta, sobre todo por su fragilidad. Pero nada de esto debería restar valor a lo que se ha logrado con este heroico experimento en las circunstancias más difíciles. Quizás la izquierda se ha acostumbrado demasiado a perder como para saber qué significa una victoria. Esto no es ficción ni historia: es real, y está creciendo en este preciso instante.

Es más, cualquier duda sobre el contenido revolucionario en el corazón de Rojava —generalmente expresado por quienes residen en otro continente— se disipa rápidamente gracias a los testimonios de les innumerables anarquistes internacionales que han luchado (y caído) en esta lucha continua. Entre los ejemplos más dramáticos, Anna Campbell (Hêlîn Qereçox), involucrada desde hace tiempo en el sabotaje de la caza, la ecodefensa, la abolición de prisiones y la solidaridad con los migrantes, viajó desde el Reino Unido a Rojava en 2017, alistándose en las Unidades de Protección de la Mujer (YPJ). Tras participar en la lucha contra el ISIS en Deir ez-Zor, desafió el consejo de sus comandantes al unirse a la defensa de Afrín contra la invasión turca. Fue allí donde Campbell perdió la vida en un ataque aéreo turco en marzo de 2018. Sin embargo, su disposición a darlo todo por Rojava sigue resonando, como en las palabras a un camarada (encallada tras casi un año viviendo y luchando allí): «No busco morir, pero si es necesario morir en esta lucha, estoy lista». También la aclaración más detallada:

> *Me uní porque quería apoyar la revolución y participar en la revolución de las mujeres que se está construyendo aquí. Y también unirme a la lucha armada contra las fuerzas del fascismo y los enemigos de la revolución. Así que ahora estoy muy feliz y orgullosa de ir a Afrín para poder hacerlo*. (De un video publicado en línea por las YPJ, 2018)

Además de reafirmar los logros previos de Rojava, este tipo de solidaridad internacional ha contribuido a llevar la revolución social en curso a un terreno inexplorado. El grupo anarquista verde Insurrección Social (formado en 2015) ofrece un énfasis no solo en la ecología, sino también en el vegetarianismo. Tal como lo anunciaron las Fuerzas Guerrilleras Populares Revolucionarias Internacionales (IRPGF, formadas en 2017) en su declaración inaugural: «Somos antifascistas, anticapitalistas y antiimperialistas comprometidos y estamos en contra de toda forma de patriarcado y kiriarcado*», llegando incluso a afirmar: «Luchamos en defensa de la vida y luchamos por la liberación total». Quizás la guinda del pastel la puso entonces el Ejército de Insurrección y Liberación Queer (TQILA, formado a finales de 2017), al afirmar que «las estructuras opresivas que buscan borrar a las personas queer son también, al mismo tiempo, las que oprimen a las mujeres, les trabajadores, les campesines, las minorías étnicas, etc. Nuestra lucha por la liberación está ligada a la lucha por la liberación de todos los grupos oprimidos. Si uno está encadenado, todos lo están».

La sociedad es un problema complejo, que nunca avanza hacia un único fin. Si la guerra civil siria ofrece un microcosmos del futuro (y hay buenas razones para creerlo), es justo situar tanto un intenso horror como una belleza en el horizonte. En las próximas décadas, dicha desestabilización comenzará a estallar en todo el mundo, ofreciendo grandes oportunidades tanto a nuestros enemigos como a nosotres mismes. Además, si el cambio climático continúa sin cesar, es solo cuestión de tiempo antes de que algo parecido a Siria comience a engullir todo el planeta. Ya no podemos esperar detener el cambio climático por completo; Sin embargo, si esa situación puede ofrecer una cantidad justa de resultados fructíferos es algo que depende enteramente de nosotres.

**El kiriarcado* (*en inglés Kyriarchy*) *es un sistema social o un conjunto de sistemas sociales conectados construidos sobre la dominación, la opresión y la sumisión. El kiriarquismo incluye el sexismo, el racismo, el especismo, la homofobia, el clasismo, la inequidad económica, el colonialismo, el militarismo, el etnocentrismo, el antropocentrismo y otras formas de jerarquías dominantes en las que la subordinación de una persona o de un grupo hacia otro está internalizada e institucionalizada.* (*N. del T.*)

Tomar partido en un mundo moribundo

Hace tan solo tres décadas, cayó el Muro de Berlín, revelando un caos de sueños rotos y genocidio al otro lado. Los movimientos revolucionarios de los años setenta y ochenta habían amainado, mientras que el movimiento anti-globalización aún no había empezado a llenar el vacío. Este momento de respiro permitió a los ideólogos de la modernidad escudriñar el mundo con serenidad, convencidos de que no existía una alternativa viable al imperio de la democracia liberal. Tan profunda era su sensación de certeza que se declaró con orgullo «el fin de la historia» —la supuesta culminación de la evolución social de la humanidad—. Sin embargo, la arrogancia que sustenta esa pequeña afirmación es precisamente lo que sigue cegando al poder ante la inminencia de su propia implosión. La luna de miel ha terminado: por primera vez en la historia, se ha puesto en duda no la viabilidad de esta o aquella civilización, sino la de la civilización como tal. ¿Quizás el fin de la historia realmente esté aquí? Aunque no en el sentido en que Fukuyama lo entendía.

Es probable que los cambios ecológicos que se avecinan pongan una seria presión sobre la viabilidad de las democracias liberales en todo el mundo. Los recursos menguarán, volviendo a exponer las profundas divisiones de clase que décadas de crecimiento económico simplemente ocultaron; mientras tanto, la garantía de un nivel de vida digno, incluso para la clase media, comenzará a perder credibilidad. Con el tejido social comenzando a desmoronarse por completo, los regímenes centristas se verán obligados a emplear medidas cada vez más represivas para mantener el control. Los límites del estado de vigilancia seguirán expandiéndose, buscando una omnisciencia inimaginable para cualquier agente de la Stasi*. El aumento de la inmigración se utilizará no solo como excusa para fortificar aún más las fronteras, sino también para vigilar cada vez más a quienes viven dentro de ellas. El cambio climático se presentará como la última frontera de esa ya generalizada guerra social —que incluye la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas—, libra-

**De nuevo, 2025 ha demostrado que la tecnología de vigilancia es un hecho, y ya estamos viendo como grandes corporaciones como Google, Meta o Microsoft utilizan todos los datos robados durante años a los usuarios para colaborar con gobiernos fascistas y, por ejemplo, detener a gente migrante y deportarla o desaparecerla. El capitalismo de vigilancia se ha desplegado con una velocidad aterradora y cambia el paradigma totalmente hasta el punto de que es urgente una nueva relación con la tecnología.* (*N. del T.*)

da contra la población en nombre de nuestra protección. Se buscarán leyes cada vez más peculiares y se recurrirá a los estados de excepción con mucha mayor frecuencia. En cada paso, el Estado luchará con uñas y dientes por su ambición de control total, ganando todo el terreno que estemos dispuestos a cederle.

Especialmente cuando la tensión se intensifica, cualquier gobierno democrático se mostrará dispuesto a asumir riesgos cada vez mayores. El asesinato de Fred Hampton y otros Panteras Negras durante la era COINTELPRO da una idea de lo que el Estado estadounidense ha perpetrado cuando ha sido necesario; véase, por ejemplo, el atentado de 1969 en Piazza Fontana, Italia, en el que un ataque terrorista fascista —quizás incluso facilitado por la OTAN— se utilizó como excusa para perseguir y asesinar a anarquistas locales. Es probable que este tipo de tácticas deshonestas solo se vean superadas en los próximos años.

Así como el derecho a elegir a tu amo no te impide ser esclava, el derecho a votar por tu gobierno tampoco te impide vivir en una dictadura. La muerte de la democracia liberal —algo que muchas naciones sufrirán este siglo— está garantizada por esa contradicción latente, tan fundamental para su existencia: si bien en teoría estos regímenes priorizan fines progresistas e igualitarios, en la práctica se definen por una estructura casi tan jerárquica como cualquier otra. Estas inconsistencias son menos perceptibles en épocas de relativa paz social, pero basta con un poco de turbulencia para desenmascararlas, revelando la discordancia básica entre decir una cosa y hacer otra. A medida que se agotan los beneficios materiales que ofrece el liberalismo, los ciudadanos se sentirán menos dispuestos a aceptar el mito democrático. El autoritarismo, en el núcleo de cualquier Estado, se volverá cada vez más innegable. Esto dejará a muchos centristas ante la disyuntiva de seguir el ethos democrático hasta su conclusión lógica y anárquica, o rechazarlo de plano en favor de una dictadura más honesta. En muchos casos, la opinión se polarizará en torno a las dos únicas opciones coherentes disponibles: el anarquismo, con su rechazo a la jerarquía en cualquier forma, y el fascismo, que lleva la afirmación de la jerarquía a flor de piel.

Esta advertencia sobre el probable resurgimiento del fascismo no es precisamente alarmista. El contrato social siempre ha sido un equilibrio entre libertad y seguridad; sin embargo, a medida que la inseguridad que plantea el

cambio climático se vuelve realmente alarmante, el grado de libertad que muchos de nosotros optaremos por renunciar aumentará drásticamente. Ya sea explícita o implícita, gradual o repentina, la lógica fascista seguirá infiltrándose en la esfera de la política dominante, como ya ha comenzado en los últimos años. Especialmente una vez que se vuelva innegable que el crecimiento económico está en el corazón de la crisis ambiental, es difícil imaginar que el núcleo fangoso del discurso neoliberal siga dominando. O bien la máquina de matar que es la economía será derribada por completo, o bien tendrá que surgir un monstruo aún mayor —el Estado omnipotente— para mantenerla bajo control. La opción fascista, definida no solo por su nacionalismo, sino también por el rechazo al libre mercado, parecerá una opción cada vez más lógica para muches.

En particular, es probable que el siglo XXI sea testigo de la reinvención generalizada del fascismo en forma ecológica. Pentti Linkola, exponiendo el lado oscuro de la ecología profunda, resume la visión autoritaria del ambientalismo como tal: «La supervivencia del hombre —cuando la naturaleza ya no puede más— solo es posible cuando la disciplina, la prohibición, la imposición y la opresión impuestas por otro ser humano lúcido le impiden ceder a sus impulsos destructivos y suicidarse». No olvidemos que el nazismo a veces mostró una extraña empatía por la difícil situación de los animales no humanos y el medio ambiente. El régimen de Hitler apoyó la agricultura ecológica y prohibió la vivisección, mientras que Savitri Devi —una de las escritoras nazis más influyentes desde la Segunda Guerra Mundial— intentó combinar el fascismo y el ocultismo con los derechos de los animales y el biocentrismo. Gran parte del atractivo de los fascistas contemporáneos, como la extrema derecha, reside en su promesa de restaurar, siguiendo criterios raciales, el sentido de comunidad que el capitalismo neoliberal ha destruido tan meticulosamente. Sin embargo, es el ecofascismo —la obsesión con la sangre y la tierra— el que también ofrecerá un retorno a la unidad con la naturaleza. Así como Hitler y Mussolini se legitimaron con tintes obreristas, explotando una de las principales fuerzas morales de principios del siglo XX, la necesidad de proteger un planeta cada vez más inhabitable se tomará como la última excusa para pulverizar a los más vulnerables.

El intento de combinar el fascismo con la ecología es, por supuesto, muy confuso. A esta síntesis se le debe conceder una durabilidad similar a la valoración que Hitler hizo del poder obrero, que inevitablemente se sustituyó por

la aniquilación total de los sindicatos en el momento en que llegó al poder. Sobre todo teniendo en cuenta que, lejos de abolir el imperativo del crecimiento que define la producción capitalista, el fascismo simplemente busca centralizarla bajo el control estatal. Al mismo tiempo, fortalece las propias jerarquías —el Estado, la clase y el género, si no la civilización misma— que se encuentran en la raíz de la crisis ambiental. Dicho esto, sin embargo, la inevitabilidad de una solución política rápida que simplemente agrave el horror en el futuro nunca ha sido garantía de que no se siga intentando.

Esto confirma la urgencia de emprender un antifascismo efectivo ahora. Si bien la confrontación sigue siendo esencial, cualquier estrategia antifascista a largo plazo también debe procurar ofrecer alternativas más atractivas y libertarias a la descomposición de la política dominante. El status quo está fallando —algo que, curiosamente, tanto Trump como el Brexit ya empiezan a indicar— y más de lo mismo no nos salvará. Existe una creciente necesidad de un movimiento de resistencia contra toda forma de jerarquía, uno que afirme el equilibrio ecológico como una sola cosa con la construcción de relaciones sociales horizontales. En estos tiempos cada vez más intensos, el surgimiento de un movimiento audaz por la liberación total —de impacto inmediato, pero con la mirada siempre puesta en el horizonte revolucionario— dejará de ser un lujo y se convertirá en una cuestión de supervivencia cotidiana en un terreno cada vez más hostil. No puede haber pretensiones de neutralidad en este mundo moribundo.

* * *

Hace cuatro mil quinientos millones de años, el planeta Tierra era una extensión volcánica resplandeciente. Con el tiempo, nuestro planeta se enfrió y se formó la atmósfera; surgieron el agua y el oxígeno, generando las condiciones necesarias para el florecimiento de la vida. La historia de nuestros orígenes, que se forjó durante miles de millones de años, dio origen primero a organismos unicelulares, luego a la vida compleja. La evolución continuó desarrollándose y la vida se multiplicó en una vasta diversidad de flora y fauna, contenida en un continuo ecológico único y perfectamente equilibrado. El nuestro es un planeta tan hermoso, tan insondablemente completo, que hubo que inventar a Dios mismo para comprenderlo todo. Y, sin embargo, aquí estamos, una especie entre miles de millones, arrasando con el experimento de la vida. Para las plantas y les animales ya extinguidos por la civilización, así

como para casi todos los pueblos no civilizados, el apocalipsis ya pasó, dejando solo muerte y ganancias lejanas. Esta catástrofe continúa profundizándose y expandiéndose a un ritmo inconcebible. Hasta que la propia desaparición de la vida tal como la conocemos comienza a acecharnos a todos.

En un contexto tan implacable, es necesario elegir un bando. Esto se puede hacer con valentía y determinación, o podríamos resignarnos a ser arrastrades una vez más, solo que esta vez por el más genocida de los siglos*. No nos equivoquemos, es imposible no hacer nada: siempre se va con la corriente o en contra, y ninguna opción está exenta de riesgos. ¿Qué hay de la posibilidad de que, además de no luchar por las cosas que realmente importan en la vida, incluso terminemos siendo cómplices de su aniquilación? Los capitalistas han demostrado su afición por esconderse tras las atrocidades del siglo XX, pero parece que el siglo XXI, llevado al límite por los sistemas económicos "más realistas", está cavando fosas comunes inimaginables. De repente, son aquelles que piden que todo siga igual con la cabeza en las nubes: ya no tenemos garantizada una oportunidad decente de sobrevivir a cambio de renunciar a nuestros sueños.

Tomen posición, luchadores terrícolas. Declarar la guerra contra el sistema de la muerte, lejos de ser una simple declaración, simplemente enfrenta la realidad que ya nos envuelve. El planeta está siendo estrangulado, la economía nos aplasta y el fascismo está en auge. Ante esta vertiginosa combinación de circunstancias, la liberación total es literalmente la respuesta más realista que tenemos. Atrás quedó la época en la que tantes entre nosotres —animales humanes y no humanes, y la Tierra— podíamos quedar justificadamente relegades. Esta pluralidad de preocupaciones, lejos de ser un inconveniente, es precisamente la fuente de nuestro potencial revolucionario, algo que se nutre aún más al acordar no dejar de lado nuestras diferencias. La cuestión es simplemente que, independientemente del camino único de cada lucha de liberación, estas deben intentar encontrar un punto medio, logrando una ruptura total con el Estado, el capital y la jerarquía social.

Esta no es una historia de sacrificio ni de anhelo de aplausos; Lo que hace que

*2024-2025 *añaden una nueva dimensión a esa frase. El genocidio en Palestina se recrudece día a día y la situación en Sudan del Sur maneja unos cifras que son muy difíciles de asimilar.* (*N. del T.*)

valga la pena afirmar la lucha —en medio de la alegría y el dolor que conlleva— es que, incluso en los contextos más difíciles, ofrece una vida hermosa y verdadera. El significado de la revolución, más allá de sus promesas de un mundo venidero, se encarna en las mismas realidades que logramos crear ahora. Incluso en medio de los vapores que nos asfixian, no se pueden negar las posibilidades que se abren paso.

Bibliografía / Lecturas adicionales

- Andrew X (2001) "Give up Activism." from Do or Die, issue 9
- Anonymous (2001) At Daggers Drawn with the Existent, its Defenders and its False Critics (London: Elephant Editions)
- Anonymous (2003) Call
- Anonymous (2011) Desert (St. Kilda, UK: Stac an Armin Press)
- Anonymous (2006) Down with the Empire, Up with the Spring! (Wellington: Rebel Press)
- Anonymous (2003) "Insurrectionary Anarchy: Organising for Attack!" from Do or Die, issue 10
- Anonymous (2013) The Issues are not the Issue
- Anonymous (2015) "The Veil Dops." from Return Fire, issue 3
- Bari, Judi. (1995) "Revolutionary Ecology: Biocentrism & Deep Ecology." from Alarm
- Best, Steven, & Nocella, Anthony J. II (2006) "A Fire in the Belly of the Beast: The Emergence of Revolutionary Environmentalism." from Igniting a Revolution: Voices in Defense of the Earth, ed. Best, Steven, & Nocella, Anthony J. I (Oakland: AK Press)
- Best, Steven (2014) The Politics of Total Liberation: Revolution for the 21st Century (New York: Palgrave Macmillan)
- Bey, Hakim (2003) TAZ: The Temporary Autonomous Zone, Ontological Anarchy, Poetic Terrorism (New York City: Autonomedia)
- Biehl, Janet (2007) "Bookchin Breaks with Anarchism." from Communalism
- Bookchin, Murray (2001) The Spanish Anarchists: The Heroic Years 1868–1936 (Oakland: AK Press)

–––. (2004) "Listen, Marxist!" from Post-Scarcity Anarchism (Montreal: Black Rose Books)

–––. (2005) The Ecology of Freedom: The Emergence and Dissolution of Hierarchy (Oakland: AK Press)

Bonanno, Alfredo (1977) Armed Joy (London: Elephant Editions)

–––. (2000) The Insurrectional Project (London: Elephant Editions)

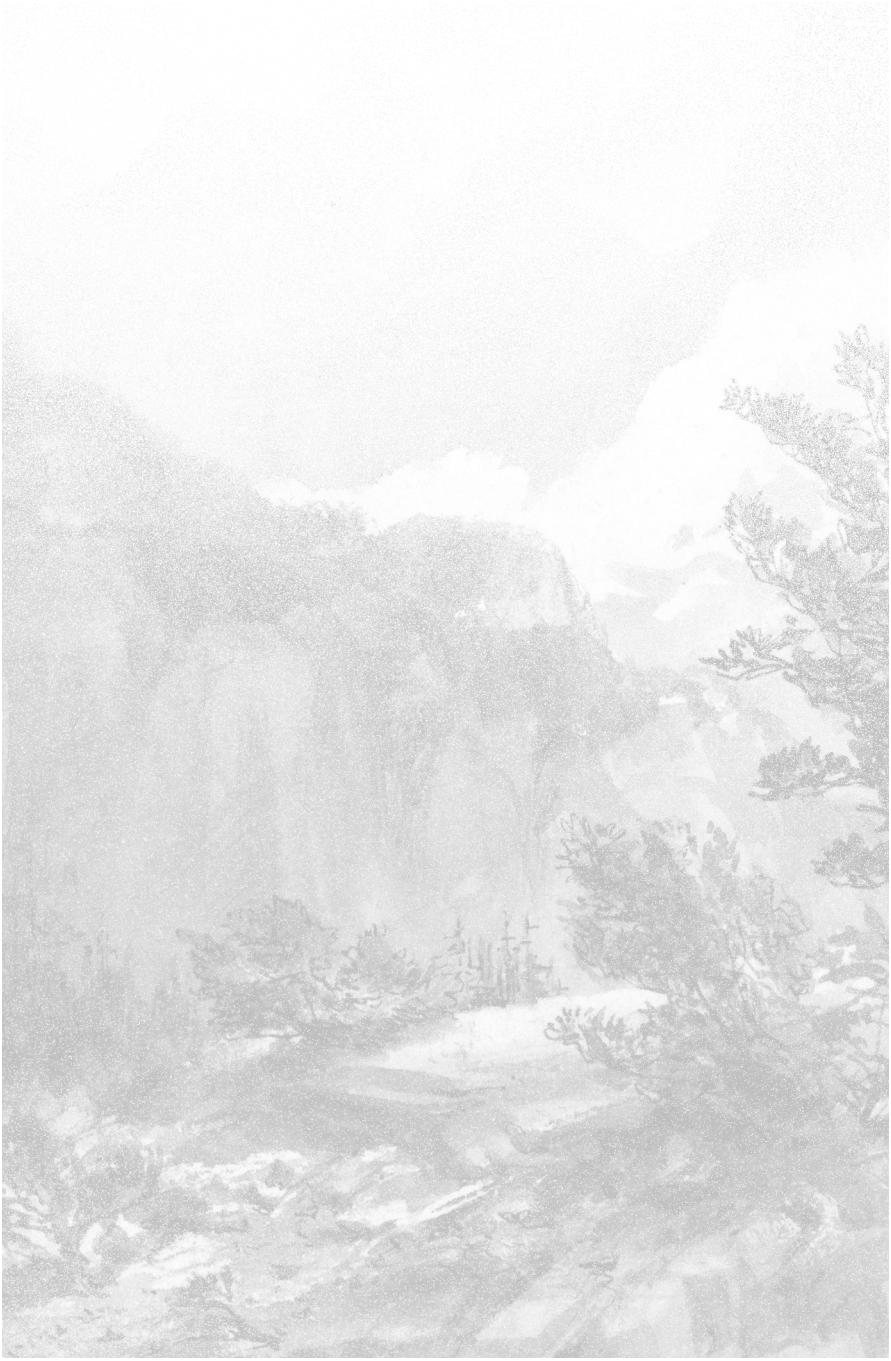
–––. (2013) Let's Destroy Work, Let's Destroy the Economy (San Francisco: Ardent Press)

- Dauvé, Gilles (2008) "When Insurrections Die: 1917–1937." from Endnotes, issue 1

–––. (2015) Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement (Oakland: PM Press)
- Gelderloos, Peter. (2007) Insurrection vs. Organization: Reflections from Greece on a Pointless Schism
–––. (2010) An Anarchist Solution to Global Warming
- Haider, Asad. (2018) Mistaken Identity: Race and Class in the Age of Trump (New York: Verso Books)
- Invisible Committee. (2009) The Coming Insurrection (Los Angeles: Semiotext(e))
–––. (2015) To Our Friends (Los Angeles: Semiotext(e))
–––. (2017) Now (Los Angeles: Semiotext(e))
- Næss, Arne. (1993) "The Deep Ecological Movement: Some Philosophical Aspects." from Environmental Philosophy
- Nibert, David (2002) Animal Rights/Human Rights: Entanglements of Oppression and Liberation (Lanham, MD: Rowman & Littlefield)
- Öcalan, Abdullah (2013) Democratic Confederalism (Cologne: International Initiative Edition)
–––. (2017) Liberating Life: Woman's Revolution (Cologne: International Initiative Edition)
- Pellow, David Naguib (2014) Total Liberation: The Power and Promise of Animal Rights and the Radical Earth Movement (Minneapolis: University of Minnesota Press)
- Pellow, David Naguib, & Brehm, Hollie Nyseth (2015) "From the New Ecological Paradigm to Total Liberation: The Emergence of a Social Movement Frame." from Sociological Quarterly
- Perlman, Fredy. (2010) Against His-tory, Against Leviathan! (Detroit: Black & Red)
- ed. Schwartz, A. G., Sagris, Tasos; Void Network. (2010) We are an Image from the Future: The Greek Revolt of December 2008 (Oakland: AK Press)
- Singer, Peter (2009) Animal Liberation (New York: Harper Perennial)
- ed. Strangers in a Tangled Wilderness (2015) A Small Key can Open a Large Door: The Rojava Revolution (Strangers in a Tangled Wilderness)
- Tiqqun. (2011) This is Not a Program (Los Angeles: Semiotext(e))
- Van der Walt, Lucien, & Schmidt, Michael (2009) Black Flame: The Revolutionary Class Politics of Anarchism and Syndicalism (Oakland: AK Press)
- Zerzan, John (1999) "Agriculture." from Elements of Refusal (Columbia, MO: C.A.L. Press)

"No importa lo mucho que nos preocupe nuestra propia especie, la vida es un sistema mucho más amplio. Es una increíble y compleja interdependencia de materia y energía entre millones de especies fuera (y dentro) de nuestra propia piel. Estos alienígenas de la Tierra son nuestros parientes, nuestros ancestros y parte de nosotros. Ellos hacen funcionar los ciclos de la materia y nos traen agua y alimento.
Sin "los otros" no sobreviviríamos."

Lynn Margulis



https://blog.anartist.org/elbarrizal/
@elbarrizal_zine